

Martí Manen

Contarlo todo sin saber cómo

CA2M

A photograph of a white motorboat with a blue canopy on a calm, blue lake. The boat is in the lower right foreground, reflecting in the water. In the background, there are rocky islands and a forested shoreline under a clear blue sky.

Martí Manen

Contarlo todo sin saber cómo *

NOTAS P. 165



CONSEJERÍA DE EMPLEO, TURISMO Y CULTURA
Comunidad de Madrid

Esta versión digital forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Empleo, Turismo y Cultura de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma

www.madrid.org/culpubli
culpubli@madrid.org



CA2M

En su constante apoyo al arte actual y su permanente apuesta por el enriquecimiento de la oferta expositiva de la región, la Comunidad de Madrid tiene el placer de presentar en el CA2M Centro de Arte Dos de Mayo, *Contarlo todo, sin saber cómo*, un proyecto que nos acerca a la idea de narratividad con la voluntad de preguntarse qué se puede y qué se quiere contar desde el arte.

Se trata de una propuesta innovadora que se presenta en un doble formato: como exposición y como novela. Enlaza así con la voluntad de la Comunidad de Madrid de convertir al CA2M en un punto de confluencia de las distintas manifestaciones de la cultura contemporánea. Un lugar de encuentro de propuestas que a partir de las artes visuales transitan por la música, el cine, y, en este caso, la literatura.

La exposición que se presenta en las salas del CA2M muestra la obra de diez artistas ampliamente reconocidos: Eija-Liisa Ahtila, Rosana Antolí, Rosa Barba, Keren Cytter, Kajsa Dahlberg, Lilli Hartmann, Rosalind Nashashibi, Lucy Skaer, Christodoulos Panayiotou, Job Ramos y Alex Reynolds. Se trata de creadores procedentes de España y de otros siete países, lo que responde a la filosofía de la Comunidad de Madrid de poner en relación el trabajo de artistas de nuestro contexto más cercano con las corrientes internacionales más actuales.

En paralelo se publica la novela, escrita por el comisario del proyecto, Martí Manen, quien incorpora en su trama todas las obras presentadas en la exposición. La escritura de la novela pone al límite algunos papeles: las obras pasan a ser material literario y leído, los visitantes del centro de arte se convierten en lectores y los lectores de la novela están, al mismo tiempo, visitando una exposición que sucede en las páginas del libro. Una propuesta diferente que ofrecerá al amplio público del CA2M un acercamiento al arte contemporáneo desde una óptica innovadora.

Confiamos en que el proyecto tendrá la misma excelente acogida de la que han gozado tanto las exposiciones como las actividades que desde su apertura ha organizado este centro, y que se refleja en el creciente número de ciudadanos que cada año lo visitan.

— Isabel Rosell Volart
Directora General de Archivos, Museos y Bibliotecas

— Capítulo 1

Suena el teléfono. Felix ha muerto. ¿Cómo? Felix ha muerto, lo he visto en el periódico. No, no puede ser. Sabíamos de Ross, pero Felix... Hemos pensado en Ross, en la posibilidad de su muerte, en su desaparición. Hemos intentado convencernos de que siempre estará aquí, de que podemos mantenerlo en vida. Hemos luchado para mantener a Ross. Pero Felix, sin Felix todo se desmorona, todos los momentos, todo el amor hacia Ross. Las bombillas,* los papeles,* los pájaros volando en nubes de blanco y negro.* Los pasaportes hacia la libertad.* Con Felix se va Ross y se va la esperanza. ¿Y tú como estás? Creo que hemos perdido algo. Algo de emoción, algo de posibilidades, algo de esperanza, algo de ver y creer que aún había una salida mediante el amor. Todo va muy rápido en este momento, no sé ni qué estoy diciendo... ¿Cómo te has enterado? Ha sido al despertar, una noticia secundaria en el periódico, me llamó la atención que hablaran de un artista americano muerto de sida, después dicen que de origen cubano. Y estamos tan lejos... No, no, lo que está lejos es todo lo demás.

I, II

III, IV

Es 13 de enero de 1996. Hace unos días murió Felix Gonzalez-Torres.

Empezamos con una conversación telefónica. Fragmentos. Los teléfonos móviles no son habituales, pero aquí están. El teléfono fijo sigue siendo algo importante. Internet existe y nuestros dos personajes tienen cada uno una cuenta de correo electrónico. Pasarán los años y tendrán otras. Las primeras quedarán en el olvido, casi como un destello fugaz de juventud, casi como un error menor, casi como algo que después tiene una importancia cero. Como tantas otras cosas. Las bibliotecas marcan cierto ritmo y es necesario esperar para encontrar información. Las distancias siguen estando presentes, viajar en avión no es algo habitual y el correo postal tiene sentido. Empezamos con una conversación telefónica donde los entrecortados son importantes. Rellenar los silencios que se deberían aceptar. Una conversación entre dos personas, aunque una de ellas enmudezca y la otra empiece a hablar demasiado y sin pensar. Dos tipos de funcionamiento que no son tan distantes el uno del otro.

Desde el 91 Ross Laycock estaba muriendo en la obra artística de Felix Gonzalez-Torres. No importaba que hubiera muerto algo así como un par de años antes. Ross y Felix eran pareja. Ross estaba muriendo pero cada día empezaba en su peso ideal. En uno de los retratos más dulces y al mismo tiempo amargos* que ha dado la historia del arte, Felix Gonzalez-Torres nos presentó a Ross mediante una montañita de unos ochenta kilos de caramelos. Caramelos envueltos con papeles brillantes y de varios colores. Colores vivos. Caramelos de los buenos, de los que gusta saborear. Una montañita de caramelos que empieza con el peso ideal de Ross. Ese Ross compuesto de momentos dulces, de rojos, verdes, amarillos, azules, naranjas, plateados, de pequeños pedacitos que nos gustaría que quedaran para siempre. La montañita de caramelos está en una exposición y los visitantes se van

llevando los dulces. Los momentos de Ross van esparciéndose, deglutiéndose en las gargantas de visitantes de museos que, felices, participan en la pérdida constante de peso de Ross, que sigue muriendo cada día un poquito más por culpa del sida.

Llega el instante cuando el caramelo se convierte en dolor, cuando en el deglutir se desvanece una sonrisa, un paseo por Central Park, ese encuentro en una manifestación o una mirada cruzada frente al Stonewall en Greenwich Village para pasar a ser una pérdida. Algo que nunca volverá y que irá desapareciendo, como esos colores brillantes de los papeles que tiraremos en cualquier lugar y ese sabor intenso que al cabo de un rato ya no estará. Ross pierde peso. Ross muere. Nos estamos comiendo sus recuerdos. Y Felix lucha para mantener lo imposible. Felix lucha para mantener vivos los momentos y una idea de felicidad. Con la muerte de Felix, los caramelos dejan de ser un grito desesperado para enmudecer. Sin Felix haciéndolo todo para que el recuerdo permanezca, Ross se convierte en un pasado perdido definitivamente.

Nuestros dos personajes no quieren que los caramelos, los momentos de Ross, desaparezcan. Quieren mantener la esperanza de Ross, quieren que recordemos para siempre que Ross está aquí. Si Ross está aquí significa que Felix tiene con quien hablar, significa que tiene a su público, su mundo privado del que nos presenta enunciados y del que no queremos los detalles. No los necesitamos. Detalles, existen entre ellos y nosotros tenemos los nuestros. Nuestros dos personajes hacen lo posible para mantener los caramelos lejos de la muerte. Aunque resulta inevitable que todo termine; hasta Ross termina, hasta Felix termina.

Estábamos en esa conversación telefónica. Enero del 96.

Al teléfono le toca el sol. Es enero, pero en el interior la temperatura es agradable. Eso de que cuando te acercas al teléfono un calor recorre tu cuerpo aún entumecido después de la noche. Un ventanal separa el teléfono del patio. Es un patio pequeño y con plantas. Los vecinos, en el patio del lado, acostumbran a dejar el gato pasear libremente. El gato no salta de patio a patio. De momento. La verja de separación entre patios impide el salto del gato, aunque el maullar se escucha de vez en cuando. El suelo del patio es rojo. No llega demasiado ruido del exterior. Parece casi imposible que en una ciudad exista un lugar como este patio. No es que sea especialmente bonito o acogedor, simplemente es un patio que tiene su propio devenir, su tiempo, su espera. El patio, el ventanal, el teléfono y la temperatura.

Una vez terminada la conversación, los dos personajes colgarán el teléfono. Ella cuelga primero. Él sigue con el auricular en la mano y con la vista puesta en el patio. Piensa que ella es de despedidas rápidas, de cortar por lo sano. Una vez ya está todo dicho, no hay motivo para seguir. La pared frontal del patio está pintada de color azul. Un azul bastante vivo que contrasta con el suelo de cerámica. El rojizo del suelo parece estar permanentemente cubierto de polvo. No hay manera; hace ya mucho tiempo que el polvo entró en los poros de la cerámica y simplemente puede maquillarse con agua, por un rato. A veces, él riega el suelo para recuperar un color intenso. Un trabajo que, aunque no sea complicado, no sirve de mucho: cuando el suelo está seco volvemos a lo mismo. El gato pasea en su patio y sigue sin mostrar interés alguno en saltar. Ahora cuelga el teléfono. Momento de desayunar. Cafetera. Café. Tostadas. Mantequilla. El piso, un primer piso, es pequeño. Cocina y comedor. Habitación para dormir. Baño. Un pequeño recibidor. Sin ascensor, escalera desgastada. Él vive en este piso desde hace un par

de años. Aquí se mudó después de otros dos compartiendo otro piso. No terminaron bien y él encontró este piso con su patio y su ventanal. Mejor no compartir durante una temporada.

El alquiler no es criminal. El piso es antiguo, con lo que al irse a dormir él pasa un poco de frío, el ruido de la calle entra sin problemas en su habitación, los cables eléctricos dan cierto miedo, los techos son altos, las puertas no cierran y en verano el calor es abrasador. Pero está bien. La nevera es bastante antigua y el hielo ocupa buena parte del congelador. El comedor, un poco oscuro. En la habitación tiene una ventana a través de la que no quiere mirar. Si él no mira a lo mejor nadie mira, ni los vecinos del otro lado de la calle, que están realmente cerca. El baño es la habitación más fría, con lo que ducharse es una tarea que se realiza después del desayuno, ya con algo de energía en el cuerpo y como una acción meditada, no como esas duchas automáticas entre el sueño y la realidad.

Después de las tostadas con mantequilla piensa otra vez en la muerte de Felix Gonzalez-Torres. Sabe que durante todo el día estará en shock. Tiene una montañita de caramelos en una esquina del comedor. Como otras tantas personas que deciden reproducir la pieza original en otros lugares, buscando mantener algo en marcha, agradeciendo la existencia de ese algo al cargarlo emocionalmente desde la subjetividad. Esta es su montañita. Después de Felix. Su contacto. Su mirada cruzada. Su lectura. La mezcla de emociones, las primeras y las segundas. Son los mismos caramelos, son los mismos colores pero es su esquina en su comedor, así que él ahora es el público. Él ahora es quien explica de vez en cuando quién es Felix y quién es Ross cuando tiene a alguien en casa.

Hace unos meses descubrió el museo imaginario de Malraux. Un lugar mental, una idea, una necesidad. Malraux, quien decide hacer su museo mediante fotos,

mediante copias, mediante referencias. No es un museo de objetos, no es un museo de valores. Es una caja. Malraux decide lo que es interesante para él y para su museo y va acumulando imágenes. Imágenes que será necesario ordenar de algún modo, para volver a desordenar. Que tu caja de zapatos de recuerdos sea un museo. Sintió que el gesto de Malraux era también su gesto, que compartían esa necesidad para mantener vivo, y dar un nuevo sentido, a un recorrido de emociones que siempre está al límite de la desaparición. Un museo en una caja que funciona mediante deseos, mediante decisiones inmediatas, mediante la seguridad que nace de algo fuera de control y que indica sin tapujos lo tiene que formar parte de ese museo imaginario, de ese mundo donde poder jugar con todos los elementos, donde poder explicar, donde poder tejer, donde poder entender. Tener la montañita de caramelos instalada en casa es algo que, después de Malraux, no significa posesión. Su miedo era hacer una obra falsa, ser pretencioso, querer ser lo que no era. Pero con Malraux todo cambió: no es la montañita de caramelos, es su mirada y su recuerdo. Es casi como un homenaje humilde.

Ducha. Ropa. Bajar las escaleras. Quiosco.

Comprar ese periódico, zumo, leche, arroz, pasta y un croissant, que es sábado. Subir las escaleras. Y abrir el periódico para buscar la noticia. La muerte de Felix. Pues sí. Aquí está. Un par de páginas antes, fotos de una celebración de barrio,* niños con máscaras de Mickey Mouse y de Pato Donald, niños vestidos de Pluto, niños vestidos de Minnie Mouse y personas adultas aplaudiendo. Dos noticias que funcionan a distintos niveles, pero él insiste en buscar una conexión entre ellas.

Los niños. Los niños vestidos de personajes de Disney. O esa fantasía dirigida, ese deseo en colores fuertes, esas voces chillonas y la necesidad de una felicidad que perdure para siempre. Los deseos y las imágenes, la

vi

construcción de un felicidad colectiva y cómo se representa. Como si todo estuviera ya escrito de antemano, como si el país de la fantasía tuviera un dueño. «Bueno», piensa, «Wonderland es también una prisión de la que no es fácil escapar». Se guarda el pensamiento con cierta vergüenza y observa a los niños otra vez. ¿Qué sentido tiene salir a pasear con máscaras de Disney? Año tras año, niños y más niños con las mismas máscaras, con los mismos disfraces, con los mismos sueños impuestos. Los mismos colores, el mismo aspecto dulce. Por aquí estará la conexión, en la felicidad, en los colores, en el creer y en la voluntad de que todo siga igual. La foto parece de otro momento, de otro tiempo. Pero seguro que esta foto se repite año tras año, sin cambios, sin novedad, las mismas máscaras, las mismas sonrisas, los mismos adultos aplaudiendo. Piensa en la necesidad de sentir, en la necesidad de poder sentir. Y en el pensar como barrera.

Vuelve a leer la noticia sobre Felix. No es habitual que en un periódico sean tan directos con el motivo de la muerte. «Murió el miércoles a causa del sida, a la edad de 38 años, en su domicilio de Miami, comunicó su galerista de Nueva York, Andrea Rosen.» Necesitan presentarlo como escultor y fotógrafo. Tampoco es mala definición. Podría ser peor. En los periódicos siempre presuponen que cualquier artista es pintor. El final de la noticia: «Su tema principal, desde hace diez años, era la desaparición de sus amigos a causa del sida.» Y aquí no sabe qué pensar ni cómo reaccionar. Tema principal. Desaparición de sus amigos. No mucha gente piensa en un tema principal. Él no sabe cuál sería, por ejemplo, su tema principal. Pero un tema principal tiene que ser algo más abierto, algo más frágil, algo más próximo a lo que él quiere en Felix. La felicidad, el amor, la tristeza, la desesperación si quieres son temas principales. Que sus amigos aparezcan es poco importante. Además, cuando hablan de «amigos» segu-

ramente están pensando en Ross, su pareja. Pero es una noticia corta, así que no se buscan demasiadas complicaciones y evitan entrar en parejas y otras historias que no puedes explicar en unas cuantas líneas. Sigue pensando. A lo mejor sí, a lo mejor sus amigos son un tema principal. Ross como un tema principal, que incorpora todas esas palabras que difícilmente podemos decir sin sonrojarnos. Pero sigue sin poder aceptar al cien por cien que una pareja sea un tema. Que tu pareja sea tu tema. Es casi como si todo fuera falso, o como si estuviera al límite de algo que se le escapa.

Sábado. Después de releer la noticia otra vez, unas cuantas veces, llama por teléfono. A ella. Sí, he comprado el periódico y he leído la noticia. Sigo igual. ¿Y tú? ¿Qué haces hoy? Bien, es verdad, lo había olvidado, pues decidido. Nos vemos en la conferencia.

Tiene un buen rato para si mismo así que decide salir, dar un paseo. Observa las calles, observa las tiendas, observa los adhesivos en los semáforos, observa la suciedad, observa las cafeterías, observa a una señora que carga una bolsa con verduras. Le parece todo extraño, distante, le parece como si estuviera frente a un texto en un idioma similar al suyo pero cargado de engaños. Como si fuera uno de esos días en los que ha dormido poco y nota que está algo desacompasado con relación a todo lo demás.

Al cabo de unas horas se encuentran en la conferencia. Es Christian Boltanski quien habla sobre su obra.

vii A lo mejor es una salida. Con Boltanski tuvieron su momento. Sus cajas de metal* que contienen historias de personas perdidas, historias perdidas y selladas, cajas todas iguales, fotos de archivo para identificar las cajas, luces tenues. Cajas de metal que construyen pasillos, pasillos que se encuentran en la duda entre el cementerio y el archivo. Y allí debemos entrar, sin saber si estamos en

lo primero o lo segundo. Reservas de memoria, representaciones de lo que se pierde, unidad en los números, unidad en la forma, unidad en la desaparición. Allí había una puerta, una posibilidad hacia una narración, hacia otro tipo de contacto y relación. Algo como una escenografía y, al mismo tiempo, algo como un principio para contar.

Empieza la conferencia. Boltanski habla como cansado de todo, como cansado de su trabajo. No tiene a lo mejor el día, y nuestros personajes no pueden dejar de pensar que, quizás, es efecto de la muerte de Felix. Quieren que todos sientan lo que ellos sienten. Quieren que Boltanski sienta la pérdida y lo exprese, quieren que el sentimiento de Boltanski sea de verdad y que la muerte de Felix ponga en duda mucho de su obra. Pero la conferencia va sucediendo y no hay referencia a la tristeza por Felix. Ciertos toques de humor, cierta relajación a medida que van pasando los minutos. Al final, una pregunta. Alguien del público habla de la muerte de Felix. Y ellos dos, nerviosos, cruzan sus miradas. La pérdida de un desconocido compartida por otro desconocido. Boltanski responde con titubeos, como quien, en realidad, no quiere responder. Y casi no responde. Casi evita responder. Termina la conferencia. Ella sale corriendo y se despide muy rápidamente de él, demasiado rápido.

Bajar las escaleras, salir a la calle, respirar, respirar, respirar y empezar a andar. No podía más. Ver caer una posibilidad, que desaparezca frente a sus ojos, saber que nunca más verá la obra de Boltanski del mismo modo. Ella sigue pensando en los vacíos de la conferencia, sigue repasando mentalmente lo que le hubiera gustado escuchar. Decide escuchar esa otra conferencia donde un artista puede hablar de otro, donde un artista puede apearse de su figura absoluta para bajar a comentar, con cierta admiración también, el trabajo de otro. Le molesta que todo esté tan encorsetado.

En su nueva conferencia, Boltanski habla de Felix, habla de la necesidad de transmitir emociones desde la sinceridad y sobre cómo Felix logra no entrar en el terreno pornográfico de la emoción. En su nueva conferencia, Boltanski habla sobre las fronteras que marca Felix al no dar demasiados detalles, fronteras que funcionan como una paradoja al abrir la posibilidad de que las historias sean universales, de que lo ínfimo sea político.

En su nueva conferencia, Boltanski habla de esa imagen de una cama de la que alguien, una pareja, se ha levantado.* Las almohadas mantienen la forma de las cabezas, la colcha sigue abierta. En su nueva conferen-

cia, Boltanski habla del calor en una imagen en blanco y negro donde ya no hay nadie en la cama pero están dos, habla de lo necesario que es compartir ese calor cuando en el día a día hemos olvidado lo físico de todo, habla de sentirse parte de algo que es la vida para superar las distancias, para abandonar la lucha fratricida, para dejar atrás todos esos elementos que sirven para que terminemos olvidando lo común. Habla sobre qué importa quién son esos dos, podemos ser nosotros.

En su nueva conferencia, en la conferencia que ella decide escuchar mientras camina sin rumbo fijo, Boltanski habla sobre lo político de los gestos reales, sobre lo que significa que una imagen que todo el mundo puede comprender, como es una cama que ha sido abandonada hace unos segundos, tenga una carga emotiva y política capaz de superar estrategias anteriores. En su conferencia, Boltanski habla de la política del amor, del amor de la política. Habla sobre lo necesario que es que entendamos lo común, lo urgente que es pensar en otros métodos, lo importante que es empezar de cero pero sin olvidar que ya tenemos mucho con la vida.

IX

Anda hasta llegar al parque.* Los animales. Las plantas. También alguien en una piscina, fuera de lugar. Un búho. Empieza a sentirse algo incómoda. Observa su alrededor con una nueva mirada. Los animales. Las plantas. La piscina. Observa ahora mediante su cámara, para ver si la realidad y la imagen de la realidad coinciden. Como si alguna vez hubieran coincidido. Nada es lo que parece. En el parque, ahora ya ha entrado en el zoológico, el tiempo es otro. Después de pasear sin dar demasiada importancia a su alrededor se descubre atacada, en violencia, con cierta sensación fría frente al acontecimiento.

El día empezó con algo que cambiaba la percepción de todo, de las cosas, de lo que nos rodea. Anda sola, como si este sábado nadie hubiera decidido que a estas horas era

adecuado salir a pasear. Atardecer. Brisa. Piensa que un zoológico es un estado que impide la realidad. Piensa que un zoológico es un paseo definido en un supuesto conocimiento de la mentira.

Es un zoológico bastante antiguo, clásico, sin colores chillones y, seguramente por este motivo, sin gente. Piensa que se tiene que ser un bastardo para creer que metiendo animales en sitios cerrados vamos a tener un contacto educativo con la naturaleza. Piensa que lo feroz sigue allí en algunos casos mientras que en otros la locura ocupó su lugar. Piensa que algún día los animales la van a liar. Piensa que ese día puede ser ahora y que, entonces, ella será quien tendrá la culpa de todo, ella será el objetivo. Piensa en la tristeza de ser observado como un ejemplo de algo que ya no puedes ser. Piensa que humanizamos a los animales que están en las jaulas, presuponemos reacciones humanas, sentimientos humanos, lógica humana. Quién sabe. Y piensa que un zoológico es algo así como el fin del mundo en versión suave, que el origen está en el arca de Noé, con lo que vamos mal ya de entrada.

Sigue paseando con su cámara, intentando ver la falsa realidad del zoológico desde el filtro de la óptica. Si la idea es fotografiar o, quizás, filmar entonces ya no importa si todo es real o no. Total, al final será una construcción cerrada. Piensa que la cámara le ayuda bastante a escapar. A veces siente el temor de ser el centro de atención. Con la cámara intenta darle la vuelta a todo, observar en vez de ser observada. Le interesa la fotografía, pero nunca ha sido una gran fotógrafa. Tiene una cámara antigua, cada foto significa un tiempo previo, un preparar la cámara, un mirar pausado y, después, una espera para ver un resultado. Así que hacer una foto tiene algo de ficticio. Podría seguir toda la liturgia sin necesidad de terminar el proceso. Algunas veces olvida los carretes dentro de la cámara.

Oscurece. Y sigue paseando pero buscando ya la salida del zoológico. De algún modo, le sorprende que la muerte de Felix le afecte como le afecta. Felix. Evidentemente no le conocía. Hay pocos artistas, escritores, músicos, lo que sea, de los que ella hable con el nombre de pila. Felix es uno de ellos. Era uno de ellos. Y, la verdad, ella sabe muy poco sobre su vida personal. De Ross ha visto una foto y preferiría no haberla visto. Es mejor que Ross sea una idea, es mejor que hasta Felix sea una idea. No quiere saber cómo era la chaqueta de Ross, no importa.

Acostumbra a ser visceral pero reflexiva, deja que los sentimientos estén presentes pero nunca olvida que no son ella. No le importa demasiado que los demás la vean triste ahora, contenta después. Total, es su vida. Marca la distancia con sus ojos. A lo mejor es una defensa. Parece como si nunca esté mirando exactamente en el lugar y tiempo donde y cuando ocurren las cosas, como si estuviera presente físicamente pero no exactamente en el mismo momento, como si esa conversación que ocurre ahora fuera algo que interesará quizás después, pero durante el ahora ella está en otro lugar. Siempre así. Algunos se molestan por sus ojos y su distancia. Casi no es consciente de que su distancia pueda molestar. Y si molesta, pues no es su problema.

Intenta pensar el motivo de que la muerte de Felix le provoque esta tristeza. Sabe lo que siente, pero le enfada no descubrir los motivos de base. Sí, está triste por la muerte de Felix, pero sabe que la muerte de Felix significa algo más, significa algo que de momento no puede definir con palabras. Las palabras, eso que a veces detesta. Las palabras, eso que Felix convertía en otra cosa, en referentes, en imágenes, en momentos, en carga emocional. Eso de lo que Felix podía escapar para saltar a otros mundos, para trabajar con emociones sin necesidad de traducir.

Por un momento deja a Felix en *stand by* para pensar en la conversación telefónica de la mañana. Piensa que con él todo es un poco distinto. Con él pueden hablar, pueden escuchar. Y con la muerte de Felix ha pasado algo, algo relacionado con el hecho de que a lo mejor ellos dos necesitaron a Felix para poner forma a muchas de las cosas de las que querían hablar pero no sabían cómo. Con Felix tenían una emoción compartida, un gusto por abrirse estúpidamente a sentimientos. Un principio.

Algo puro. Se asusta a sí misma de pensar cosas como «algo puro». Siempre le ha parecido que lo de la pureza mejor aparcarlo ya que el salto de lo romántico a lo brutal es demasiado sencillo y hasta estúpido. Las adolescentes y los iletrados hablan de «algo puro», piensan en «algo puro». Dialoga consigo misma sobre la pureza y los sentimientos, en un lado mete los pros y en el otro los contras. En su cabeza la situación es sobreactuada, casi televisiva. Como un debate de primera hora de la tarde, con una media sonrisa aquí y un gesto a cámara allá y una pantalla detrás que anuncia el siguiente tema a tratar.

Piensa luego en la estupidez de lo puro, en que nada es puro, en que siempre hay algo de dolor y una historia personal que conlleva que la inocencia se perdiera antes de empezar. Piensa que existe la impostura, que sabemos en qué momento nos están observando y que ese momento es siempre, sabemos entonces cómo actuar, como posar: la mirada debe perderse,* las manos mejor bajo control y los hombros indican si somos fuertes o somos débiles. Piensa en un flash que se dispara constantemente y que, con motivo de su presencia permanente, casi hemos olvidado que está siempre activo. Agarra fuerte su cámara. Si ella también dispara, a lo mejor también está decidiendo. Un flash en una playa, para que todo sea demasiado vivo. Que duela, que sea muy físico, que sea muy directo, que desaparezca la opción a

x

la belleza para pasar a ser carne, dolor, miedo, desconocimiento, lo que sea.

Le contará a él lo del flash que se dispara constantemente. Le ha gustado la idea aunque sabe que tampoco es algo brillante. Ya fuera del parque, decide que es el momento adecuado para tomar un café. Será en ese pequeño café con cuatro mesas en el piso de abajo y tres más en una buhardilla. No es un café antiguo y gastado, aunque no destaca por la pulcritud. Dentro de cuatro años el café estará cerrado por cansancio y por la imposibilidad de llevar las cuentas de un modo razonable. Dos mesas disponibles, una cerca de la puerta. Este es su lugar. Sentarse y esperar a la camarera. Un café con leche. No, mejor un té. Qué té tenéis. Bien. Pues un té negro con un poco de leche. Gracias. Sí, con azúcar.

Sábado, ya es oscuro pero aún una se puede tomar un té sin sentir que está fuera de lugar. Le gusta sentarse en mesas cercanas a las salidas. No por agorafobia ni nada por el estilo, simplemente porque así puede observar mucho mejor todo lo que pasa. La actividad en un café está en la barra y en el movimiento de entrada y salida. Observar las otras mesas genera tensión. Observar la barra libera de todo. Está permitido alzar la vista cuando un nuevo cliente llega, mirar de reojo cuando alguien paga y se va. Observando la actividad es posible dejar de ser. Es posible, por un instante, dejar que lo que te envuelve sea lo que dirige tu pensamiento. O quizás que no exista pensamiento alguno. Ella está siempre en esa media burbuja que le permite, por un lado, ser fuerte pero, por el otro lado, estar demasiado lejos como para sentirse cerca de alguien.

Bueno, hace un rato empezó a pensar en la conversación telefónica y después se perdió entre animales y pureza. Él necesitaba hablar y hablar, él necesitaba sacar mucho. Ella compartía con él sabiendo que las palabras

no eran lo importante sino la reacción frente a algo. La pena también aparece por ver desaparecer algo comparado, por ver que termina una vía en la que se estaban acercando a algo. La esperanza. El ver que aún existían opciones, sorpresas y elementos capaces de desestabilizarlo todo hasta el punto de necesitar volver a empezar. Piensa que tendrán que recuperar esa conversación, pero no será fácil.

Decide fumar. Fuma casi como estética. Fuma muy poco, de escondidas, como un juego para ser alguien distinto en una situación distinta. En el cine el fumar implica lo que ella busca. Esos momentos. Cuando fuma lo hace en tiempo presente, cada gesto, cada movimiento, cada inhalar y cada exhalar son momentos nuevos como si se descubrieran a sí mismos. Como si cada cigarrillo fuera su primer cigarrillo. Un descubrimiento. Su cuerpo reaccionando, su cuerpo aprendiendo gestos, su cuerpo jugando a ser una construcción que sabe que no es. Convierte el fumar en una pequeña fiesta, en una pequeña lucha, en una pequeña revolución. Ella que no cree en las revoluciones, ella que no va a luchar por nada que no sea el sentir, ella que entiende la fiesta como una evasión hacia otros mundos. Fumar como un gesto, como un juego cargado de sexo. Fumar para alguien aunque ese alguien a lo mejor no esté delante o no exista.

Al terminar el cigarrillo tiene que mirar a su alrededor, como cada vez que fuma. De escondidas otra vez. Como si hubiera hecho algo que no es ella, como si hubiera jugado con un público que sí es ella. Se gusta cuando fuma. Se gusta cuando juega. Se permite estos momentos y le parece bien, sin culpa, sin traumas.

Ya está, ya está el momento en el café. Decide ir a casa y dejar que el sábado por la noche ocupe el café, las calles y los bares. Que todo se cargue de esa agresividad, de esa esperanza, de esa ilusión y de ese miedo. Ha vivido

la agresividad, la esperanza, la ilusión y el miedo. Pero hoy ella se retira. Paga su té y se va. Vive suficientemente cerca como para ir a pie hacia su casa. Calles estrechas. Futuros lugares para la suciedad nocturna.

No le gustan sus vecinos. Antes de mudarse había construido esa imagen idílica de vecinos simpáticos con quien conversar sin demasiada emoción pero educadamente sobre los detalles de la escalera, sobre ese ascensor que un día esperemos instalarán, sobre lo distinta que es la calle los domingos por la mañana, sobre las guarderías, sobre la nueva tienda, sobre las plantas, las suyas y las de ellos. Esos vecinos a quienes podría dejar las llaves y podrían regar sus plantas si ella tenía que salir de la ciudad por el motivo que fuera. No es así. No existe esta posibilidad. Es todo digamos más hostil. Al no ser lo que esperaba minimiza el contacto con ellos.

Si ve a alguien que entra en la portería cuando ella pretende hacer lo mismo busca algo en su bolso verde como si fuera lo más importante del mundo y frena su paso. Si está a punto de salir de casa y oye ruido de alguien bajando o subiendo por la escalera decide esperar en silencio. No es miedo, es simplemente innecesario cruzarse con ellos y ser consciente de la evidencia de que las cosas no son como ella esperaba que fueran.

Hoy no hay nadie entrando en la portería, así que abre la puerta que siempre está cerrada con llave, enciende la luz, mira el buzón, no hay cartas, observa si los demás tienen correo y rápidamente sube los escalones de dos en dos. En el primer rellano hace una pequeña pausa como queriendo recordar si tiene que comprar algo de comida, pero acto seguido decide subir de nuevo y ya verá luego si toca volver a salir.

Vive en un segundo piso. Le gusta su casa. No le gustan los vecinos. No le gusta el ruido de la calle. No le gusta que a veces su música se mezcle con la de los demás.

Pero le gusta su casa, le gusta estar en casa, le gusta sentir que este es su lugar. Le gusta. La casa tiene recuerdos, momentos, situaciones. En el balcón. En la pequeña mesa del comedor. En el pasillo y los domingos por la mañana que nunca dejarán de ser de ese pasado reciente que ha dejado con cierto dolor. Le gusta vivir sola, le gusta ser ella quien invite a su casa a algunas personas en concreto. Él casi no ha estado en su casa, el lugar de encuentro es el piso de él, con su patio, o algunos cafés de la ciudad. Lugares más neutrales, donde pueden ser ellos mismos sin miedo a que el pasado del piso se interponga. No es que quiera que él no esté en su casa, pero quiere intentar mantener el lugar cargado con sus propios recuerdos, evitando al máximo que la contaminación emocional embarre un espacio propio. Un espacio que intenta mantener fuera de las contradicciones del paso del tiempo. Algo así como un valor seguro, algo así como un mundo desconectado.

El periódico sigue encima de la mesa del comedor. Lo retira sin leer la noticia. Sabe que él volverá a leer la noticia sobre Felix para cerrar su día, para intentar entender qué ha pasado. Ordena un poco, va apagando las luces que había encendido al llegar y decide cerrar los ojos para volver a visitar el zoológico escuchando lo que los animales tienen que decir sobre su penosa situación. Piensa, convirtiendo sus pensamientos en un caracol, que con los ojos cerrados es difícil saber cuánto tiempo llevas pensando, cuántas vueltas has dado a lo mismo, es difícil saber si estás pensando para ti o estás pensando para esa otra persona que es tu propio público interior y que a veces le parece todo bien y a veces le parece todo fuera de lugar. Su cama, baja, tiene una cortinita que separa del mundo.

El gato sigue en su patio, sin saltar. Eso de los gatos domésticos o cómo perder todo tu significado. Ella está en el patio. Él está preparando el café pero observa desde la pequeña ventana de la cocina. Piensa en estos dos años viviendo solo y en los motivos por los que no funcionó lo de compartir piso. Ve que ella intenta que el gato se acerque, intenta generar un mínimo de atención pero el otro ni se inmuta. Él no puede hacer estas cosas, teme que los vecinos estén en el patio y sientan que alguien se está entrometiendo en su isla de desconexión. Con los gatos pasa algo extraño, como si algunas personas abandonaran su ser para convertirse en otros, para demostrar un amor fuera de lugar hacia una bestia consentida que para nada corresponderá a esas ofertas de mimos y caricias. Vete tú a saber.

En la terraza hay un par de sillas gastadas y una mesa que no va a juego. Estaba todo aquí antes de su llegada. El azul de la pared acompaña aunque hoy hace un poco de frío. El azul sí que lo incorporó él. Antes era blanco. No está muy satisfecho con el resultado pero funciona mejor que lo anodino de los anteriores habitantes del piso. No sabe mucho sobre ellos: supone que eran una familia pero no logra comprender cómo vivían ni quién vivía exactamente en el piso. Tampoco ha preguntado.

Sale con el café y ella deja de intentar conectar con el gato para sentarse. Ella le cuenta lo de los flashes continuos, la falta de realidad que supone que constantemente esté todo iluminado por un flash que se está disparando infinitamente. Dice que, bueno, que no es que sea una gran idea pero que lo pensó ayer y que, inmediatamente, pensó que se lo quería comentar, así que esto es lo que está haciendo ahora, contar la tontería de los flashes que se disparan constantemente.

Él se toma media taza de café y empieza a hablar sobre la necesidad de ver las cosas como una construcción. Habla de la mirada fotográfica. Habla de Adorno. Habla de la televisión. Habla de cómo nos estamos acostumbrando a releer lo que nos envuelve desde la definición que nos dan previamente en otros lugares. Ella dice que se siente un poco impotente con todo este discurso, que lo que le pasa es que a veces no sabe distinguir si lo que está mirando es lo que ella está mirando o es una construcción decidida de antemano. También dice que le parece que, a veces, la teoría es un simple juego para evitar entender lo que está pasando. Y entonces él habla de Foucault y del lenguaje, del miedo que las cosas sean antes palabras que cosas, que simplemente podamos ver lo que ya está definido. Y ella desconecta, juega con la cuchara y remueve el café lentamente. Tiene un poco de frío en las manos pero no le molesta. Todo está bien con un café caliente. Todo está bien con la presencia de un gato que merodea a pocos metros. Todo está bien. Él sabe que ella ha desconectado y que él también ha dejado que las palabras fueran vacías. Ella piensa en lo que realmente quiere, piensa en las dudas, en el compartir con él, piensa en la tristeza después de la muerte de Felix y en lo de no saber los motivos.

Empieza. Creo que me gustaría hablar de cómo me afecta el saber que Felix ha muerto. Lo podemos intentar,

podemos intentar hablar aunque yo no estoy seguro de entender aún qué ha pasado ni qué está pasando. Sí, yo tampoco tengo muy claro qué siento ni los motivos, pero me está afectando y no tenía relación personal alguna con Felix, siento como si la muerte de mi abuela fuera algo menor comparado con Felix, y entonces me siento como una niña mala y me sabe mal por mi abuela, siento que hay algo que tengo que descifrar con todo lo que está pasando, y no estoy segura de querer atreverme a intentarlo, es como si aún no estuviera preparada para pensar en la pérdida, para pensar en qué he perdido, en qué hemos perdido. Bueno, creo que estamos un poco asustados con la pérdida, con la posibilidad de haber perdido algo, algo nuestro. Pero no creo que sea así, lo que tenemos ya lo tenemos y me gustaría mantener la puerta siempre abierta. No sé, a lo mejor tendremos que esperar y que todo pase para ver si todas estas sensaciones tienen algún sentido o no, o si vamos a olvidar, o si vamos a dejar de sentir.

Él hace una pausa, espera un momento. Piensa. A ella no le molesta que él a veces necesite tiempo antes de seguir hablando. Sabe que él hace estas pausas con ella, pero que difícilmente las podría hacer con otras personas. Ella quiere cuidarlo, quiere que él tenga también su lugar, su tiempo, sus momentos en los que poder liberarse para ser simplemente él. En sus distintas inseguridades saben compartir. Él se levanta de la silla. Entra en el comedor. Sale de nuevo con su cámara. Mira directamente desde el visor. Plano medio.* Primer plano. Vamos, mira a cámara. Sí, aguanta la mirada. Ella mira a cámara. Ella aguanta la mirada. Parpadea. Al cabo de un rato mira hacia arriba. No, vuelve a mirar a cámara. Quiero tener esa mirada, quiero que recordemos este momento. Ella aguanta la mirada. Ahora baja los ojos. Empezó con una media sonrisa pero ahora está seria. Ella escucha el poco ruido que llega de la calle. Empie-

XI

za a pensar en otras cosas. En otros lugares. Piensa en cómo esconderse.

Piensa en esos coches que están cubiertos con tela, como para protegerse de algo. Como si una tela pudiera proteger mucho. Se pregunta si las telas protegen de la suciedad o simplemente es un sistema para demostrar que ese coche no está. En una ciudad, que todos los coches aparcados vayan cubriéndose con telas. Como pijamas. Que se conviertan en muebles estáticos, que se conviertan en trastos olvidados. En durmientes. Mira a cámara, que quiero retenerte. Ella ya está en su distancia, sin mirar a cámara pero con los ojos abiertos. Parpadea lentamente. Ya está. No más cámara.

Él tiene una necesidad de mantener las situaciones, no quiere olvidar, no quiere que nada desaparezca. Pero no sabe muy bien cómo hacerlo aunque con ella puede intentar sistemas. Como ahora con la cámara, como con las charlas sobre ellos mismos, como con observar su pelo. Oscuro. Brillante. Y los dos saben mantener, al mismo tiempo, la distancia. Quiero contarte algo. Ella mira atenta. Voy a necesitar tu ayuda. Dime. No será fácil, pero creo que necesito ver más, creo que necesito salir, escapar, lo que sea. Y cómo te puedo ayudar yo. Estoy tanteando una opción de trabajo que implica estar unos meses fuera y viajar bastante. Me gusta la idea de poder tomar algo así como una distancia temporal.

Ella respira, lo mira y sonríe un poco. Saca los cigarrillos. En la mesa no hay cenicero, así que él entra en el piso y sale con un plato pequeño y un mechero. Le horrorizan los ceniceros con lo que prefiere utilizar platos y estar pendiente del viento que se lleva las colillas. Nunca utiliza los platitos de taza de café como se debería, le parecen ridículos. Utilizarlos como ceniceros viene a ser una venganza funcional frente a un diseño que no cuadra con sus ideas. Toma, platito, aquí las colillas. Ella

coge el mechero que él trae. Ella tiene uno, pero siempre es divertido jugar con otros elementos, que el cuerpo descubra cómo funciona otro mechero, que sea también una sorpresa. Y piensa en una playa de noche,* una playa que se llena de cangrejos que salen de noche para rescatar lo que el día ha dejado. Se imagina como si ellos fueran dos niños con linternas en las manos persiguiendo a los cangrejos con la luz. Los cangrejos corren, desaparecen en la oscuridad, buscan una salida en su aparatoso andar. Los niños juegan a cazar con la luz y hay muchos y muchos cangrejos. Cangrejos que escapan. Fogonazos que les persiguen. Linternas que crean un par de círculos que se mueven por la arena, como bailando sin cesar, con movimientos rápidos, ahora acercándose ahora alejándose. Y los grititos de los niños al lograr que un cangrejo acepte la realidad y se quede quieto bajo el foco, bajo la luz. Y entonces llega un momento de miedo: intentar cazar a los cangrejos es divertido, que uno esté a tiro ya no tanto. Mirar al cangrejo y que el cangrejo te esté esperando.

Pues bien, chico, vamos a ver qué puedo hacer yo por ti.

Llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de escapar. Cada vez encuentra menos cosas con sentido, cada vez menos elementos con los que sentir la realidad. Como si no tuviera suficientes estímulos o como si los estímulos existentes no estuvieran dirigidos a él. Está empezando a dejar de creer en la teoría. Durante un tiempo, la teoría fue su salvación. Allí encontraba las ideas, las opciones, la emoción. Después apareció Felix y todo cuadraba, la teoría y la poesía. Y la política y lo que fuera necesario.

Leer significaba entender el mundo, descubrir la manera de aproximarse a su alrededor, aceptar que su mirada necesitaba crecer para poder descifrar. Leía sin parar, escribiendo notitas en los márgenes estrechos de los libros, subrayando, subrayando y con las pulsaciones a mil. Intentaba asimilar todo el contenido, intentaba leer pausadamente pero habitualmente la alteración era tal que resultaba imposible frenarse. Con sus compañeros de piso comentaba lo leído, les contaba las últimas frases y hablaban sin parar. A veces, era consciente de que todo rozaba el ridículo. Ellos hablando de las grandes teorías como si fueran alguien, como si fuera todo muy importante.

Decidir quién fregaba los platos era un buen sistema de volver a la tierra. Y allí los problemas reales. Compartir, cuando aún estás intentando comprender quiénes, es ligeramente complicado. Multiplícalo por cuatro personas. Y más cuando los objetivos son opuestos o hasta chocan entre sí. Creyeron que sus veladas y charlas hasta altas horas les convertían en personas especiales, en los inteligentes de la escalera, en los elegidos. Pero todo era muy frágil. Y llegaron los roces, los silencios.

La teoría seguía allí y en algunas ocasiones lograban mantener esos diálogos cargados de futuros brillantes, de preguntas mágicas, de opciones para cambiar el mundo. Pero algo estaba pasando. Entre los cuatro. Distintas vías pero paralelas. Cuatro en competencia, cuatro preparándose para ser algo o alguien. Y con los platos por fregar.

Uno de ellos no fregó casi nunca platos comunes durante el tiempo que compartieron piso. Su habitación era un lugar separado, como si estuviera unos centímetros fuera del piso, como si también estuviera unos segundos antes o después de todo lo demás. Comía raro y mal. Y allí había algo especial, algo muy particular, algo muy egoísta y algo muy estúpido. Pero realmente no había ningún problema concreto con él más allá de la diferencia, más allá de que en un momento dado dejó de interesarse por la competición y todo se desarmó, todos los registros quedaron en el aire, todas las frases inteligentes perdieron sentido, toda la velocidad en las respuestas para dar tres vueltas de tuerca a lo que había dicho la persona anterior quedó en fuera de juego.

Y eso fue algo que una de las habitantes del piso no pudo soportar. Las leyes cambiaron y el ataque fue fulminante. Empezaron las acusaciones, empezó el runrún de que hay algo que está mal, empezó la carrera para ver quién se saldría con la suya, mientras que el elemento

supuestamente en discordia se mantenía en esa distancia temporal y física que le proporcionaba su habitación. Y él sabía ya entonces que todo estaba en fase terminal. Empezó la comparativa no entre ellos mismos sino con las parejas, con los visitantes más o menos habituales, con personas amigas. Mi pareja hace más que él. No lo creo. Además no entiendo si tu pareja vive aquí o no, si vive aquí a lo mejor deberíamos hablar muchas cosas. Y se abrió algo que siempre había estado presente. Algo que él aún no ha logrado cerrar. Se abrió el saber que el tuyo no es tu lugar.

Piensa ahora, pasado un tiempo, que la teoría tiene el problema de los teóricos. Fueron años intensos, intentos fallidos de vivir en un mundo comentado. Ha visto demasiados de ellos, de los teóricos o aspirantes a teóricos, hablando y hablando sin escuchar, jugando a lanzar referencias sin sentido simplemente para ver quiénes son los oponentes y si están a la altura. Eso de pensar que en una conversación los demás son tus adversarios y que alguien saldrá ganador.

En algún momento empezó a sentir cierto asco. También se asustó al ver que funcionaba muy bien en estos contextos. Podía ser un ganador. Podía dominar las reglas del juego. Las reglas del juego. Qué fácil era que todo tuviera esas reglas no escritas y que estuviera tan bien organizado en una supuesta vorágine de pensamiento y caos.

En fin, como si no hubiera opción de ver las cosas de un modo distinto. Piensa que, por culpa de la rectitud, de las estrategias, por culpa de intentar decir algo brillante para parecer que es algo nuevo y distinto, se perdió de vista el objetivo. Y el objetivo era comprender cómo va todo, comprender que es imposible saber, comprender que lucharemos hasta el final, comprender que si nos olvidamos del amor estaremos muy muy solos. Comprender que

necesitamos contar algo y que nos cuenten algo para saber que estamos vivos. Intentar encontrar a alguien es uno de los objetivos principales.

Y piensa en lo fría y cerrada que, día a día, va pareciendo la teoría, en la distancia que va tomando. Piensa que cada vez se parece más a estadística, a estadísticas que analizan cómo es necesario analizar. Estadísticas que impiden salir de esas columnas, de esos espacios definidos por cifras y líneas discontinuas.

Se pregunta, también, si uno puede escapar de las estadísticas y de su frío, piensa si tendría algún sentido hacer estadísticas sobre la lógica y el amor en, por ejemplo, el arte.* Estadísticas sobre esperanza y realidad en ciencia política.* Piensa que, quizás, aquí está la solución, en cargarse el sistema con la apariencia de ser el sistema, en llevarlo todo al extremo hasta que explote por algún lado. Pero limpio, con exactitud, como si uno fuera un maldito psicópata que sabe que, después, no quedará nada. Es cuestión de fe, de creer en algo, de creer que estás haciendo algo que tiene sentido. Pero entonces aparece la distancia, el saber que estás actuando, que todo es una representación y que, como representación, existen unos códigos.

Lleva ya demasiado tiempo saltando arriba y abajo, creyendo que encuentra una salida para taponarla inmediatamente. Por eso lo de escapar, por eso la necesidad de salir, por eso lo de buscar experiencias. Aunque todo sea un recurso casi adolescente, la típica huida hacia adelante. Nunca huyó, así que a lo mejor llegó el momento. Y sabe que será temporal, que no podrá abandonar este piso con su teléfono, con su ventanal y su patio ya que está intentando crear su lugar. Al principio fue complicado. Después de creer que había encontrado algo en el piso compartido, la desconfianza con los lugares impidió que pudiera sentir cualquier lugar como propio. No hay

XIII

XIV

problema aparente con el piso actual. Está bien. Todo en marcha. Pero al entrar él marcó defensas, cargó de frío los posibles lugares donde caer y desconectar. La desconfianza. Dejó algunos rastros de los antiguos y desconocidos inquilinos como para recordarse permanentemente que ese lugar era el lugar de otros, aunque buscó que no fueran rastros reales, simplemente ideas de un pasado no propio.

Las paredes estuvieron vacías durante un buen tiempo. Algunas cajas de cartón aún siguen visibles, como demostrando que nada es estático, que todo estará siempre en proceso. En la cocina lo dejó casi todo igual. La nevera con su hielo estaba en el piso antes que él. Los espacios estaban marcados. Aquí es donde cortar cebolla. Aquí es donde guardar las ollas. Aquí es donde esconder esos objetos que no vas a utilizar nunca. Pero sin los objetos, que él no los tiene.

Pasó los primeros meses entre el miedo y la desconfianza, observando el patio y descubriendo que algunas mañanas podían ser extremadamente bonitas. Algunos amigos pasaron por allí, dejando en su rastro algunos objetos. Aquí este colgador, aquí este libro con papel gastado y fotos antiguas, aquí esta botella de un licor que detestas pero que no puedes eliminar, aquí la cafetera nueva, aquí un dibujo enmarcado.* Y entonces empezó el cambio.

Un dibujo enmarcado. Blanco, negro, un punto de amarillo y verde, bastantes espacios vacíos y una serie de elementos presentes y unidos, quién sabe, por un hilo conductor invisible: una furgoneta con la chica sentada dentro y pensando. Encima de la furgoneta hay un cartel donde parpadean las palabras «Nice dream». Siempre que lo lee termina leyendo «Ice cream». Una cama con un pequeño personaje de la infancia y la ficción, montañas con estrellas, seguramente la letra de una canción y

xv

relojes. Relojes como soles, como lunas. Relojes al mismo segundo, algunos más lejos, algunos más cerca. Elementos dislocados que remiten a algo por definir, a una historia que se está contando a sí misma, a una historia con sus lugares secretos, con sus mensajes ocultos para personas determinadas. Una historia aún llena de vacíos pero que tiene un pasado y unos lugares comunes, puertas de acceso, puertas a otras historias. Y los secretos que se encuentran en un dibujo. Él sabe que los mensajes no son para él, que hay alguien más, el dibujo se dirige a alguien más, pregunta a alguien más si esta historia que está definiendo tiene sentido o va a alguna parte. El dibujo estuvo un año en la pared de su habitación. Después pasó a ocupar el recibidor. Mediante el dibujo, el camino a posibles historias y la voluntad de llenar llegó. Y los caramelos de Felix encontraron su sitio. Cada vez que pasa por delante de los caramelos siente la obra. Siente que hay algo, siente que Felix lucha y que él está con Felix. Bueno, hasta ahora ha sido así.

Le ha costado un poco explicarle a ella que quería salir, que necesitaba escapar. No quiere que piense que ella forma parte de todo eso de lo que escapar, del tedio que lo envuelve, de la falta de sentido. Quiere que ella forme parte de todo, que sea la vía para ver que está escapando y, al mismo tiempo, para mantener el orden y el conocimiento de que existe un lugar en el que no está. No ha contado mucho, aunque seguramente todo será distinto durante una temporada. No sabe muy bien cómo ha funcionado, pero él no es de dar demasiadas vueltas a las relaciones y a eso de planear lo que dirás. Como mínimo, con ella. Pero, al mismo tiempo, sabe que le puede hacer daño y esto es lo último que desearía. Hay algo extraño con ella y el irse, como si deseara que ella se quedara para siempre aquí, como referente, como imagen de ella misma, de lo que puede ser, del potencial

no explotado, de la emoción y de la sorpresa. Alguien esperando.

Dos años después del fin del piso compartido ha empezado a repensar los hechos. En general, fue bastante ciego, no vio mucho de lo que estaba pasando. Notó la trama, pero deseó que no existiera, olvidó entretenerse en ella. El malestar. Detesta enormemente el malestar, evita su posibilidad y si es necesario negar su existencia pues se hace. Y punto.

Ella ha vuelto a casa. Él quiere irse, necesita irse, necesita algo más. Está contenta por él, es como si alguno de sus temores empezara a despertarle, como si estuviera creciendo un poco y separándose de tantas tonterías. Pero hay algo más, ha notado como miedo.

Ella nunca cuadró con sus antiguos compañeros de piso, todos lo sabían. De todos modos, le importaba bastante poco. A veces estaba allí, se tomaba un café, deambulaba por el piso, miraba la tele con alguien y todos hacían como si todo estuviera bien, como si todos estuvieran tranquilos, como si nada. Ella era consciente de que en cualquier momento la situación estallaría, también tenía clarísimo que le importaba más bien poco. Ella estaba allí por él, con él, y lograba hacer lo que mejor sabe hacer: cerrar todo lo demás en una cajita y decidir dónde están las fronteras de lo que existe y lo que no tiene ningún sentido e importancia.

Cuando hablaban, lo hacían sin otras personas, él y ella, en su habitación, en la cocina, en el estudio. En pocas ocasiones en el comedor ya que era territorio común y estaba siempre ocupado. Cuando empezaban con las discusiones teóricas ella al principio participaba, los picaba mostrando la falta de lógica de algunos comen-

tarios pero al cabo de un rato los dejaba con su juego y se despedía con su abrigo y el bolso verde en mano. No era su juego. Ella no juega. Bueno, juguetea de vez en cuando pero nunca con la necesidad de vencer a otro. Cuando se iba así casi no se despedía de él, era más como una despedida al grupo y sin necesidad de gastar tiempo ni cortar su conversación.

Recuerda algunos intentos de aproximación por parte de otros en ese piso. Gente conocida que nunca sabrá quién es ella en realidad. Como si les interesara. Les permitía los intentos, en algunas ocasiones por pena y en otras para saber dónde estaba el límite de la mezquindad. Sabía perfectamente cuándo alguien se interesaba por ella como vía para acercarse a él, para generar interés, para ser parte de un círculo invisible. Pues sí, a mí también me gusta tu camiseta. Vamos si quieres un día y damos una vuelta por ahí. En una ocasión intentó que fuera real, que surgiera una amistad. Lo intentó lo suyo, pero era bastante evidente que nunca podría funcionar. Algo que ella ya sabía desde el primer minuto.

Ahora él quiere irse lo más lejos posible, necesita encontrar algo nuevo, necesita empezar de cero. Bien, lo comprende. Pero hay algo más.

Siente que en el patio, con el gato de los vecinos al lado, ella puede ser ella sin ese peligro antiguo de que alguien esté en el comedor y sea necesario cerrar el caparazón para empezar de nuevo. Siente que pueden hablar y estar juntos y que pueden callar y estar juntos, siente que puede fumar y que no pase nada, siente que echará de menos que no pase nada.

Quiere que se vaya y al mismo tiempo no quiere que se vaya. Quiere que crezca, quiere que busque, quiere que por fin sepa si siente y por qué siente. Pero no quiere que todo esto pase lejos, en la distancia, bajo otros códigos. El peligro real es que todo funcione y que encuentre

lo que está buscando. Lejos. Si es así, nunca más volverá, siempre estará allá, en ese lugar con esos otros códigos, con otros colores, tiempos, sonrisas y autobuses. Y si realmente descubre ese lugar y el lugar lo transforma, ella desaparecerá. Sabe de lo que está hablando. También ella encontró algo que obligó a definir. Encontró un lugar cómodo, su casa. Deseó que nunca más ese pasado volviera a poner sus pies en ella. No porque el pasado fuera estúpido, egoísta, alto, rápido en sus palabras, con un deseo enorme por crear, con un miedo atroz a fracasar. No porque el pasado fuera un futuro clarísimo ni un comportamiento aparentemente cortés cuando estaban frente a todos pero difusamente violento cuando estaban juntos ellos dos. Antes de encontrar su piso, ese pasado era su lugar. Un cuerpo, un mundo, un algo propio. Pero al encontrar su piso empezó a darse cuenta de que no es buena idea que alguien sea tu lugar. Y menos ese pasado, que podía explotar en cualquier momento. Quedan algunos retazos de varias explosiones en el piso. Los mantiene y los quiere mantener como sistema para pensar que ahora es ella quien define lo que hay, quien ha convertido en un bonsái toda esa catarata fuera de control.

Se encuentran en el café de las cuatro mesas en el piso de abajo y las tres más en la buhardilla. Al no estar sola, descarta la mesa cerca de la puerta para subir a la buhardilla. El techo bajo, de madera. Un té. Para mí también, gracias. No saben si empezar a hablar antes o después de que la camarera vuelva con dos tazas de té, pero la cadencia del lugar les lleva a esperar. Siguen los movimientos de la camarera con la vista, casi por inercia. La observan bajando las escaleras, suficientemente peligrosas como para generar una situación. Es rápida y activa pero con algo así como un toque musical entre fado y tango. Rozando lo falso. Sube con los tés. Aquí están, chicos. Ese deje argentino que cuando aparece él necesita escuchar. Ella empieza. Me preguntaba ayer por la noche si habías necesitado mucho tiempo para aceptar que querías irte lejos a buscar algo que aún no sabes qué es. No lo sé, la verdad es que no sé cuándo empiezan las cosas y las dudas, ni cuándo se formalizan. Sí, te entiendo.

Lo entiende, pero ella no funciona así. Ella quiere ser consciente de cada respiración, quiere saber qué está sintiendo. Si tuvo problemas con su pasado, el innombrable como él le llama, es porque ambos estaban siempre al límite de las emociones intentando llegar a algo

desconocido para saber más. Al principio fue fantástico, todo era emocionante, todo era casi salvaje, todo era piel. Pero mantener esa violencia emocional, esa fuerza constante pide ser una unidad indestructible, pide dejar de ser dos personas para ser una bestia. Lo lograron en varios momentos, aunque el cansancio llegó y ver que no podría ser permanentemente esa bestia conjunta le llenó de miedo. La diferencia entre los momentos y la realidad. Le resultaba cada vez más desagradable descubrir a ese otro ser que aparecía cuando no eran uno. Ver la mentira o la posibilidad de la mentira, ver la construcción o esa facilidad con que el actor llega a creerse el papel. Descubrir también que, pasados los destellos iniciales, ella era más ella cuando se alejaba de la bestia. En un principio se enganchó a las emociones. Como una adicta cualquiera, buscaba sentir. Y estuvo enganchada un buen tiempo. Duró demasiado, pero no lo suficiente como para que el final fuera tranquilo. También explosión, también descontrol, también no saber formular nada. Pero este no es el tema, así que ella decide abandonar sus pensamientos para volver a él, para encontrar conjuntamente algunas preguntas, algunos principios. Están hablando con frases demasiado largas, demasiado cargadas, con miedo seguramente. Frases que empiezan pero no se terminan, frases que nacen sin un final.

Dime. Cuenta. Explica un poco más. Ella puede ser muy directa y al mismo tiempo ofrece el suficiente margen como para que él pueda pensar y escuchar. Escuchar, eso que no se atreve a hacer. Bien, vamos a ver. Necesito algo más, necesito encontrar algo más. No es que esté mal, no es que esté en una crisis ni nada parecido, pero me falta encontrar algunas vías. Como ya sabes, aún pienso en el piso de antes, aún pienso en esas discusiones y en cómo terminó todo. A lo mejor es algo infantil. Bastante infantil, la verdad. Y ya han pasado dos

años y aquí estoy, dándole vueltas a lo mismo e intentando descifrar si existe alguna conexión entre eso y mi desapego. Contigo no hay desapego, contigo estoy cerca de algo así como la verdad, si es que podemos hablar de verdad entre tanta construcción y tanta tontería. Tu tienes tu lugar, y tu lugar es como un lugar secreto para mí. Yo he luchado durante bastante tiempo para, precisamente, evitar tener un lugar. Y llegó el momento cuando encontramos a Felix y empecé a aceptar que, quién sabe, a lo mejor era posible definir ese punto de partida para intentar comprender lo que nos rodea. También tengo el miedo de que lo que nos rodea sea una ficción mala. Quiero alguna respuesta.

Y en este momento salta el piloto automático y aparece otra vez Foucault y ahora también Blanchot. Y también Nelson Goodman. Y también Marcel Proust. Y ella sitúa una capa gelatinosa por encima de sus palabras, pensando en otras cosas. Piensa en qué pasaría si todo fuera una serie de películas de las que únicamente podemos ver el final.* Piensa en lo fácil que a veces es entender cómo se ha llegado a ese final sin necesidad de conocer nada más. La claridad bajo la que se puede entender una historia cuando esta ya terminó. Se ve a ella misma en blanco y negro. Ella misma en un taxi. Ella misma llegando al café y sentándose a esta misma mesa donde están. Ella pensando en cómo está todo organizado, en las parejas y las familias y los planes de pensiones y en que todo se cae y una lo sabe en ese preciso instante. Ya está, se terminó. Y dice «qué, ¿¿otra vez??».

XVI

Y él responde que le sabe mal, que otra vez ha saltado a la teoría y se ha olvidado de cómo buscar realmente un sentido. Explica que por este motivo necesita encontrar otros inputs, necesita meter cierta distancia de por medio para poder volver a ser él en este lugar. Que no quiere desaparecer, que ella siempre estará.

Ella sabe que siempre estará. Pero no está segura de si será ella o será una imagen de ella. Pero no dice nada, que tampoco van a discutir sobre su final cuando aún no han llegado a nada. Ese era el miedo, que todo fuera un camino hacia el final.

Ambos necesitan una historia, un cuento, una narración. Ambos necesitan volver a creer en el sentido, en que las cosas son y está bien que así sean. Pero ambos tienen dudas sobre el camino, sobre cuánto van a perder, sobre si ser una narración en específico significa abandonar todo lo demás, todos los cruces, todos los tonos, todas las complicaciones. Los miedos, los deseos, las emociones, todo aquello que cuando pasa a ser narrado destruye a sí mismo, todo eso que se encuentra en un estado latente, en esos segundos que van pasando en la pareja de relojes de Felix.* Dos relojes que son los amantes perfectos, sincronizados, marcando cada segundo juntos. Uno al lado del otro, en contacto. Iguales. Aunque todos sabemos que uno de los dos relojes dejará de funcionar antes que el otro y, seguramente, vivirán esos terribles momentos previos donde algo deja de ser perfecto para evidenciar, otra vez, un final. El amor y la tensión frente a la desaparición. Y ser consciente de que aquí está.

Ella, en el café, va comprendiendo más y más que la narración que él empieza necesita del viaje, necesita del desplazamiento como modo para activar algo. Un algo aún desconocido, pero que inevitablemente conllevará que, a su vuelta, él no sea el mismo. Y entonces ella piensa en algunos viajes que hizo con su pasado y que, cuando ella viaja, lo único que quiere es estar encerrada en algún lugar para tener un tiempo que compartir con alguien. En este instante ella decide que en su caso no habrá viajes, no habrá transporte, no hay necesidad de ello cuando todo está latente en un segundo que se escapa en los relojes de Felix.

Un ruido en el café y deciden pasar a lo práctico. Él le cuenta que está a la espera de un trabajo de correo. Uno de esos trabajos que son difíciles de explicar. Consiste en acompañar las obras de una exposición que se presentará en otro lugar para asegurarse de que no sufren ningún desperfecto, para certificar que todo está bien. Cerrar y abrir cajas y mirar si en los aviones ha habido algún percance. Uno de esos trabajos. Una serie de exposiciones en varias ciudades. Le apetece viajar por distintas ciudades, sean las que sean, y hacerlo por trabajo. Dice que no puede ser lo mismo estar en una ciudad por trabajo que por turismo. Que si estás en una ciudad por trabajo es verdad, pero que si estás por turismo buscas una imagen que confirme tu viaje. Ella comenta que, de momento, se está acercando peligrosamente al tópico pero que le gustará saber cómo será su relación con las nuevas ciudades donde trabajará. Deciden dos cosas. Ella visitará el piso a menudo para que esté todo en orden y él le mandará cartas desde cada ciudad. Las cartas las dirigirá al piso y en el sobre estará el nombre de él, con lo que ella tendrá que abrir todas las cartas y así podrá tener control de que nada se escapa. Lo típico, una factura que no pagas y te quedas sin piso, sin patio, sin gato de los vecinos.

Se despiden. Ella anda hacia su casa. Despacio. Brilla el sol. Piensa en los futuros viajes que a él le esperan. Piensa en ciudades, piensa en continentes. Aviones. Piensa en las cartas. Piensa que, si ella estuviera en su situación, en ningún caso hubiera buscado un trabajo para cambiar de rumbo. Él está emocionado con la posibilidad. Para ella el trabajo tiene un valor nulo. No quiere que ningún trabajo sea una definición. No quiere que algo externo sea lo que marque su ritmo, su vida, sus deseos, su forma de pensar. Por este motivo tiene un trabajo anónimo, un lugar de trabajo donde nadie tiene un nombre. No le interesa lo más mínimo. La única función del trabajo es que te permite volver, te permite sentir que estás fuera y puedes volver a tu mundo, a tu piso, a tu sofá, a tu cama, a tus flores, a tu cocina, a tu tetera, a tu manta de lana, a tu espejo que encontraste en la calle, a tu copa de vino nocturna, a tu necesidad de encender una vela para crear un momento para ti, a tu sentarte en el sofá y leer un poco mientras comes unas aceitunas.

Camina lentamente y, en la plaza que está a unos dos minutos de su portería, un niño ha caído de su bicicleta. La rueda trasera de la bici, tirada en el suelo, sigue girando.* Observa la rueda, escucha ese ruidito y visualiza

el niño que ha salido corriendo en busca de su madre para llorar un poco, no necesita ver nada más para que la escena pase frente a ella una vez más. En un segundo ocurre todo. En un segundo ve al niño, la caída, el levantarse, el miedo, la herida, las lágrimas, el abrazo. Un loop infinito, una historia condensada en ese ruidito y en esa rueda que no para de girar. Un segundo, otra vez toda la historia, como en la pareja perfecta de relojes.

Sube a su piso. Ella ha insistido en que él mandara las cartas a su propio piso y no aquí. No sabe muy bien el motivo, pero no quería estar en su piso a la espera de si llegaba una carta o no. Su piso es su piso, es su tiempo y lo quiere para ella. Sabe que él sigue preguntándose por la reticencia a encontrarse aquí. También sabe que él va a respetar su decisión y su forma de ser. Sabe que, en el fondo, él está lleno de dudas en relación a qué significa sentir un lugar y querer frenar el tiempo así que, de algún modo, ella le da seguridad. Ella y seguridad. Sonríe un poco, casi le parece irónico. Recibir las cartas en el otro piso, en el lugar de encuentro. Piensa en el patio y en el gato y se siente bien. El gato es para ella un deseo absoluto y una puerta hacia una felicidad inmediata. Pensar en el gato, imaginar el gato. Sabe que la conexión con el gato no es fácil, que este no responde a sus peticiones y que, además, la verja les separa. Pero allí está, haciendo su vida sin hacer demasiado. Beber de un plato de leche y que sea lo único que existe en el mundo.* A veces le gustaría ver el mundo como un gato, a ras de suelo, notando el frío o el calor en cada pisada. En su casa se descalza siempre. Tiene unos calcetines gordos de color morado. De lana. Si no fuera un asco, se lamería los pies como si fuera un gato, gastando toda la tarde simplemente con esta acción.

XIX

— Capítulo 8

Hola, aquí tienes la primera carta y la primera ciudad. Como ya sabes, me alegré mucho cuando supe que esta sería la primera ciudad: No hay mejor lugar para empezar a preguntarse dónde estamos y hacia dónde vamos que New York. Suena Frank Sinatra y estoy en una película, la gente come en un diner y alguien se cree que es italiano.

Sé que detestas que me acerque a lo tópico, pero no lo puedo evitar y me pregunto si no será que soy un sentimental. Vaya tonterías estoy escribiendo. Lo que pasa es que estoy justo encima de la nube, en la emoción del viaje, y ya llevo unos días viviendo esta sensación de que está pasando algo. Un poco de orden, primero el trayecto. Viajar solo en un avión hace que todo sea bastante distinto. La percepción del alrededor se altera, existe como una emoción rara y, en este estado, yo no quiero hablar con nadie para evitar un contacto demasiado humano, supongo. Serán muchas horas dentro de un avión con ese señor al lado o esa chica perfectamente operada. Estoy, estaba, sentado al lado de alguien igual que Salma Hayek y no puedo mirar, estamos compartiendo. Creo que esta carta será larga, me encuentro en un momento de demasiadas emociones condensadas que irán como cayendo solas. Ahora el avión, después una calle, que no me olvide la hamburguesa... Ya sabes, cuando empiezo no tengo freno, pero siento que estás aquí,

leyendo, atenta, sonriendo al intentar imaginar hacia dónde iré con lo de la hamburguesa.

Aquí todo fluye, todo pasa. Eres un espectador constantemente. Me hablabas de la óptica y el mirar, creo que deberías estar aquí conmigo para que pudiéramos hablar y ver que todo puede ser distinto. Estoy paseando muchísimo, andando calle tras calle y reconociendo una ciudad que ya conozco de antemano. Y perdona otra vez por los tópicos: New York es una ciudad que ya has visto y visitado millones de veces antes de llegar. Sabes que Central Park está aquí, qué avenidas son importantes y qué significan, ves un cartel indicando la calle 42 y algo se dispara en tu cerebro, sin problema localizas Chinatown, la biblioteca, la bolsa, la universidad y lo que quieras. Lo sabes todo y, la verdad, tengo que decirte que es algo reconfortante. Es una ciudad que funciona como si fuera tu casa. New York es desde el momento cero tu lugar, estás todo el rato como cuando así de golpe te preguntas por un libro que leíste hace ya un tiempo y sabes al momento que está en esa estantería sin necesidad de mirar. Aunque el metro es más limpio de lo que esperaba en esa visión previa que va confirmando paso a paso. Creo que me hubiera gustado notar algo de peligro en el metro y veo que me coloco a mí mismo en un dilema moral un poco estúpido. No debería frustrarme por no sentir el riesgo, pero me pasa cada vez que bajo las escaleras para entrar en una estación. Me comentan que la sensación de peligro ha disminuido, que no es lo que era antes. Lo dicen contentos aunque, acto seguido, me cuentan que ahora están fuera, que «los peligrosos» han sido expulsados. No te he presentado a quién me lo dice: son todos. Los camareros, las personas con quien tengo contacto por el trabajo o en el hotel, quien sea que quiera ayudarte cuando abres un mapa. Y abres un mapa para confirmar, no para buscar, que sabes perfectamente dónde estás. Bueno, lo sabes en Manhattan, después tienes imágenes más borrosas de los otros barrios pero también funciona. Te contaba lo de ser un turista y lo de trabajar

en una ciudad. Y tengo que decirte que ya no estoy tan seguro como en nuestra conversación. A veces debería esperar un poquito antes de opinar, ya sabes. Estoy como entre las dos posiciones, soy un turista y un trabajador, duermo en un hotel en Manhattan y durante los días voy abriendo cajas carísimas para que saquen obras de arte también carísimas, me dedico a rellenar formularios con cara de que todo es muy serio y estoy deseando constantemente que no haya ningún problema. Y después me voy y ando sin parar para empaparme de la ciudad y de sus escaparates.

Me veo constantemente buscando películas, andando y reconociendo que esa pequeña plaza sale en esa peli, paso después por una esquina que es otra esquina con esos personajes. Las historias están aquí, Rockefeller Center aparece y entonces todo es cheesy. Veo persecuciones en la estación central de tren, veo inevitablemente a King Kong subiendo el Empire State Building. Y después están todos esos lugares entre la ficción y la realidad, entre vidas auténticas y vidas de portadas de discos y prensa amarilla. El Chelsea Hotel con Leonard Cohen y Janis Joplin, también con Patti Smith y Robert Mapplethorpe, y con Dylan Thomas.

Y entonces empiezo a canturrear canciones de Simon & Garfunkel y, de nuevo, todo se convierte en una suma de pequeñas historias cotidianas con sentido o no, pero que ocurren sin cesar, con sus personajes y su tristeza, con esas esperanzas que no pueden desaparecer ya que, si llega el caso, lo único que nos espera es el abismo absoluto. ¿Recuerdas que Simon & Garfunkel jugaban con Bob Dylan y Dylan Thomas y en unos segundos mezclaban unas cuantas canciones del Dylan músico con todo el descaro? Pues estas cosas pasan frente a mí constantemente en esta ciudad. Es como si por fin pudiera entender el escenario, oler sus rastros de comida, girar la cabeza y descubrir lo que la cámara ha decidido esconder.

Y estoy en un diner, tengo ventana a la calle y pido una hamburguesa, cómo no, y aquí está el ketchup, las servilletas,

sal, pimienta. Llegan las patatas fritas y todo es como tiene que ser. Bebo una coca cola y me encanta que todo sea tan auténtico, afuera es también todo muy auténtico y lo auténtico son unos coches grandes que pasan, unos taxis grandes que pasan y una de esas cajas metálicas que tienen periódicos dentro. Ahora un señor saca un periódico de dentro y después se comprará un hot dog en la esquina. Todo es tan auténtico que me paso el rato mirando y todo está bien y al final, pues yo qué sé, me encanta y no quiero pensar nada, no quiero dudar de lo que pasa, no quiero que vuelva la tristeza con sus preguntas. O las preguntas con su tristeza. He escrito tristeza y ha sido muy rápido, ¿verdad? Bueno, no sé si era la tristeza o el miedo. Y está el deseo de luchar para ser un creyente de la religión de lo auténtico y de la secta de las pequeñas cosas que dan sentido a la vida. Te lo repito, que me ha gustado y lo he escrito muy rápido: la religión de lo auténtico y la secta de las pequeñas cosas que dan sentido a la vida.

Como ves, está pasando algo.

XX
Y así voy con los días en New York. Me resisto a escribir Nueva York. Creo que está relacionado con todo este rollo sobre lo auténtico. Estoy escuchando mucha música. A veces ando con los auriculares puestos* para que todo sea aún más auténticamente cinematográfico. Con una banda sonora que dificulta saber si lo que veo estaba decidido de antemano y por este motivo las canciones están sonando en el orden que suenan y marcando el tono y dirigiendo los movimientos de todo lo que me rodea. Es una sensación rara esto de pensar que una grabación puede estar dirigiendo tus movimientos y que mi alrededor está coreografiado. Escucho letras de desamor y veo el drama frente a mis ojos, como si esa persona en la caja registradora fuera la protagonista de mi música, de su música. Me pregunto si sabrá que lo que escucho va sobre ella pero espero que no me mire a los ojos.

Me voy a poner serio, que también lo necesito. En esta ciudad Félix se convirtió en Felix. Aquí su galerista, Andrea

Rosen, definió que era necesario ese guión entre González y Torres para pasar a ser Gonzalez-Torres. González ya había sido transformado en Gonzalez. Es un gesto inteligente esto de mantener un segundo apellido en un contexto de un apellido único. Sumando los dos con ese guión, lograban dar un valor a ese González que, sin el Torres, pasaría inadvertido. Torres es un apellido con pedigree artístico: estaba ya Torres-García, también tenía dos apellidos y uno de ellos, en su caso García, bastante anodino. Torres facilita que Gonzalez sea especial, que sea específico al mismo tiempo que universal. Es una persona pero también la posibilidad de todas las personas. Y las tildes fuera. Un nombre nuevo, un hombre nuevo y un lugar que acoge pero pide que te adaptes.

Me pregunto cuál es el lugar: no estoy seguro de si hablamos de New York, del mundo, o de Ross. No lo sé. Me pregunto si aquel Félix inmigrante quería dejar de ser una persona para ser un reflejo de todos nosotros. E inmediatamente me asalta la duda de si era consciente de la responsabilidad con la que cargaría. Bueno, responsabilidad que le damos nosotros, y en «nosotros» creo que somos muchos. Tiene todo algo de religioso, de creencia.

Pero es que en esta ciudad lo veo posible y, además, veo la energía que puede llevar a alguien a ser un referente. Aquí puedo entender que Félix sea Felix y no Félix. Todo ese mito del American dream se lo creen en el supermercado donde voy a comprar unos sticks de pan para tener en mi habitación en el hotel. Me envuelve la amabilidad como base para subir, para que las cosas fluyan, para llegar a ser lo que podemos ser. Empiezo a tener miedo de lo que te estoy escribiendo. No sé si puedo creer en lo que escribo, en lo que veo, en lo que este lugar me hace sentir. Euforia y tranquilidad al mismo tiempo, es muy raro. Gente que toma sus decisiones y va a por ello. Y alrededor respeto frente a la posibilidad. Bueno, eso parece.

Hoy he visto a alguien haciendo su propia manifestación en la calle, con un cartel reclamando algo. Había dos*

policías atentos, pero no había tensión. Era casi como si los policías estuvieran allí para decir «pues sí, tienes derecho a opinar, tienes derecho a la diferencia, tienes derecho a que estemos aquí para controlar que todo esté en orden ya que tienes derecho al orden... como todos los demás, así que ya sabes, no salgas de los límites y estaremos todos ok». Al fondo, banderas italianas. La persona, en su cartel, ha escrito «I am a man» pero parece una chica, tengo mis dudas y me gusta cuando estas cosas pasan. Estaba andando, así que no he parado: seguir andando y pensar un buen rato en el cartel, la chica, la manifestación, las banderas italianas, la ciudad y los policías. A lo mejor todas esas discusiones sobre el lenguaje tenían sentido. A lo mejor lo que faltaba era creer en ello, activar las discusiones para que no se perdieran en la nada. No lo sé. Estoy andando como mirando pelis y pensando que detrás hay libros. Y al mismo tiempo con la sensación de realidad, solo en un lugar inmenso.

No lo sé. Y aquí hay algo que me empieza a sobrevolar. Y llevo un buen rato escribiendo esta carta y es un desorden. Bueno, aquí está la primera carta. Veo que me va a gustar escribirte, tenerte al otro lado y vivir los días también pensando en qué te voy a contar. Estás aquí.

Hola, te escribo una segunda carta desde New York. Sigo resistiéndome a utilizar Nueva York.

Hoy me ha pasado algo muy raro. He empezado a ver caras. Bueno, mejor, he empezado a buscar caras en todos los lugares. Al levantarme el enchufe que está al lado de la cama, un enchufe antiguo, parecía que me observara. El cepillo de dientes eléctrico me esperaba también con dos ojos y una boca sonriente. Camino al desayuno, unos agujeros en una pared repetían la construcción: dos ojos y una boca. A partir de este momento he empezado a buscar y, cómo no, he vuelto a ver la cara ahora con dos ojos en forma de ventanas circulares, después como una serigrafía en un cristal. En el escaparate de una joyería, dos perlas grises y un collar de perlas blancas parecían sonreír con cierto descaro. Y estoy en New York, así que no es necesario que te cuente qué he visto en las salidas de agua esas que están a la espera de que lleguen los bomberos en cualquier momento. Después del trabajo bajé hasta el final de Manhattan donde encontré los típicos binoculares para turistas que activas con una moneda. Pues lo mismo, una cara sonriente. Más ventanas, juegos infantiles en un parque, objetos en el suelo. Todo observa. Todo me observa. Aunque no estoy seguro de lo segundo: las caras parecían vivir en su mundo, parecían no buscar un contacto,*

no juzgaban. En definitiva, que ha sido un día de buscar lo mismo en todos los sitios.

Mientras, en la comisaría que hay cerca del hotel, los policías seguían haciendo del tópico realidad. Esos coches, esos barrigudos, esa ropa y esa lentitud. Un día deberíamos hablar de la tranquilidad que da descubrir que las cosas son como esperamos que sean.

Con la historia de las caras he pasado el día pensando en ti.

Ella lee la segunda carta y no entiende nada. En la primera le reconoce sin problema, puede ver sus gestos mientras traslada sus pensamientos al papel. Puede ver sus muecas y hasta sus deseos, puede anticiparse a su proceso aunque prefiere que sea él quien cuente lo que va a contar. Leyendo la primera carta sabe qué está pasando, en qué momento del día escribe y en qué momento pensó lo escrito. Aunque es consciente de esta conexión con la carta al leer la segunda, donde todo es diferente. La segunda carta es como si fuera de otra persona, alguien inesperado.

Si uno de los dos puede ir por el mundo buscando caras no es él. Es ella. Si alguien puede pasar un día siguiendo un estilo, un modo de acercarse a la realidad, convirtiendo todo lo que le rodea en una ficción o un juego es ella. Él no necesita hacer estas cosas, él tiene otros sistemas y otra aproximación al mundo. La teoría, el orden, el preguntarse sobre los motivos que esconde la supuesta realidad. Todas esas palabras que llenan textos largos y aburridos, debates con comentarios de gente que se escucha a sí misma pensando lo importantes que son. En el enfado llega a dudar si acaso no estará jugando a ser ella, se pregunta si los viajes serán todos así, de coletazos

hacia un lado para salir corriendo de inmediato hacia el otro. Después rebajará su enfado pero una señal de alarma persistirá durante un buen rato.

Han pasado varios días desde que él tomó el avión hacia Nueva York. Durante estos días ella ha visitado el piso. En bastantes ocasiones. En el patio hay ahora más plantas, tres más. El segundo, tercer y cuarto día de visita llegó con una de sus plantas dentro de una bolsa azul del Ikea. Estando en casa pensó que las plantas estarían mejor en el patio ahora que llegó el calor y, ya que ella estaría visitando el piso, podrían estar un tiempo como de vacaciones para respirar el aire de otro barrio.

El primer día entró en el piso, caminó durante cinco minutos y salió. Subió y bajó tranquilamente las escaleras de la calle al rellano, mirando como no había hecho antes, pero dentro del piso sintió la necesidad de disfrutar del momento corto y de la sensación de entrar y salir casi a escondidas.

Ha alineado las tres plantas frente a la pared pintada de azul, primero en el medio y luego a la izquierda. Se quedan a la izquierda, ya que en el medio parecían demasiado pequeñas. Ha observado las dos posiciones desde el patio primero y desde la cocina después. Izquierda, están más protegidas y tendrán algo de sombra durante unas horas al día, así que ella estará menos preocupada por si les falta agua.

En el patio hay algo que no funciona bien con las proporciones y las macetas. Para la próxima semana, decide comprar macetas nuevas, más grandes, de exterior. Se pregunta si las plantas aguantarán, que está todo eso de las plantas de interior y las plantas de exterior. Nunca ha entendido que existan plantas de interior y plantas de exterior. Se pregunta quién domesticó la primera planta.* No tiene sentido que una planta sea de interior, que una planta sea algo que quiera estar dentro de casa. Las plan-

tas no piensan como las personas o los animales. A ella le encantan las plantas pero sabe mantener una distancia. Si una planta se muere pues se muere y ya está, se compra otra. Con los animales es bastante distinto.

Las dos cartas llegaron con dos días entre sí. Después de la primera estaba convencida de que llegarían más. Recuperada del enfado, está completamente segura de que otra caerá, no puede terminar la narración de este viaje con la segunda carta, no puede ser. Sabe que él está contento, sintiendo y explicando lo que siente. Explicar lo que siente viene a ser algo así como su sistema para sentir. Ella, por su parte, difícilmente explica aunque a veces hace el ejercicio.

Está descubriendo el piso a solas y le gusta. De momento, la sensación de usurpación la persigue y aparece ahora en el baño, ahora al pasar por delante de su dormitorio, ahora al buscar en la cocina una cucharita para el café. Cuando abre el buzón lo hace lo más rápidamente posible ya que no quiere encontrarse con ningún vecino, aunque sabe que no son sus vecinos sino los vecinos de él. La persiguen algunos gestos y rutinas de su propio piso, aunque una vez cierra la puerta del recibidor la situación cambia. Es en ese momento cuando sabe que el patio está a la espera, ofreciendo esa sensación peculiar de isla perdida lejos de todo, lejos del ruido y del día a día.

Ha comprado un poco de café, unas galletas, azúcar y un mantel de hule para la mesa del patio. Tiene unas flores chillonas y colores saturados, el plástico es suficientemente agradable y la lleva directamente a una sensación de infancia, casi de diapositivas en un verano con hormigas y meriendas. Con unas pinzas de tender la ropa logra que el mantel quede fijo y no salga volando a la mínima acción del viento. Durante estos días ha regado mucho las plantas y ha empezado a disfrutar del hecho de estar en otro lugar. El patio se convierte en el lugar

perfecto para tomarse un café. Puede sentir el patio, notar sus dimensiones, empezar a detectar en qué momentos del día el patio se llena de un silencio opaco que ayuda a cerrar los ojos y notar el sol en la cara.

Tercera carta. Te estoy escribiendo bastante, ya sabes que pienso en ti y quiero contarte cómo van las cosas. Por cierto, te imagino abriendo el buzón de mi casa, buscando entre las cartas, creando una montañita con las cartas de los bancos, la propaganda y todo lo demás al lado del teléfono. Si estás leyendo esta carta es que has abierto un sobre a mi nombre. La verdad es que me gusta pensar que abres los sobres a mi nombre, aunque no sé muy bien el motivo, es como si de algún modo sirviera para que estuviéramos como cerca, compartiendo un momento.

Sigamos. Tu estás en mi piso y yo estoy en el hotel con la necesidad imperiosa de contarte que después de varios días me atreví: He andado mucho por Manhattan mirando los carteles publicitarios y pensando en Felix. Me atreví a compartir un lugar suyo, aunque no fue fácil. Una de estas tardes en las que logro tener horas para mí me acerqué a Chelsea. Todo parecía cerrado. Chelsea es un lugar raro, como la parte de atrás, ese lugar que no existe. En un principio, y sobre el papel, es como si Chelsea fuera fantástico con la historia de que se trata de edificios industriales reconvertidos en estudios de artistas y galerías y todo este discursito cool, pero una vez allí lo único que respiras es dinero. Pues sí, hay estudios de artistas en los pisos altos pero el ambiente lo generan las galerías a pie de

calle y las tiendas de diseño. Tienes que pasar por delante de ellas, tienes que ver que al final existe la economía que define si estás o no estás.

Una tienda de ropa firmada por algún arquitecto estrellado y yo pensando que en este barrio Felix recibió el apoyo de Andrea Rosen, de la galería. Aquí pasaron muchas cosas. Al cabo de unos veinte minutos entrando y saliendo por las mismas calles pasé por delante de la galería pero no entré, no me atreví. Mi excusa fue que aún me quedaban algunos días para pasar en New York, así que la prisa no apretaba. Durante la noche pensé que a veces hago tonterías. Estás justo en el lugar y decides guardarlo para otro día, si estás justo donde tienes que estar resulta estúpido negarlo. Volví al día siguiente. Me pasaba algo como lo que a veces hemos comentado de la foto de Ross, ya sabes, no quería ver algo por miedo a que no fuera lo que yo esperaba. Sé que este es un comportamiento inmaduro pero a veces es lo que soy, no siempre me atrevo a enfrentarme a lo que me rodea. No siempre, digo.

Bueno, ya está, Andrea Rosen. El espacio es bastante grande, paredes blancas y techos altos, es como si el edificio industrial estuviera siempre presente y la galería fuera algo temporal, como una caja dentro de una caja. Si miras arriba ves un techo oscuro y una estructura metálica antigua, pero dentro de la caja de la galería todo está muy cuidado y el tiempo está parado, como si las dobles paredes separaran lo de dentro del mundo exterior de un modo muy efectivo, como cuando te tapas las orejas con una almohada y aprietas fuerte con las manos. Aquí empezó Felix y tiene sentido, puedo imaginar su primera exposición durante un enero con bastante frío en Manhattan. Puedo ver piezas y bastante amor, algo de miedo, muchos deseos y amigos que visitan la galería y que quieren estar cerca de Felix. Me siento como atrapado en ese momento que nunca viví, intento casi notar el frío del invierno aunque, la verdad, no lo consigo.

Fue un poco fuerte pero me siento bien. Al salir me despedí sin decir nada, un gesto de levantar las cejas y otra vez a lo real. Anduve como si estuviera en un proceso de descompresión o como cuando terminábamos un examen en la facultad y salíamos al pasillo. Siempre éramos de los primeros en terminar y, entonces, llegaba el momento de esperar a que terminaran todos los demás. Recuerdo el silencio en los pasillos y la sensación de no estar en el lugar adecuado, como si todo fuera un decorado.

Subí calles y calles hasta llegar a una parada de metro y empecé a notar una sensación y un deseo como de sentir cosas y estar seguro. El cuerpo me pedía recomponer la historia y sentir la presencia de objetos: cosas y objetos, historia de verdad y ficción a grandes dosis. Me metí en el Metropolitan y casi saltaba de alegría: Dioramas de mentira explicando la naturaleza, objetos en vitrinas que sirven para contar nuestra evolución. Pensé en tus flashes e imaginé el Metropolitan a oscuras, si todo estuviera a oscuras la historia lógica que nos quiere contar el museo pasaría a ser algo así como destellos, momentos inconexos que retenemos tras el fogonazo, imágenes que se quedan en la retina y que, en un primer momento, no hemos logrado ver. Algo parecido al auténtico Metropolitan.*

XXIV

Ahora sí: me queda poco tiempo en New York. Sé que echaré de menos esta ciudad, también sé que volveré. Espero que recibas esta carta antes de mi llegada, quiero verte y la idea de encontrarte me ayuda a entender que todo tiene un sentido, que estamos constantemente de ida y vuelta y que existen algunos lugares seguros. He pasado varios días aquí y me gusta esta ciudad que despierta algo en mí, como una felicidad rutilante. No sé si podría aguantar mucho tiempo aquí, creo que tendría miedo de que todas las bombillas se apagaran, de que toda la publicidad cayera por su propio peso y el sueño no fuera más que una pesadilla.

Me estoy despidiendo de esta ciudad cuando me estaba despidiendo de ti. Será que de ti no me despido sino que estoy en camino.

Ha sido un vuelo largo y con esperas. Una vez aterrizado, tiene que esperar a que abran las puertas del avión, llegar a la cinta de los equipajes y esperar a que salgan. Esperar cuando está cansado le cansa enormemente y su capacidad para prever las peores situaciones aparece en su máxima intensidad. Se pone nervioso pensando que su maleta es la que se habrá perdido. Al cabo de unos segundos piensa que, total, tampoco pasaría nada grave, los papeles del trabajo los lleva en la bolsa de mano. Es muy pronto por la mañana y decide que un taxi es una buena idea.

Llega a su piso pensando que a lo mejor ella estará, aunque sabe que eso difícilmente será así. Ella a estas horas está de camino al trabajo. Entra en su piso. La montañita de cartas al lado del teléfono. Sonríe. En la mesa de la cocina, debajo de un caramelo verde de Felix, encuentra un papel con dos palabras: «Bienvenido, beso».

Se siente bienvenido y acepta el beso. Prepara un café con leche. La leche es de otra marca y el café también. Le sorprende que sea así, que no todo sea lo mismo. Le gusta la idea de que durante estos días el piso ha cambiado un poco. Mira al patio desde la ventana de la cocina y ve las tres plantas. A la izquierda. Si estuvie-

ran al centro estarían como desprotegidas, a la izquierda están muy bien.

Después del café cae rendido, se tumba vestido en la cama y duerme durante varias horas.

Al despertar huele a café. Ella está en casa. Él sale de su cuarto y ella sonríe. Quieres un café, necesitas un café, vamos al patio. Salen al patio, él aún algo entumecido y con la sensación de que su cuerpo aún está viajando y su mente no entiende muy bien si llegó, si está en camino o si quedó en un limbo. Leí tus cartas, me gustó estar cerca de ti y ser capaz de sentir lo que sentías al escribir, aunque ya te digo que con lo de las caras me pasó algo raro, no te entendí. Gracias por el café, lo necesitaba por lo que veo. Las caras, las caras... ¡es verdad! Fue un poco extraño y por eso te lo quería contar, era como si la ciudad dirigiera mi forma de ser, también llevaba unos días observando cada gesto, buscando la complicidad con cada elemento que se cruzaba en mi camino, después de ese día creo que me tranquilicé un poquito. A veces, cuando quieres olvidar algo lo mejor es pensar en ello y convertirlo en palabras. Es más fácil hacer desaparecer algo que sabes lo que es.

Hablan un rato sobre los lugares y si dirigen a las personas, hablan de qué significa ser y de si estamos siendo controlados constantemente. Si existe un director de escena que nos indica lo que tenemos que hacer, si tenemos un guión o unas indicaciones de algo que ya sabemos cómo funciona. Como si, por ejemplo, a tres actores les dijeran «venga, ahora representad la historia de Adán y Eva»* y evidentemente lo hacen. Pero es difícil saber si son personas o son actores, si están actuando todo el rato o si hay momentos que son ellos mismos. Con naturalidad se reparten los papeles, tú eres Eva, tú eres Adán y yo soy la serpiente. Mira, una manzana, come la manzana, ya verás qué buena. Ay, estamos desnudos. La historia flu-

ye, los personajes saben lo que sienten en cada momento, la serpiente sabe lo que quiere y Adán y Eva terminarán entendiendo también lo que les espera. Serpiente, Adán y Eva. O tres actores interpretando una historia desgastada y sin la emoción que conlleva saber mucho más que el final, saber cómo se desarrolla la historia, cómo los personajes cambian de actitud y evolucionan. Tres actores con la imposibilidad de improvisar aunque no tengan memorizado un texto. Hablan sobre quién controla a quién, si la historia a los actores, si los actores a los personajes, si el director a los actores y desgranar una a una todas las posibilidades mientras van notando el retorno a la tranquilidad.

Hablan sobre lo que significa actuar, sobre si el conocer los lugares y las historias nos hace sentir seguros. Él habla de Nueva York y ella escucha lo que ya ha leído y ve en sus ojos la emoción que imaginó, esa misma emoción que le despierta candidez y un deseo de que todo esté bien, de que todo sea como ahora mismo. Sentir que son casi lo mismo y que, en el cansancio de él y las risas de ella han logrado estar ahora y aquí y que todo lo demás no exista.

A ella le está costando no tener el piso de él disponible y a la espera. Las tres plantas han dejado algo más que tres vacíos. Las plantas disfrutaban del patio mientras ella no puede decidir salir de su piso para llegar a ese otro donde abrir el buzón y curiosear sin demasiada prisa, sin el entusiasmo enfermizo que comportaría estar haciendo algo malo. Ha encontrado en el piso de él una salida, una escapatoria que ahora está cerrada.

Durante estos días se han visto un par de veces, primero un café rápido antes de que él tuviera una reunión para evaluar su trabajo y ahora un paseo por el parque que termina con ella haciendo la compra y él acompañándola a su casa. Ella entiende que él quiera subir a su casa. De algún modo, se ha ganado el derecho. Viene a ser algo así como un intercambio de papeles. Ella curioseaba libremente y él tiene acceso a un lugar marcado.

Un par de copas de vino, unas aceitunas y una charla sobre los vacíos que han dejado las tres plantas, sobre sus macetas, los lugares y momentos compartidos que tienen ellos dos, ese concierto al que ella lo invitó y donde se encontraron con el innombrable, y cómo él se sintió fuera de lugar, como si lo estuvieran juzgando por algo de lo que no le habían informado, siendo consciente en todo

momento de que el veredicto no podía ser otro que una condena. Se cruzaron algunas palabras amables con el innombrable pero no hubo sintonía. Cero.

Cada vez que hablan sobre ese concierto él dice la misma frase. Me dejaste tirado. Ella desapareció, algo que ocurre en algunas ocasiones. Sin carga moral alguna, casi como una reacción física. En momentos concretos ella nota algo en el ambiente que la obliga a salir corriendo sin avisar a nadie, lo más rápido posible para no cargar después con la tensión, el miedo, la violencia latente. Es como si tuviera esporas con la función de activar su cuerpo para huir, para no pensar en lo que se avecina.

Un par de horas y algunas copas de vino más. Mañana trabajo, empiezo a las 7:30 y tengo un trayecto en tren de cuarenta minutos. Tengo que levantarme muy pronto. Buf, no quiero ni calcular a qué hora te tienes que levantar pero intuyo que será oscuro y que desayunarás en la oscuridad. Afuera no es tan oscuro, los días ya empiezan bastante pronto, no crees un drama con mi desayuno. Me gusta empezar los días así, lentamente. Me preparo el té y prendo unas velas, me gusta notar que todo a mi alrededor duerme e intento no levantar a nada ni a nadie, la calle está tranquila y en silencio, no hay señal de los vecinos y quiero que todo siga así, por lo menos durante algunos minutos. Necesito disfrutar de esos minutos así que el trabajo es casi una excusa para que tenga sentido estar despierta a esas horas. Siguen hablando, comparten.

Él se despide justo antes de que ella se vaya a dormir. Buenas noches. Buenas noches. Un momento de silencio. Él está paralizado y ella en la cama. Un segundo, dos segundos, ya está. Cierra la puerta. Al salir a la calle piensa en eso de levantarse tan pronto, piensa en el tren e intenta seguir pensando en millones de detalles para alejar el pensamiento de que nunca se habían dado unas

buenas noches que tan fácilmente podrían haber sido un buenos días qué quieres desayunar.

Ella, casi a punto de dormir, sonríe un poco con los ojos cerrados hasta que un sonido que viene a ser algo así como una mezcla entre estupefacción, sorpresa, risa, calidez y sentirse cuidada sale por su boca. Dice buenas noches otra vez y se duerme de inmediato.

Hola, una nueva ciudad.

Bueno, no estoy seguro de que sea una ciudad o lo que yo entiendo por ciudad. Es como si algo fallara pero, como acostumbra a pasar frente a lo raro, no estoy seguro de si esto está bien o está mal. Creo que el lugar donde duermo ayuda bastante a estar dando vueltas extrañas a temas que seguramente no son más que una tontería: si en New York vivía en un hotel en Manhattan, en Helsinki estoy en un apartamento que han puesto a mi disposición en un lugar especial. Sé que suena un poco raro, pero es que me lo presentaron con esta construcción de «poner a disposición», que implica un lenguaje técnico o un uso del inglés que hace que todo sea de lo más oficial y adecuado. Cuando dijeron que era especial pensé primero que era la típica palabra para no mojarse y que me fuera preparando para un cuchitril pero no, después descubrí que no, que realmente sabían de qué hablaban.

Ningún problema con el apartamento, es bastante bonito. Dentro hace calor y está pensado para que me sienta cómodo y en casa. Tiene como dos pisos, abajo la cocina-comedor-sofá-ventanal-ducha-baño y arriba, subiendo por unas escaleras peligrosamente empinadas, lo que sería algo así como un balcón interior donde está la cama. O sea, que algunos lo definirían como un estudio, otros como un loft y yo no sé

muy bien cuál es el problema o si hay problema alguno, que a veces nos complicamos la vida por deporte. Imagina un lugar donde el color blanco domina y está perfectamente acompañado por un tono claro de madera. Suena bastante bien, lo sé, y te preguntarás a qué tanto tono pretendidamente dramático de queja forzada, como si lo mío fuera vivir en un confort absoluto. Estoy pensando en la ducha de mi piso, ya sabes, eso del frío y que ducharse sea casi un castigo.

Veo que, en general, nos acostumbramos muy rápidamente a la queja. Si hay algo que no entendemos muy bien lo primero que hacemos es quejarnos y así, con la queja, parece que sabemos de qué va la historia y marcamos, como perritos levantando la pata, territorio. Cuando te estás quejando indicas que tienes la capacidad y el poder de quejarte, que no es poco. A partir de ahí, todo viene rodado. Bueno, vuelvo al apartamento que veo que me estoy despistando y si empiezo a hablar de poder sé que puedo hablar y hablar hasta el fin del mundo.

Quiero que tengas delante de ti la imagen de algo funcional y amable, con un toque espartano nórdico y una tradición de diseño y arquitectura para el bienestar que ya me gustaría tener en nuestro país. Está lleno de detalles que no son detalles sino algo así como una filosofía de la construcción: la cocina funciona, la ducha también y no hay opción de darse golpes cuando vas medio zombie y, atención, el suelo del baño está siempre caliente así que olvida ese frío que te entra por los pies. Me pregunto si los finlandeses saben lo que es ese frío que te entra por la planta de los pies. Ese frío que sirve para que el día empiece ya con malestar y dolor, lo mejor para afrontar la vida, vaya.

Pero hay algo más y aquí es donde quiero llegar: el lugar. El apartamento está en una isla que, por lo que me han contado, fue una base militar durante muchísimo tiempo. Desde la isla tienes vistas tanto de la ciudad como de su apertura al mar, así que no es difícil imaginar que la función

militar era la defensa, lo típico de estar esperando con más o menos entusiasmo para ver desde la distancia si los enemigos, sean quienes sean, vienen a por ti. Siempre me han sorprendido estos lugares y me pongo en la piel de aquellos que tienen que estar permanentemente vigilando, mirando hacia el mar o hacia cualquier lugar donde no va a pasar nada. Me imagino qué pensará ese soldado de a pie que tiene el trabajo y la obligación absoluta de mirar todo el día la playa, el mar o lo que pueda pasar en este preciso lugar que tiene delante suyo. Me pregunto si, en algún momento del día, podrá dejar de ser soldado para ser persona y mirar como miramos todos: sin pensar que el mal se acerca, disfrutando de la belleza de una puesta de sol o dejándose llevar por las olas del mar.*

Tengo que utilizar un ferry para ir a la ciudad, aunque la isla donde vivo está como en el centro. Sé que suena raro pero es así: no es una isla en plan naturaleza salvaje. Es un islote muy cerca de la ciudad pero como con bunkers y construcciones desfasadas para meter cañones. Siempre me ha parecido muy bruto esto de meter cañones y generar espacios para soltar bombazos.

No te hagas una idea del ferry como si fuera un barco enorme, no es uno de esos. El ferry casi no es ni un barco y llega a una parada que podría ser perfectamente de autobús. Suomelina, el nombre de la estación y, como no, de la isla. Subes y en cinco minutos estás al otro lado, en la estación de la ciudad. Y no tiene el glamour ese de Venecia al cruzar canales, no, nada de glamour. Es más como si fuera un transporte para la clase obrera y un recuerdo constante de los antiguos soldados tristes. Viendo el poco movimiento del ferry soy consciente de que estoy compartiendo el espacio con no demasiadas personas.

Me cuentan que durante los picos de frío en el invierno es todo bastante más fácil, ya que el mar está helado y puedes ir andando a la ciudad. Me parece una locura, no me gustaría cruzar andando por encima del mar por muchos centímetros

de hielo que te cuenten que hay. Creo que no podría vivir aquí ni por todo el dinero del mundo. Por suerte, me ha tocado estar aquí ahora y no en medio del invierno. No creas que me rodea un calor extremo ni ese calorcito que ahora mismo estarás sintiendo, pero el césped es verde, los árboles empiezan a brotar y creo que la gente de aquí hace lo mismo. Están brotando.

Con los habitantes de la isla nos saludamos pero me dan un poco de miedo. Es como si todos llevaran un asesino potencial dentro que el lugar pudiera activar en cualquier momento. Son saludos cortos y como de reconocer que estamos en el mismo lugar y lo sabemos, pero que demuestran también una voluntad de distancia y de que nos dejen en paz. A todos. O sea, nos saludamos y salimos corriendo. Nadie en la isla me ha invitado a tomar un café o un té. Bueno, no hay ni una cafetería, ni una tienda ni nada de nada en la isla, así que si alguien me invitara tendría que ser en su casa, con lo que todo sería seguramente demasiado personal e íntimo. Y aquí es lo único que hay.

La gente del museo es bastante amable, aunque lo dicho, el inglés provoca que todo sea un poco demasiado formal. Veo que están contentos pero en la traducción se pierde algo. Las cajas y las obras siguen bien, aunque ya sé que no estás nada preocupada y mejor así: ya sé que tu idea del trabajo es que sea algo que no se interponga a la realidad.

Lo que me pasa a mí es que empiezo a ver varias realidades que se van acercando. Ya lo hablaremos en otro momento, creo que lo voy a necesitar: cuando estamos tú y yo hablando las cosas fluyen, las frases se materializan y de algún modo todo parece tener sentido. Por lo menos un sentido que sigue funcionando mientras estamos juntos, así que consiste en seguir juntos y en pensar en nosotros. Me acuerdo de tu piso, tengo algunos colores asociados a él. Me acuerdo de muchas cosas.

Y ahora llega la parte que he estado esperando escribir durante un par de días. Con el trabajo y la vida social que me

ofrecen los trabajadores del museo, que aunque es traducida es mucha, no he tenido el momento para sentarme aquí en mi piso-estudio-loft-lo-que-sea para escribir esta carta hasta ahora, pero la historia me quemaba por dentro. Pensé en cómo contártelo justo en el momento en que me lo explicaban.

No sé si es verdad, aunque juraron que sí lo era. De hecho, creo que no importa mucho si es verdad o es ficción. Es la historia de una isla, una isla aquí en el norte aunque no es la mía. Resulta que la isla en cuestión se está desplazando. Lentamente, avanza algo así como cinco centímetros cada año. ¿Te lo imaginas? Estar viviendo en un lugar que se mueve, en una isla que se traslada por el mar y, aunque todos intenten seguir sus vidas como si no pasara nada, todo se viene abajo por temas prácticos. Constantemente. Si la isla está viajando es difícil que los barcos lleguen a ella y se queden en el lugar. Bueno, es que si amarran en la isla, al cabo de un año están cinco centímetros lejos. No es mucho pero, al mismo tiempo, me parece una barbaridad. La sensación de permanencia y de tener un lugar propio se tambalea cuando tu lugar es una isla que se mueve. Nada tiene sentido.*

XXVII

Me contaron que los arqueólogos llevan tiempo buscando información en el pasado y que se trata de algo que siempre ha sido así. Los habitantes de la isla han intentado mediante diferentes métodos hacer algo, primero rezando a los dioses y pidiéndoles que protegieran y frenaran el lugar donde estaban enterrados sus seres queridos. Gente enterrada con sus aventuras, miedo, hambre y todo lo que puede suceder a una persona de un pasado remoto, en una isla del norte, donde el frío tiene que ir siempre acompañado de un olor a pescado podrido y a mar. Gente enterrada moviéndose a la deriva. Siempre que miro una peli que pasa en la edad media o que retrata la vida de los vikingos pienso que debería ir con olor, con hedor. Creo que por este motivo nunca me creo las películas situadas en estos periodos de la historia. Deberían oler mal para que tuvieran algo de veracidad.

Los archiveros guardan las primeras fotos de la isla y, cómo no, son fotos de los amarres de los barcos y de cómo todos los habitantes tenían que reconstruir el puerto año tras año. Casi como un ejercicio de comunidad, todos los habitantes trabajaban juntos para que el puerto permaneciera en la isla y no se convirtiera en una construcción sin sentido en el medio del mar. Me decían que los archiveros guardan ese tipo de información práctica que parece objetiva pero que dispara gritos y poemas: textos de recomendación a los propietarios de los barcos para que tuvieran siempre un pedazo de cabo extra dentro de la embarcación para, de vez en cuando, atar con un nudo marinerio el cabo a otro cabo para ir alargando la cuerda que te mantiene de algún modo a tierra. No sé mucho de barcos ni de mar, pero que tengas que ir alargando cuerdas para fijar tu barco me suena a algo poco fijo. Me fascina esta idea de que necesites un extra de cuerda para estar seguro, para estar definiendo permanentemente que este es tu lugar.

Los políticos de hoy, y los de las últimas dos décadas, han intentado llevar el tema desde la responsabilidad de sus cargos. Lo han intentado todo, encargando proyectos a varios arquitectos, compilando el máximo de información de distintos grupos de geólogos y otros científicos y pasando la pelota a un nivel político superior porque, si la cosa sigue en movimiento, el país puede perder la isla y por tanto una parte de su territorio. Y esto sería intolerable. Bastante bonito lo de que una situación geológica se convierta en un problema político nacional, creo que esos antepasados apestosos con sus ruegos a los dioses estaban haciendo lo mismo: pasar el tema a una instancia superior y sacarse la responsabilidad de encima, si es que podemos hablar de responsabilidad frente a una isla que se mueve.

Los arquitectos se lo pasan bastante bien con la situación. Imagina estar en la cabeza de un arquitecto y que te llamen para que hagas un proyecto para parar una isla. Lo han propuesto todo, desde meter una red para «pescar» la isla,

hasta construir pozos desde los que generar corrientes marinas a la inversa. Pero no, la isla sigue con su lento movimiento obligando a sus habitantes a ser conscientes de que no hay tierra firme. La isla sigue moviéndose hacia el norte y nadie sabe si seguirá la misma ruta o girará hacia el este.

Y te escribo desde una isla donde no hay coches porque no tiene sentido que en un lugar tan pequeño circule coche alguno. Y por la noche hay un silencio humano muy raro y la brisa lo cubre todo con un sonido permanente que puedes, seguro, llegar a odiar. Como las gaviotas, que están a la espera de vete a saber qué. Sé que hay gente que está a gusto en una isla, también sé que algunas personas que han nacido y crecido en una isla no pueden vivir en otro ambiente que no sea el de una isla, con su brutalidad alarmante y su absoluta demostración de que siempre te va a ganar el mar, el viento, el frío o lo que sea que decida que tú no eres nadie. Me pregunto si no estamos todos en islas, más grandes o pequeñas pero islas al fin y al cabo.

Con la gente del museo hemos salido a tomar algo varias veces y veo que la idea de diversión aquí consiste en llegar al límite ese de levantarse al día siguiente y no recordar nada. Lo impresionante es que, al día siguiente, allí están en el trabajo como si realmente no recordaran nada. Es como muy brutal y no hay nada que esconder ya que no hay recuerdo. Simplemente hay una resaca descomunal.

Me da un poco de miedo cuando la gente busca no recordar. Yo necesito más control, necesito saber qué estoy viviendo para poder contarme qué está pasando. Si no recuerdo nada es como si alguien me robara mi tiempo y mi capacidad de análisis. Me sentiría bastante perdido si no pudiera recordar. Entiendo este sistema algo salvaje de buscar el olvido y generar paréntesis, puedo conceptualizarlo, pero me produce una sensación de tristeza. No sé si me explico.

De todos modos, estoy en una isla y sé que llegará el silencio dentro de nada y, con el silencio, la brisa y todos los

ruidos que pueden destrozarte mediante la atención y el miedo. Así que vete a saber, quizás borrando las noches estaría todo mucho mejor.

Te veo otra vez abriendo el buzón y leyendo la carta en tu sofá. Y es de noche.

— Capítulo 15

Ella llama al trabajo para decir que está enferma y que no podrá ir. Sabe perfectamente que en su trabajo no tienen sistema para localizar desde dónde se realiza la llamada, así que no está nada preocupada. El ventanal separa el teléfono del patio. El patio pequeño y con plantas. Los vecinos también hoy han dejado que el gato pasee libremente. El gato sigue sin saltar de patio a patio. De momento.

Ha dormido en el piso. Se durmió en el sofá frente a la tele mirando unas películas italianas. Una* y dos.* No tenía pensado quedarse a dormir. Medio dormitando pasó de la primera película a la segunda sin saber que estaba frente a otra historia. Algunos actores se repetían, así que en su estado mental configuraba historias que entonces tenían algo así como sentido. No recuerda mucho de la película, que eran dos, pero había una chica, unos jóvenes chulescos, alguien tumbado al lado de un río y un escenario en un teatro de pueblo. Hablaban italiano, cómo no, y los muchachos estaban en la terraza de un bar tomando algo o, no está segura, hablando con el hombre tumbado al lado del río. Cree que había una historia de amor que funcionaba como una melodía de fondo, una melodía que nadie escucha y todos olvidan sin saber tan

XXVIII, XXIX

siquiera que existe. Algo pasaba con la hermana de uno de los chicos y había connotaciones sexuales en algunos comentarios y algunos insultos de esos que no es necesario traducir ya que, simplemente cómo se dicen, sabemos lo que son. Recuerda que los colores eran fuertes y que, por lo tanto, tenía que ser una película, eran dos, de verano italiano. Seguramente del sur de Italia, con su gente gritona y sus gestos dramáticos.

El televisor está apagado, así que en algún momento decidió quedarse. Puede ser que no fuera una decisión sino la aceptación de la realidad. Y, total, por qué no quedarse. Se prepara un café y unas tostadas. Mira a través de la ventana de la cocina. Las tres plantas a la izquierda con sus macetas grandes y nuevas. A la derecha, la verja. Y el gato que debe de estar paseando o debe de estar sentado esperando algo. Ha dormido en el piso, en el sofá, se durmió mirando la tele. Ella no mira nunca la tele y no entiende que él tenga una. Ella no tiene televisor en casa y no le cuadra mucho que él sí tenga. A lo mejor la función de la tele es precisamente quedarse dormido y que sean otros los que decidan cuándo es el momento de dejar de ser una persona.

Se sirve una segunda taza de café, abre el armario y saca un jersey viejo que él casi no utiliza. Un jersey de lana bastante gastado que compró de segunda mano y que en un principio pensó que utilizaría mucho pero que después quedó atrapado entre prendas que siempre están a la espera. Ella se acuerda del momento de la compra, estaban juntos y era divertido. Ella casi compró una boa de color rojo. La música era malísima y la tienda olía a ropa vieja. Era una mañana y casi no había nadie comprando, así que las trabajadoras les dejaron jugar con la ropa y sus tonterías. Ella bailó con la boa y él se compró el jersey. Seguramente se compró el jersey como un acto de responsabilidad. Después de la boa y de que ella se probase varios

vestidos él compró el jersey. Te queda bien este jersey, chico. ¿Verdad que sí? Sí, chico, llévame a otro lugar.

Ella con la boa aún en el cuello y él a punto de pagar el jersey. Ella interpretando un papel cinematográfico, uno cualquiera, y él pagando el jersey. Él metiendo el jersey dentro de una bolsa de plástico y ella dejando la boa en cualquier lugar.

Sale al patio con la taza de café, un plato, el tabaco y un mechero. Fuma un cigarrillo sentada mientras se toma el café. Y mira la verja. El gato está en el otro lado. Sabe que el gato está allí pero no lo ve. Mira la verja atentamente, cada detalle. Una reja y algo como una tela vegetal de color marrón que impide, casi en la totalidad, un contacto visual entre patios. Intenta escuchar al gato, aunque sabe que difícilmente oirá sus pasos. Le encantaría ser igual que un gato y que cuando anda no sonara nada de nada. A veces, subiendo escaleras, utiliza un ritmo errático de pasos, intentando que sus sonidos puedan parecer algo «natural» y no el resultado de los pasos de una persona. Dos rápidos, tres lentos, una pausa, dos normales, cinco rápidos. En casa, también a veces, entrena a andar desacompadamente intentando realizar el mínimo ruido. Lo hace cuando el sonido de los vecinos atraviesa las paredes y ocupa, sin capacidad para la resistencia, su espacio vital.

El gato. El gato tiene que estar en el patio. El cigarrillo se ha consumido y ella casi ni ha fumado. Le gusta cuando la ceniza aguanta más de lo normal y estás al límite de que se te caiga encima. Casi todo el cigarrillo es ceniza. Mira la verja. El gato. Intenta adivinar dónde estará. A lo mejor cerca de la pared, a lo mejor cerca de la puerta. Hace sol, así que seguramente el gato estará en el alféizar de la ventana de la cocina, estirado sin hacer nada. Le gusta que un gato pueda estar estirado sin hacer nada y que esté todo bien. Como si los gatos pudieran

desconectar del mundo. Seguro que entonces ni piensan, son simplemente un cuerpo bajo el sol, pelo y uñas y una cantidad variable de grasa y sangre.

Han pasado un par de horas. Se da cuenta al beber un poco de café. Está descaradamente frío y casi tiene mal sabor, como de café que no es del momento sino de hace ya demasiado rato. Sonríe pensando que es así, que el café es de hace demasiado rato. De todos modos, sigue sentada pensando que el gato debe de estar tomando el sol. Le encanta tener un gato a cierta proximidad. Le encanta también que los gatos sean como son y que no busquen complicidad más allá de cuando quieren algo. No son egoístas, son lógicos. Recuerda su paseo por el zoo y los animales encerrados en las jaulas. Piensa que valoramos a los animales por su proximidad a nuestro tamaño. Cuanto más cercanos a las personas más queremos que sean como nosotros y esperamos que sientan como nosotros. Pero si no sabemos ni cómo sentimos nosotros no deberíamos tener el derecho a proyectar en los animales. Enciende otro cigarrillo con la intención de fumarlo.

Ha pasado la mañana sentada en el patio mirando la verja. Piensa que es una de las mejores mañanas desde hace mucho tiempo, aunque no tiene mucha idea de qué ha estado haciendo.

Se levanta. Recoge la taza, el tabaco, el mechero y el plato y vuelve al interior. Lo deja todo en la cocina y se prepara para salir a la calle. El día es bonito, así que simplemente pasará para descubrir colores e intentar estar en una película, eran dos, en el sur de Italia.

Al salir, abre el buzón y encuentra su carta. Desde Helsinki. El sello es bastante bonito, con unas flores en el hielo. Se mete la carta en el bolso y abre la puerta metálica que separa el edificio de la calle. Leerá la carta en casa, no hay prisa.

Deciden encontrarse en su antigua facultad.

Primero en la antigua cafetería y luego en una zona con césped. Hablan de la antigua cafetería como si fuera realmente antigua. No lo es. Para ellos es pasado y a veces las palabras no son exactamente una verdad objetiva. Tienen la sensación de que algo falla, casi no hay estudiantes. Debe de ser la típica semana en la que todos están fuera, de viaje, o preparando los exámenes de junio. La cafetería está vacía y la zona de césped también. Casi mejor. Compartir el espacio con nuevos estudiantes podría resultar algo incómodo. Ver su juventud, su emoción, su absoluta seguridad y arrogancia resultado del desconocimiento absoluto les descolocaría. Ahora son ellos y es un día soleado. El césped está algo seco.

Ella, al momento de estirarse, se descubre viviendo en un doble momento. El pasado como estudiante se conjuga con un hoy de difícil catalogación. Le gusta volver a sentir lo que significa estar estirada en este césped. Ahora no hay clases que perderse, pero la sensación persiste. En la universidad todo es una ficción y un deseo. Todo es mentira pero no hay nada como las mentiras para vivir feliz. Estirarse en el césped y notar el calor. No hay necesidad de más.

Él quiere empezar a explicar muchas cosas. Quiere hablar de la sensación que tiene de que algo está pasando con su vida. Le está gustando. También estirado y sin parar de hablar, la observa. Ella gira la cabeza mirando hacia el camino que llevaba hacia su facultad. Él mira su pelo. Tienes una peca en la cabeza.* Qué dices. Que tienes una peca en la cabeza que tú no puedes ver. Está justo en el medio de tu cabeza, a unos dos centímetros de la raya, sí, aquí. Ella piensa en su cuerpo y en la imposibilidad de verlo todo. Han sido necesarios muchos años para que alguien descubriera que ella tenía una peca en la cabeza. Nadie se fija en estas cosas, ya no existe la posibilidad de mirar la cabeza de otra persona como ha hecho él ahora. Con curiosidad y al mismo tiempo sin demasiado interés, con la seguridad de que no hay problema y que se puede mirar. Pero al mismo tiempo es algo íntimo. Él ha descubierto algo de ella que ella desconocía. No puedo ver la peca, cuando nos veamos la próxima vez me gustaría que me hicieras una foto para poder observar mi peca. Hecho. Me gustaría hacer fotos de todos esos lugares que no podemos ver, de las habitaciones cerradas con llave, de los armarios en casa de la abuela a los que no te podías acercar. Me gustaría saber qué es lo que hay, descubrir las pecas que nos rodean. Se toca el pelo y cierra los ojos.

Él retoma la palabra. Primero sin demasiado sentido. Le cuenta algunos detalles de su viaje a Helsinki, algunos problemas técnicos con el museo y temas de organización que a veces le ponían nervioso. Él es bastante nuevo en el trabajo pero se ha dado cuenta de que lo hace bien y que los demás lo ven. No únicamente en los lugares del mundo por donde ha pasado trabajando con lo práctico. En la oficina central también están convencidos de que está haciendo un buen trabajo. Él también y, además, está bastante contento. Tener un sueldo a fin de mes le parece algo que está ganando interés. Y en algún

momento llegará eso de las vacaciones pagadas, que hasta hace nada le parecía algo así como una utopía. Le gustaría que viera la oficina central, tuvo una reunión ayer y le han propuesto no únicamente que siga con su trabajo sino que tenga más responsabilidad.

Ella imagina la oficina central. Muebles de oficina. Todo en orden. Un archivo con cajas y papeles. Pero lo imagina como un lugar falso, de cartón.* A primera vista parece una oficina pero si te fijas bien no es nada, son unos cartones imitando una oficina. Una vez descubierto el truco, todo cae. La oficina no es una oficina, con lo que las cosas que pasan dentro no existen. Todo es una ficción, todo es una creencia compartida en que eso es de verdad. Para darte cuenta de que es de cartón necesitas mirar atentamente sin creer en lo que ves. Si te crees lo que ves estás perdida, ya que has entrado en el juego y querrás ir a la zona de la máquina de café a ver si te enteras de alguna de esas informaciones que nunca circulan oficialmente pero que son las importantes. Basura. Desearás caer bien, ser popular pero no demasiado popular para no tener problemas. Desearás que te respeten y que te dejen un margen de confianza suficiente como para hacer las cosas como crees que deben hacerse.

Ella ve el cartón siempre, ya no puede dejar de ver la oficina como un decorado de mala calidad, como un truco tan evidente que da casi vergüenza ajena que alguien se lo haya tragado. Sabe también que su trabajo, su oficina, es también de cartón. Vuelve a escuchar. Perdona, qué decías.

Él le cuenta que, ahora, además de su trabajo de correo le han hecho responsable del diseño y montaje de las nuevas exposiciones itinerantes. Tiene que adaptar las propuestas a los lugares donde se presentarán. No es lo mismo pensar las cosas sobre plano que actuar in situ. Es importante que alguien pueda tomar decisiones en el

momento y resulta que será él quien tomará estas decisiones de montaje y diseño. No, no tiene que diseñar, aunque podría hacerlo. Existe un diseñador de exposiciones que hace el planteamiento general y define sobre plano. Después él es quien decide cómo termina todo.

Ella puede ver que él está emocionado y contento, puede ver que está encontrando un nuevo sentido a su vida. Está contenta ya que él va por buen camino pero, al mismo tiempo, teme que el mismo camino le lleve lejos de ella. Un poco como con los antiguos compañeros de piso.

Él se da cuenta de que ha empezado a hablar y ha terminado como celebrando su situación sin pensar que era ella con quien estaba hablando. Se lo dice. Creo que me he dejado llevar por la emoción, lo de viajar así hace que esté algo alterado. Ella sonríe un poco y entonces todo vuelve a estar bien. Hablan de sus días en la facultad, de todos aquellos con quien perdieron el contacto. Recuerdan situaciones y momentos, se acercan al pasado desde la conciencia de que está desapareciendo. Pero comparten, saben que están juntos y el césped es su lugar. Dejan que el sol les caliente la cara.

Se acerca el momento de irse. Ha estado bien. Están contentos de que no haya nadie ahora aquí. Sigue siendo su lugar. Se levantan y abandonan la universidad viendo que algunos detalles han cambiado pero que todo sigue siendo lo mismo.

Siguen charlando sobre el pasado desde el futuro un rato más y después él le cuenta sus próximos viajes y que le hace especial ilusión el segundo. El primero es París. Sería genial si ella quisiera escaparse y pasar un par de días en París con él. Sí, sería genial. Después viene un viaje más largo. Le toca cubrir un par de proyectos en América Latina, desde arriba hasta abajo. Primero México y después Argentina. Ahora mismo no recuerda si es primero uno o el otro pero de todos modos sabe que será

un periodo de tiempo más largo. No, no volverá entre una ciudad y la otra, viajará directamente. Está bien, le dan algunas semanas para que visite ambas ciudades en plan turista. Que sí, que ya sabe que él decía eso de la diferencia entre ser turista y trabajar en un lugar. Cómo te gusta reírte de mí cuando puedes, y ahora puedes. Ella se ríe y él también.

Él ya está en París. Ella intenta escribir una carta para que él la encuentre cuando vuelva. Pero no funciona. No sabe ni cómo empezar para que no resulte una tontería. No sabe cómo explicar. Los pensamientos no están ordenados, casi no son palabras, con lo que intentar hacer algo lineal le lleva a esa sensación de construcción que siempre ha odiado. No funciona. No funciona. Sabe que él, cuando escribe, no tiene estos problemas. Escribe una carta y ya está, cuenta las cosas y ya está. Ella no sabe ni cómo empezar. De golpe, se levanta tirando el bolígrafo al sofá con cierta rabia y da cinco pasos hacia adelante y cinco pasos hacia atrás hasta que se tranquiliza.

Decide que, si él está en París, ella tiene que cuidar las plantas en el patio y vigilar que todo esté bien en el piso. Hace unas horas que él partió. Busca una bolsa medianamente grande en el armario de las cosas inútiles. Mete a impulsos algo de ropa dentro y cierra la cremallera. Piensa luego en llevarse también un libro. Entonces cambia de ritmo. Si hasta ahora todo era rápido y algo violento ahora observa sus estanterías como si estuviera escuchando una melodía lenta. El tiempo cambia, repasa lomos de libros y busca algo adecuado para el momento. Un libro. Llevarse un libro. No quiere caer otra vez en

lo de dormirse mirando la tele, le parece que no tiene sentido y que es algo muy lejano a su manera de entender las cosas. Dormirse con un libro es mucho mejor, pasando páginas hasta que en un momento decides que ya está, que vas a estar durmiendo dentro de unos segundos.

Un libro. A ver, llevarse un libro. Quiere releer y no leer, quiere reconocer y no tener demasiados inputs. Quiere sentir que está en un lugar y que el lugar se va haciendo más y más suyo, por este motivo quiere que las cosas sucedan allí, no en la lectura. Va a necesitar algunas mantas para leer. Con mantas se puede una acurrucar y entonces todo está bien. Mete un par de mantas en la bolsa y vuelve a las estanterías. Saca un libro y sonríe. Se lo prestó él y ella nunca lo devolvió. Sabe que a él le gustó mucho, que sintió como si estuviera escrito para él. Está escrito para muchos. A ella también le gustó, la verdad. *Sobre la lectura* de Marcel Proust, un librito que cuenta esa sensación de un niño que lee un libro de aventuras durante las vacaciones de verano. La capacidad de entrar en el mundo imaginario y olvidar todo lo demás. Pasar horas y horas leyendo y querer seguir leyendo y que el libro no se termine nunca y, al mismo tiempo, se termine de una vez para saber qué será de nuestros personajes. Ojea el libro y se da cuenta de que es mucho más de lo que recordaba, está lleno de referencias literarias y filosóficas. A lo mejor la imagen del niño leyendo era tan potente que eclipsó todo lo demás. Decide que no, que no se va a llevar ningún libro, que si quiere leer ya encontrará algo allí. Es seguramente una buena opción, así también el piso le indicará qué leer, qué hacer, quién ser.

Abre el buzón y no hay cartas. Sube los peldaños de la escalera. Una vez dentro, se dirige hacia el comedor y mira el patio a través del ventanal. Las plantas, regar las plantas. Ya está. Faltan plantas, quiere más plantas. Sale otra vez a la calle y va a la tienda de plantas del barrio.

Compra tres más. Estarán cerca de la mesa, casi como si fueran arbustos que molestan un poco. Así, cuando se tome un café en el patio notará como las plantas rozan sus piernas, como un contacto físico con la realidad, un sistema para amarrar su cuerpo al patio y a la tierra.

París. Él estará trabajando y pensando en su vida y su trabajo y su evolución y las cajas y las exposiciones y la responsabilidad y el sueldo y la posibilidad de unas vacaciones y todas estas cosas. Sería bonito desayunar juntos, tomarse algunas copas de vino tinto en algún restaurante de esos que existen únicamente en París. Esos restaurantes auténticos, pequeños, donde puedes comer en la barra sin que te miren mal. Pero no, no es el momento. Ella quiere estar aquí, en el piso. Quiere aprovechar que todo está bien en el piso cuando ella está a solas. Le persigue una emoción rara frente a la posibilidad de descubrir. Si fuera a París desaprovecharía la oportunidad de estar en el piso. Se sorprende un poco, prefiere estar en el piso que estar con él en París, aunque quizás estar en el piso es también estar con él. Al pensarlo de este modo le parece lógico quedarse. Algo está pasando, como cuando los pájaros construyen un nido. Sencillamente tienen que hacerlo. París es también un lugar con muchos recuerdos e ilusiones, así que casi mejor esperar.

La bolsa con la ropa, la bolsa con las mantas, qué hacer con la bolsa. Primero la dejó en el comedor. Deambula por el piso con la bolsa en las manos. Busca un lugar donde esconderla. No quiere que él la descubra, vea la ropa y piense que hay algo más, no quiere que él huela un plan. Es su bolsa y va a encontrar un lugar secreto donde meterla. En su habitación no puede ser, en el armario tampoco. En el baño imposible. En el comedor están los caramelos de Felix, así que no quiere que su bolsa esté aquí. No sabe muy bien el motivo pero no quiere que la bolsa esté en la misma habitación que los caramelos. Los

caramelos son un deseo, son un grito, son belleza. La bolsa es una escapatoria y tiene en su interior el engaño, aunque a lo mejor «engaño» no es la palabra adecuada. En la cocina. En la cocina está la solución. Mira los armarios como si fuera la primera vez. Se da cuenta de que tiene muchos armarios en la cocina, no lo había pensado antes. Coge una silla, sube y mete la bolsa en un armario alto, de esos que sirven para meter los trastos de cocina que no se utilizan nunca. Él no cocina demasiado ni tiene muchos utensilios ni gente que no sepa qué regalar y que cuando es tu aniversario sientan la obligación de presentarse con una licuadora, así que el armario en cuestión está vacío. Lo cierra y aparta la silla para no dejar pistas, aunque él tardará bastante en volver de París y ella estará aquí un buen rato más. No sabe cuánto rato.

Piensa en las sorpresas que se esconden en los armarios de las cocinas. Piensa en las cocinas como lugar de espera para el crimen y ve a una mujer fregando los platos demasiado rato.* La mujer sabe algo, la mujer intuye que no, que no va bien, que nada va bien. Pero ella sigue con lo suyo, como si fregar los platos fuera lo único que existiera en el mundo. Los platos en el fregadero y el grifo abierto y así difícilmente escuchará lo que pasa en la casa. La cocina como un mundo impenetrable, el fregadero como un universo propio. En la cocina se mezcla lo sucio y lo limpio y el trabajo es constante, así que no hay mucho tiempo para pensar. Si uno quiere. En las habitaciones está pasando, está pasando y es un horror, pero en la cocina puedes dejar de ser una persona simplemente con fregar los platos. Pero existe el peligro de que la cabeza vuele hacia las habitaciones, hacia el baño, hacia el dormitorio y termine encontrando cuerpos, muerte, destrucción. Para evitarlo, la solución es fregar más, fregar las ollas y las paellas, fregar todo lo que esté a tu alcance y una vez fregados los platos y los cacharros pasar al horno. Que todo

esté limpio, que todo esté perfecto, que todo sea nuevo o lo más parecido a lo nuevo. Impoluto. Sin manchas, sin rastros. Sin sangre.

Sonríe. Tiene ya un par de ideas para no dormirse frente al televisor. La cocina, las historias, las posibilidades de escapar y, al mismo tiempo, preparar el encuentro para cuando él vuelva de su viaje.

París.

No tengo una gran relación emotiva con esta ciudad. Creo que para ti París es más importante, pero me sorprende de tener rutinas en ella. Es como si en París necesitara un comportamiento ritual, repetir lo mismo, visitar esos lugares que me indican que sí, que estoy en París.

He estado aquí varias veces, desde el típico viaje como niño a quien pasean de turismo y no entiende nada, hasta visitas a amigos, pasando por esa excursión que hicimos juntos con la facultad. ¿Te acuerdas? Estuviste todo el viaje intentando fumar tabaco francés para ser uno de ellos. Comprabas el periódico y desayunabas sola en la cafetería muy pronto por la mañana. Después volvías a desayunar con nosotros, pero tu momento de ser francesa pour le matin no te lo quitaba nadie. He estado pensando en ese viaje y en lo poco que recuerdo, como si la parte del cerebro que guardaba ese momento haya sufrido algún percance. Es como si casi no tuviera imágenes del viaje en sí, ni de donde dormíamos, ni de los tiempos muertos y las esperas que se presuponen cuando viajas en grupo. No entiendo muy bien el motivo de haber borrado todo o casi todo ese viaje, estoy intentando recuperar los momentos pero creo que voy a fracasar. Sí que conservo una imagen de ti en una plaza, cerca de una librería. Hace bastante frío y tu

rías y dices que quieres estar siempre aquí. Tampoco está mal que simplemente me quede esta imagen. Tú en París, tú en una plaza. Casi parece una película, con el frío y los colores. El gris nos acompaña y en tu cara ha aparecido algo de color como un intento de luchar contra el frío. Y el humo de tu cigarrillo. Y tus ojos inquietos. Vale, no sigo, ya te tengo.

Como en cada ocasión, me he visto sorprendido por el tamaño de la Torre Eiffel. Suena a tontería, lo sé, pero siempre me pasa lo mismo. Imaginas la Torre Eiffel y piensas «bien, lo entiendo» pero que cuando la ves en directo otra vez dices «wow, no recordaba que fuera tan grande». Mi encuentro con la torre ha sido oscureciendo, como siempre, en esa explanada donde puedes comprar un hot dog y observar el movimiento. He pasado una hora mirando a gente hacerse fotos con la torre de fondo. Unos japoneses me han pedido que les fotografiara y han sido los únicos que se han percatado de mi presencia, por lo demás todo el mundo está mirando la torre y buscando desesperadamente algo de romanticismo que envenene el momento. Las fotos son un sistema, disparar para que el momento sea historia.

Hacia un poco de frío, las noches en París sorprenden a veces con el frío, así que después de observar y ver que otra vez era todo lo mismo he andado hacia el hotel, parando en el camino para comer un corte de pizza. En una ciudad como París me siento un poco solo. Ir a cenar a un restaurante sin pareja o amigos es como inaceptable, así que busco sistemas para no cenar si estoy, como ahora mismo, solo. No es un reproche, es la realidad. Me encantaría que estuvieras aquí, ya lo sabes.

También he pasado por el Arco de Triunfo para mirar el otro, el Arco de La Défense, con su giro moderno o post-moderno o como quieras llamarlo, con su demostración de que el nuevo triunfo se llama dinero fresco. Nunca he estado en La Défense, no tengo motivos para ir. Si en Manhattan tiene todo el sentido del mundo pasar por la bolsa y oler a los

brokers, aquí en París el downtown económico es, para mí, simplemente una imagen lejana vinculada al Arco de Triunfo, algo así como una de las partes que necesitas en un contraste de dos. París es otra historia, el dinero existe pero tiene forma de tienda de Dior, de Ópera, de boulevard y de señora que pasea con diez bolsas de tiendas caras. Pero paralelamente encuentras miles de recuerdos incrustados de una revolución, rastros de deseos literarios y de futuros perdidos.

Pero bueno, todo bien. En el museo las cosas funcionan de maravilla, será este savoir faire francés de pensar que se han inventado los museos y la cultura en general y que, frente a quien sea, ellos saben un rato sobre el tema. Mejor no hablarles de Grecia o Alemania, que te metes en un berenjenal. Pero son eficientes, saben lo que tienen entre manos, entienden perfectamente mi papel y existe el respeto como base fundamental. Y estoy aprendiendo mucho ya que la gente con quien trabajo saben realmente lo que hacen: tienen tacto y experiencia para la exposición y son muy generosos al explicarme todo lo que hacen de modo que no parezca que me estén dando una lección. A lo mejor aquí está el truco, en que me están explicando cómo se hacen las cosas de un modo que a mí no me parezca una demostración de poder. Y al final todos contentos, ellos con su conocimiento y yo con la información que voy acumulando y voy a utilizar en el futuro. Seguramente lo más importante es el amor que se destila por lo que hacen en su trabajo. Conocen todos los detalles del museo, saben perfectamente qué paredes son las buenas y pueden hablar durante mucho rato sobre todas las piezas que han estado en una esquina determinada y cómo dialogaban con las que tenían alrededor. Es como si me contaran mil exposiciones una encima de la otra y sin necesidad de que estén las obras, todo está en su cabeza y en su mirada. Miran muy rápido y casi corren por las salas, se nota que están disfrutando del momento. También hay algo de hacer historia, de saber que están en un lugar con un pasado imponente y que ellos tienen la oportu-

nidad de que todo siga igual, con un futuro que mirará con admiración lo que pasó aquí.

XXXIII

Con uno de los que me llevo mejor es el arquitecto. Se llama Clement y tiene nuestra edad. Hemos conectado y después del trabajo nos quedamos siempre charlando un rato y repasando detalles. Es un auténtico apasionado de la construcción y de sus posibilidades, tiene algo así como un pensamiento utópico y un deseo de que las cosas sean siempre mejores. Al principio me sorprendió encontrar a alguien que realmente luchara para un mundo mejor, suena a algo infantil. Empecé a entender su postura cuando descubrí más sobre su historia personal: toda su vida ha sido un viaje constante hacia un mundo mejor, con paradas, retrocesos y algunos momentos que imagino han cargado de pena su día a día. Pero el objetivo ha estado siempre ahí, seguramente antes de su existencia. Es casi tranquilizador ver a alguien que sabe que los objetivos reales no son suyos sino que ya estaban presentes y seguirán después de nuestra desaparición. Bueno, te cuento un poco más sobre él. Ayer estuvimos cenando con sus hermanas en su casa. Y «su casa» es un concepto mucho más cargado de lo que puedes imaginar en este momento. Lo bueno de París es que, además de a Versailles, la historia te acerca en directo a otros momentos y puedes ver la arquitectura racionalista, notar el colonialismo, moverte entre Napoleón y Malraux y sentir la playa bajo la calzada del mayo del 68. En eso estamos.*

Los padres de Clement eran mayo del 68, una pareja universitaria con ideas y el deseo de ser distintos a sus padres, con el convencimiento de que así sería y de que tenían la obligación de buscar otras formas, otros modos y otros sistemas para que la vida fuera lo que ellos querían y no lo que estaba marcado de antemano. Y jugaron. Con unos amigos decidieron construir una casa en París, en las afueras. Una casa distinta, que no siguiera el modelo familiar estándar sino que buscara la colaboración, potenciara el intercambio y partiera de otros principios de poder en la organización

humana. Una comuna, vaya. Pero con arquitectura bastante avanzada, con ese toque cool que le da el poder definir bien desde la arquitectura. Clement es arquitecto por culpa de la casa, aunque también podría decir que es arquitecto gracias a la casa. Desde niño estuvo expuesto a la arquitectura por el lugar donde vivían, una idea de arquitectura que buscaba ser algo especial.

En la cena de ayer Jeanne, una de las hermanas de Clement, comentaba que la casa representaba lo que su familia había intentado hacer. Una lugar donde convivir con otros y donde las puertas están abiertas para todos. Maud, la otra hermana, comentaba que, siendo niñas, cuando salían a comprar decían que iban a París, como si vivieran en otro lugar. Seguramente es así: vivían en otro lugar, con otras leyes y otro amor. Pero las cosas se torcieron y el resquemor aún está presente. Maud decía que sus padres eran los típicos hippies que, pasados los años, enriquecieron y se aburguesaron, con lo que se desentendieron de todos los ideales para pasar a ser unos individualistas. No creo que fuera fácil para Maud, cuando habla desde sus recuerdos termina diciendo que todo esto es algo de la infancia y que ya está, que es el pasado.

Si Maud se enfadó, Jeanne pasó más pena que rabia. En la cena hablaba de decepción. Decía que en todo el proceso de separación de sus padres descubrieron muchas cosas sobre ellos y sobre ellas mismas que no fueron fáciles de asimilar. Después de tanto trabajo con la casa ver que sus padres no se llevaban bien entre ellos era algo absolutamente decepcionante. La ilusión infantil se rompió, el esfuerzo para crear su pequeño mundo perfecto se iba al traste y la casa dejaba de ser esa maravilla secreta para pasar a ser un infierno de recuerdos tristes. Jeanne decía que la casa representaba todo lo que su familia quiso ser y hacer, pero que nada salió como ellos deseaban. Y la casa sigue en su lugar, cargada con la decepción final.

Clement vive en la casa y la cena era allí, así que ya te puedes imaginar que los sentimientos eran algo complejos. A

veces me sentía como un intruso, a veces como un elemento que estaba ayudando a que todo fuera más fácil.

Clement disfruta de la casa, para él es un ejercicio fantástico, es arquitectura de primer nivel y es una experiencia que le ha llevado a definir su vida, sus ideas y su forma de ser. Es como si el niño Clement estuviera siempre presente pero que, al mismo tiempo, nunca hubiera existido como tal. Como si siempre hubiera sido un arquitecto, con la capacidad para tomar distancia con su propia vida para analizar y disfrutar desde la utopía. Es un poco raro, pero Clement es feliz.

La casa te la puedes imaginar. Varias familias compartiendo espacios, lugares comunes y paredes de cristal para que todo el mundo pueda ver lo que pasa en todo momento. Mezcla de materiales, ahora algo desgastada y con algunas zonas que parecen francamente peligrosas si eres un niño y no quieres abrirte la cabeza. Pregunté por los padres y no sé si me equivoqué sacando el tema. Con el padre han perdido el contacto y todo indica que la madre carga con la frustración y el sentimiento de culpa todavía hoy.

Cenamos bien, Clement cocina como si fuera un profesional y compartimos unas cuantas botellas de vino. Todo muy francés, y yo observando con fascinación todo el rato. Las hermanas están como en casa aunque ya no vivan aquí y a mí me tratan casi como si fuera de la familia. A lo mejor es que al estar dentro de la casa he pasado a ser familia. Una idea de familia abierta pero de familia, al fin y al cabo. Me gustan las hermanas de Clement.

Tuve una sensación bastante rara al salir para ir hacia el hotel. Pensé en mis pisos, pensé en qué quiero de ellos y pensé que, en general, tengo una relación fría con los lugares donde habito. Ver en la casa este amor, pena, rabia, desesperación y esperanza que entraban y salían sin problema, que estaban presentes y no se escondían, y que así tenía que ser, me dio hasta algo de envidia.

Creo que con Clement voy a mantener el contacto. Con la gente de New York no será así, New York es más la ciudad y menos las personas. París será Clement y sus hermanas. Y siempre tendrá tu plaza y tus desayunos.

Intenté recordar dónde estaba tu café y no estoy seguro si logro situarlo correctamente. Veo las mesas en el exterior, veo colores amarillos y periódicos. A lo mejor esto es París. Tu estás y no estás.

Falta poco para que él vuelva de París, ella está en el piso.

Sale para ir a comprar. En el supermercado, además de algo de comida, compra una pistola de juguete, una estrella de sheriff y un par de sombreros de vaquero. Para niños. No ha podido resistir la tentación. A nadie le ha parecido ilógico que ella comprara estas cosas. A ella tampoco. Todo normal. Paga y no hay ninguna mirada fuera de lugar, todo como siempre, todo anodino, todo como si no fueran personas, sin buscar un contacto real, cuando un hola no es nada más que una defensa. El zumo, la leche, los plátanos y las fresas en la bolsa de plástico, junto con la pistola, la estrella y los sombreros.

Ya en casa, después de meter la leche y el zumo en la nevera y la fruta encima de la mesa, después de pasar un par de horas sin actividad y con el deseo de cine pero sin querer sentarse frente al televisor, decide hacer su propia película* y dar sentido a la compra infantil. Piensa que de infantil nada, los objetos son puertas a mundos, y los mundos son para todos. Atreverse a entrar en ellos pide superar la barrera del miedo. Un western cargado de amor, una historia a tres bandas que terminará con tiros y la lucha entre dos hombres que desean quedarse con la

mujer. El piso se convierte en el pueblo del oeste, dentro del horno de la cocina crea un paisaje en el que enmarcar todo lo demás. Mete una foto de un cielo y sus nubes que ha recortado de una revista y, con harina y agua, crea una superficie rocosa, ese lugar en las películas donde los caballos paran y los vaqueros hablan y la muerte se intuye en forma de indio o revólver traicionero. Ese lugar donde tirarán los sacos con los cadáveres y los buitres se los comerán. Busca dentro del armario la ropa que él tiene con más pinta del oeste. Saca un par de camisas de cuadros y unas botas. Por lo demás, se apaña con lo que ha comprado y su propia ropa. Empieza y no hay freno. Ella vestida de vaquero, ella vestida de la mujer del salón, ella vestida ahora del otro vaquero. Todo va cada vez más rápido y los disfraces se mezclan entre sí. Oye la banda sonora e interioriza los papeles. Los dos hombres son duros, vaqueros que están de paso en la ciudad y que se fijan, ambos, en la mujer. Ellos siempre de paso y ella siempre a la espera. Trabaja, aburrida, en el salón y se observa en el espejo. Es perfecta. Ella está con uno de los dos pero el otro tiene un plan y ella tiene ojos, deseo y necesidad de ser algo más que una parada habitual en los trayectos de su vaquero.

Va componiendo la historia siguiendo la lógica que piden los personajes. Existen momentos de espera, algunos suspiros y tensión. Jack piensa un plan para quedarse con la mujer en las narices de Jim, quien parece estar muy seguro y preocuparse poco. En el suelo de la cocina, Jack y Ella, la mujer se llama Ella, sellarán su tórrido amor. Él no se saca el sombrero y a ella le da igual, están juntos y en el suelo. Jim no tendrá otro remedio que aceptar la traición de Ella mediante un duelo con Jack en el que tiene que salir como perdedor por A o por B. Ya había perdido antes. Después de una noche de acción en la cocina entre Jack y Ella, entre vinos y whisky, y entre mantas y sillas, Jim entra en la casa ya con conocimiento de causa. Ella

recoge rápidamente la ropa de Jack que aún estaba por el suelo y la esconde como puede. Jim lo sabe todo, así que suelta un guantazo. Jack, que había saltado por la ventana, entra de nuevo en la cocina y los dos desenfundan. Jim cae. Fin de la película.

Se duerme en el suelo de la cocina, encima de la manta de Jack y Ella. Por la mañana, ordena un poco y saca todo lo que ha metido dentro del horno después de disparar su cámara para guardar el paisaje. El paisaje, las camisas y las botas. Él llega hoy, así que ordena un poco el piso, piensa un guión y sale a comprar para cocinar algo especial.

Él vuelve de París y se encuentra con ella en la cocina preparando la comida. Hola, ¿cómo estás? Bien, preparando la comida. Ya veo, un momento que voy a cambiarme de ropa, no me gusta la sensación que se te queda en el cuerpo después de un viaje de avión. Se dirige hacia su habitación, saca ropa del armario y se viste de nuevo. Una camisa blanca, una americana de color negro. Pantalones negros. Trabajo y rigor, que todo tenga un punto serio como de afrontar una situación. Habitualmente no se viste así, pero hoy quiere impresionarla. Ella abre la puerta y entra en la habitación.* También se ha cambiado de ropa, lleva un vestido como de estrella de Hollywood pero con un presupuesto reducido. Él puede ver que ella está actuando, asustada como un corderito. Él se sienta en una silla, mirando la puerta y suelta una frase. Siempre estaré contigo. Pero ella no escucha, habla y habla y termina con un par de palabras contundentes. Ahora, cállate. Él se levanta de la silla y camina hacia la ventana y mirando al exterior recita lo primero que le pasa por la cabeza. Rojo como la sangre, verde como la hierba, negro, negro como la gente, gente estúpida muerta, negro como el corazón de esa gente. Y ella dice «ahora empezamos» y, de un cajón, saca la pistola de juguete. Él se

XXXV

sorprende. Ha sacado la pistola de su cajón. De su cajón. Ella empieza a hablar. Cuando te he visto mirando por la ventana pensaba que en el momento en que entré en la habitación estaba pensando en ti y en lo que has hecho. Él repite la frase, sentado de nuevo en la silla. Siempre estaré contigo. Ella toma la palabra. Vas a ir directo al infierno con tus frases.

Él se está cansando de la situación, se está cansando de una película que no sabe hacia dónde va. Han jugado antes, pero ahora ella tiene el guión y él no tiene ni idea de hacia dónde va la trama. En ocasiones anteriores entre los dos improvisaban una situación en una película, podía ser una película real o inventada, pero entre los dos jugaban a ser los personajes y a construir. Siempre con algo de humor, siempre solos, sin que nadie les separara de esa realidad que estaban construyendo juntos. Juntos. Pero ahora es ella quien tiene la pistola. Pistola que ha sacado de su cajón. Ella sigue.

Hasta este momento ella no se había percatado plenamente de la presencia de un póster de Felix en la pared de la habitación. A ras de suelo, casi escondido entre la mesa y la cama. Son unas nubes.* Ha sido un segundo de distracción, sigue con el plan.

Él intenta recuperar el guión y participar, pero ella le apunta con la pistola. Dispara. Él se queda de pie, pero sabe que en la película ya ha muerto. La única opción de entrar de nuevo es mediante un flashback. Lo intentará. Ocupar el papel de ella sería otra opción. Ni la una ni la otra, ella ocupa el papel que él estaba desarrollando y lo repite. Esperar de pie, sentarse en la silla, levantarse y mirar por la ventana, soltar unos versos y recibir un balazo. Los dos miran por la ventana. La película ha terminado. Ella vuelve a ser ella y él mira como sorprendido. No me has dejado entrar en el guión. Era una sorpresa.

¿Vamos a comer? Quiero que me cuentes si París sigue siendo mi París, quiero saber si puedo seguir soñando con ese café y con mis paseos nocturnos, quiero saber si pasaste por la librería, por la plaza, si entraste en Notre-Dame, si estuviste en alguno de los cementerios. Me gusta París, me gusta París pero pensé que no era el momento para estar en la ciudad. Tu tenías trabajo y no sé qué hubiera hecho yo dando vueltas esperándote. No es lo mismo. Además, aquí también he estado bien ¿Comemos en el patio? Perfecto.

Sacan los platos, los vasos y la comida. Una tortilla con tomate y puerro acompañada por unas verduras salteadas. Veo que has comprado más plantas. Sí, me gusta que se esté llenando de plantas. Estoy casi pensando en un jardín, quiero un lugar que sea muy apetecible para el gato, una tentación demasiado grande, lleva demasiado tiempo ignorando el patio e ignorándome a mí. Pienso también en tus vecinos* y en la separación visual que existe entre los dos patios. Son ellos los que han marcado las distancias. Estoy convencida de que están muy orgullosos de su patio. He espiado un poco y lo tienen bastante cuidado. Saben que el tuyo es tirando a destartalado, pintaste la pared de azul y ya está. Después instalaron esta tela marrón que impide ver lo que hay al otro lado. No me río de tu pared azul, me gusta, no digo que no, ya sabes que si pudiera me pasaría el día en tu patio. Bueno, pienso que si cuidas tu patio, si lo lleno de plantas, si logro que sea extremadamente bonito, tus vecinos necesitarán mirar, necesitarán seguir la evolución del patio y, en un principio, estarán contentos de ver que está mejor, les gustará que sea un buen patio. Tendrán que sacar la tela de la verja o buscar sistemas para poder observar del patio. Dirán que por fin el vecino está haciendo algo decente con su patio. Pero a medida que el patio vaya mejorando les dará un disgusto. Su patio dejará de ser el patio bonito. Y si

xxxvii

todo sale bien, el gato saltará y vendrá aquí y podré jugar con él. Aunque no estoy segura de que al gato le importe mucho si el patio es bonito o no, pero creo que con tanta planta algo de curiosidad nacerá en su cabecita de gato.

Tiene un nuevo plan. Un árbol. Va a meter un árbol en el patio. Así, cuando crezca, los vecinos no tendrán otra opción que aceptar su presencia. Compra un abeto en otra floristería, en la del barrio le dicen que no tienen árboles, que ellos venden flores, pero le dan la dirección de otra tienda más grande donde a lo mejor encuentra lo que busca. Un abeto pequeñito, un futuro prometedor. Cargando el árbol en un carrito de la compra llega al piso. Abre. Él no está. Va directamente al patio y decide un lugar para el abeto. Cerca de las tres plantas y la pared azul. Es como si las tres primeras plantas definieran todo lo demás. Mira el árbol y piensa qué puede pasar, qué fuerzas* dirigirán su crecimiento o su incapacidad para dejar de ser un árbol pequeño. Se concentra y mira el abeto con la intención de hipnotizarlo. Dóblate abeto, dóblate. Tienes que crecer ahora mismo, a gran velocidad, que se te pueda ver por encima de la verja. Pero primero dóblate. Lo intenta con todas sus fuerzas. Dóblate, maldito árbol, dóblate. El abeto resiste, sin miedo. Todo sigue igual aunque ella termina mentalmente agotada. No es fácil gobernar un abeto, tienes que entrar en su mente a través de su cuerpo. O entrar en su alma, en su corazón, en su semilla matriz, en lo que sea que defina su ser. Ha

luchado un buen rato pero el abeto ni se ha inmutado. Así que, en el fondo, todo bajo control: está contenta, los vecinos no podrán frenar el crecimiento de su abeto, pero al mismo tiempo siente algo de rabia ya que el árbol le ha ganado. Un árbol fuerte, está bien.

Él abre la puerta del piso. Hola, no sabía si te encontraría aquí pero algo me decía que así sería. He comprado comida para que cenemos juntos. ¿Te apetece? ¿Qué estabas haciendo? ¿Has comprado un árbol? Este patio cada vez es más un jardín y menos un patio, al final será un bosque.

Preparan la cena. Pescado al horno y una botella de vino blanco. Después, fresas. Cenar en la cocina, en el patio se está bien un rato pero también es bueno guardarlo para momentos concretos. Deciden que a lo mejor saldrán luego a tomarse el café. Ambos quieren hablar, el deseo de compartir está presente y, con la ayuda de una primera copa de vino blanco, también la tranquilidad acompaña la situación. Intenté escribirte una carta pero no lo logré, cuando tú escribes cartas te puedo ver en ellas, puedo sentir quién escribe. Algo me frenó, es como si no fuera yo misma o como si no encontrara las formas para explicar. Explicar, lo más complicado de todo es saber si hay algo a explicar y, después, intentar trasladar ese «algo» para que sea comprensible, para que exista por sí mismo. Que exista por sí mismo nos lleva a que aparezca algo entre tú y yo, como una burbuja que nos une pero que puede explotar, es frágil, está viva. Bueno, será que este algo se llama literatura. No lo sé, la literatura tiene la suerte de que en algún momento se separó de la verdad, aunque no estoy seguro de que realmente lo hiciera, no lo sé. A lo mejor aquí está el tema, en la verdad, en ser algo que es y no en ser algo que pretende ser. Cuando cuentas algo la verdad se resiente, es como un primer paso a construir algo, y en la construcción está la ficción.

La conversación avanza y las voces se van mezclando. Como en sus mejores momentos las ideas las forman entre los dos, como si estuvieran cocinando. Hablan y ya no importa si es uno o el otro. Fluye, las palabras fluyen, las ideas se comparten y algo está sucediendo encima de la mesa, entre sus miradas. Las piezas se ordenan, las piezas componen un mundo que es suyo.

La verdad, la verdad... siempre nos complicamos la vida con palabras demasiado importantes. Cuando compré el abeto pensé en el patio y en los vecinos, pensé en el árbol y después pensé en su alma, su ser, en si podría lograr entrar en su interior para pedirle cosas. No sé si esto tiene nada que ver con la verdad, pero para mí ese momento era así, como una piedra que por dentro es piedra y fuera está todo lo demás y no importa si llueve o nieva o hace sol, que la piedra y su interior son uno, un cuerpo, una unidad cerrada, complicada y simple al mismo tiempo. Bien, pero me hablas de una situación, de un momento, de algo que no necesita un principio o un final, me hablas de una piedra, de un abeto o de comprar un árbol, pero cuando querías escribirme una carta algo no funcionó, como si las palabras mismas impidieran que la futura existencia de lo que estabas decidida a hacer. Cuando te escribo una carta no pienso, lo que escribo es lo que es en ese momento. Y después me olvido, todo está allí y no tengo ni idea de si habrá algo más. Bueno, no es verdad al cien por cien, los finales son algo más meditados, o a lo mejor, para ser más específicos, en las últimas frases siempre hay algo más. Es como si las últimas frases fueran una puerta a algo que llegará o que ha estado sobrevolando, un sentimiento o una pregunta que a veces está en la parte previa de la carta y a veces no.

¿Piensas que Felix nos ha dejado cargados de últimas frases? Buf, vaya pregunta. Es como si en Felix todo estuviera cargado de sentimiento y emociones,

como cuando hace una lista de cosas que se convierten en la biografía de alguien* y cada simple detalle está muy cargado de emoción. Son palabras, son letras pero hay siempre algo más. Hay calor. Casi puedes ver que Felix está allí con su amor y su lo que sea mirando la vida de alguien y contándosela a este mismo alguien. Pero ahora que él ya no está es como si las emociones se fueran un poco lejos, como si hubiera llegado el primer frío, es como si las emociones estuvieran presentes pero ya no metidas en cada letra, ahora son humo. O una nube que lo envuelve todo, una nube pequeñita que puede crecer hasta ser una tormenta, o una tarde maravillosa mirando el cielo. Quiero que llueva pronto, el árbol va a necesitar bastante agua ahora al principio. Estamos construyendo muchas imágenes, me sorprende que sean objetos de la naturaleza, mi lugar es la ciudad, no sé estar en un bosque con todos esos arbustos y piedras y riachuelos y árboles.

El árbol. El árbol y el agua. Ella mira por la ventana y empieza a pensar en el patio o en el futuro jardín, quiere que sea un lugar vivo que llegue a convertirse en su lugar secreto. Para los dos. Y para el gato. Y para los vecinos. De repente piensa en el césped de la universidad y en que si su vida fuera una película o un libro romántico se habrían besado. Bueno, no está nada segura de lo último pero el pensamiento ha cruzado su mente y allí permanecerá. Como esa despedida y el buenas noches.

Ella regresa de su pequeño vuelo mental al patio, al césped de la universidad y a su cama. Él sigue. Una carta puede ser algo muy complicado ya que se presupone que las emociones están allí y que, además de la verdad, está la sinceridad. No es tanto la verdad como la sinceridad lo que define el diálogo que ofrece una carta y desde la sinceridad las historias supongo que pasan a ser verdaderas. Cuando te escribo no hay barreras, creo. Bueno, a lo mejor en las últimas frases como te decía. Y creo que después

de esta conversación las últimas frases dejarán de ser ese lugar en el que algo puede pasar. ¿Abrimos otra botella de vino? Creo que tengo otra en la nevera. Sí, tienes otra y compré un par más que están en el armario, pero no son blancos. Bueno, pues seguimos de momento con el blanco. Creo que una de las cosas que me fascina de Felix es ver que hay muchísimas historias unas encima de las otras, y que sus obras aceptan también nuestras historias y todo lo que queramos o podamos sentir con ellas. Creo que lo que me apasiona de Felix es su generosidad.

Ahora mismo recuerdo una vez que en la biblioteca de la universidad* saqué un libro ya muy gastado: una copia antigua de un título de Virginia Woolf. Quedé fascinada por los comentarios que la gente había incorporado. El libro estaba lleno de notas, de frases que muchísimas personas habían dejado escritas para la siguiente persona. El libro era algo así como una carta común, como un mensaje compuesto por muchos lectores que hablaban con el futuro y consigo mismos. En un libro de la biblioteca, ese lugar del silencio. Casi en cada página había algo subrayado y una notita al margen aportando algo, fuera admiración, fuera rabia o sorpresa. Había algo a compartir. El libro, con sus notas, pedía más. Un objeto cualquiera había adquirido una vida secreta cargada de diálogos sinceros con vete a saber quién. A lo mejor eran monólogos frente a un público desconocido. Quedé fascinada pero no pude escribir nada ni subrayar una simple palabra. No por ese respeto sagrado a los libros, el libro en sí era otro juego y entendía la biblioteca como un lugar para el diálogo entre páginas, lo que me pasó fue que no podía ver a nadie en el otro lado que fuera una persona válida con quien dialogar. No me interpretes mal, no es que no estuvieran al nivel, es que no fui capaz de generar la fantasía de otra persona que estuviera allí conmigo. Había gente subrayando otros subrayados, había seguro

XI

muchas lágrimas de esas que fabrica la soledad que descubre que existen otras soledades y que, en vez de ayudar, destrozan aún más.

Y sí, ya lo sé, contigo hablamos y me encanta que sea siempre así, crecemos en cada conversación y logramos algo especial, pero escribirte una carta era algo distinto, era como si la distancia física convirtiera mis palabras en un monólogo teatral con un guión seguramente malo, en una actuación, y no me gusta para nada la actuación. Actuar siempre me ha parecido un insulto, detesto el teatro porque ves la actuación siempre. En pocas ocasiones disfruto del teatro, más bien lo sufro.

Siguen bebiendo, los restos de comida en el plato, expectantes. Pero en el teatro hay cosas magníficas, hay historias y algo se está creando delante tuyo. Que sí, que ya lo sé, llevamos ya unas cuantas copas así que todo es más emocional, pero piénsalo: ¿Quieres las historias del teatro? ¿Quieres esta seguridad de la ficción? Todo pasa en un lugar que te indica que hay un final y que cuando acabe la función todo volverá a su cauce. Necesito que las historias estén aquí, conmigo, necesito que sean parte de mí. Pero entonces te estarás cargando algo importante en las historias y es la posibilidad de un final. Un final. ¿Qué necesitamos para tener una historia? ¿un final? Los finales siempre están preparados, siempre estamos rodeados de finales. Felix ha muerto. El gato está durmiendo. Nos hemos terminado el pescado.

Él se levanta y retira los platos, los mete en el fregadero y prepara el café. Y habla. Pienso en una mesa como esta misma. Las mesas son también lugares donde las historias pasan. Los objetos también contienen historias, o las disparan, como tu libro. Imagina una mesa, otra mesa un poco más grande que esta. Veo una familia* y todos sus problemas mezclándose con la comida, toda su incomunicación y los distintos ritmos que viven. Uno casi

se duerme en la mesa, los demás ni se dan cuenta. Recuerdo esos momentos de juventud en los que intentabas aguantar el tipo en una comida familiar cuando habías salido y lo que te pedía el cuerpo era dormir, dormir y dormir. Recuerdo que terminabas hablando contigo mismo para aguantar el tipo. O porque no había nada más, nadie más. En esta mesa rodeada por una familia esperan mil historias, aunque no sé si son historias o son posibilidades de historias. Me interesa cuando la posibilidad de la historia nos lleva a una segura explosión, ya sabes cómo me gusta Lars von Trier y sus amigos, los brutos esos que te la juegan en cada película. La situación conlleva una posibilidad de historias, están esperando un *click* para empezar a existir. A lo mejor las historias las cuentan los objetos, a lo mejor son los objetos los que crean las historias.

¿A dónde queremos llegar? ¿Frenamos un poco? ¿Te parece bien si nos tomamos el café fuera? Quiero fumar un cigarrillo en el patio, sentados en la otra mesa notando las plantas, ahora en esta mesa tenemos a una familia que no tengo ni idea de quién son. Sí, querías otra mesa, pero yo los veo todos aquí. Ahora tenemos que salir al patio para que se vayan de aquí lentamente, para que desaparezcan, y espero que salgan por la puerta y nos dejen tranquilos en el patio.

Ella sale al comedor para buscar el tabaco en su bolso, se queda un rato mirando los caramelos de Felix, la montañita de felicidad y tristeza. Él sigue en la cocina, el café está casi preparado. Ella sube el volumen de su voz para que él pueda escucharle desde la cocina. Los caramelos, siempre me ha parecido que me hablaban y que, al mismo tiempo, hablaban entre ellos. También Felix hablaba con Ross mediante los caramelos, y con todos los demás, fueran quienes fueran. Pero no explicaban una historia, sino que abrían la posibilidad a algo más. Vale, sí que hay una historia, está Ross muriendo y va a morir tar-

de o temprano, está la tristeza de Felix y está el deseo de vivir de los momentos dulces, pero siempre me ha gustado que aquí termina la cosa, que no hay más ya que todos sabemos como sigue. A lo mejor tienes razón con los finales. Lo que pasa es que no queremos aceptar que Ross se muere, que Felix se muere y que nosotros nos vamos a morir también. Te vas a morir. Te maté en la película en la habitación.

Él sale al comedor y dice la misma frase. Siempre estaré contigo. Se miran y sueltan una carcajada. Este es el momento. Lo cortan rápido y salen al patio.

Las fresas, nos hemos olvidado las fresas. Nos las tomamos con el café. Él entra de nuevo para buscar el café, las tazas y el plato como cenicero. Ella lo acompaña y prepara las fresas mientras canturrea una canción, hace una pausa y habla consigo misma. Algún día te escribiré una carta, pero no habrá historia, simplemente será lo que tiene que ser.

Un par de plantas más y el patio ya será el jardín. Las compra, dos plantas grandes. De camino al piso observa un perro. Corre sin correa por una plaza. Deja las plantas al suelo, se agacha y susurra esperando que el perro la oiga. Perro, perro, perro. Perro, perro, perro. Insiste durante un buen rato pero el perro sigue con sus cosas. El amo del perro se acerca. Ella se levanta. ¿Es tu perro? Me gustan los perros. Bueno, me gustan más los gatos y si tuviera que escoger entre un perro o un zorro intentaría quedarme con el zorro. Un zorro pequeño. Los zorros son listos, a veces no sé si se parecen más a los perros o a los gatos, tienen algo de ambos. Los zorros parecen amables pero son máquinas de matar. También tienen, a veces, un cuerpo de rata. Silencio. El perro husmea la bolsa de una señora y el amo se marcha sin despedirse. Después, desde la distancia, observará a una chica que parece normal pero que habla de zorros con desconocidos.

Zorros. Animales. Cuerpos. Piensa en cómo las personas son también cuerpos. Piensa en su pasado y en la falta de amor permanente. Piensa en gente besándose, piensa en grupos de gente* besándose, en cuerpos que dejan de ser cuerpos para ser una masa de gente besándose, sin espacios entre sí y le parece una locura. No hay amor,

no hay nada. No hay ni color, ni sangre. Cuerpos. Masa. Todo uno. Intenta alejarse de la imagen lo más rápidamente posible. Un zorro. Mete a un zorro rojo encima de la gente besándose. Un zorro rojo. En sangre. Andando como si estuviera en otro lugar. Lo demás palidece. El zorro es amor, pero también es violencia, peligro, dolor, una amenaza. El zorro es un animal y el olfato de los animales es mucho mejor que el de las personas. Las personas besándose dejan de ser personas, así que el zorro es el único con una mirada a la que responder. Zorro, zorro, zorro.

XLIII

Para frente a una tienda de material. Pintura, papel de pared, tornillos. Distintos tipos de herramientas,* cada una con su función determinada, herramientas específicas para situaciones específicas. Como si todo pudiera arreglarse con la herramienta correcta. Herramientas una tras de otra, ordenadas en cajones, en filas, colgadas en la pared. Alguien tiene que saber sobre todas y cada una de las herramientas, su función exacta, su origen y el lugar que ocupan en la tienda. Entra y compra una brocha y un bote de color rojo. Un rojo tierra. No quiere un rojo chillón, quiere algo que pueda funcionar con el azul de la pared y también con el suelo. A lo mejor pintará también la pared, pero no está segura. Quiere que esté todo preparado por si llega el momento.

Sube al piso, deja las plantas en el patio y esconde la pintura y la brocha en el armario alto de la cocina. Sale del piso y va hacia su casa. Cada vez es menos su casa pero allí siguen sus cosas y algunos recuerdos y momentos importantes.

Él está en las oficinas preparando las próximas exposiciones. Analiza toda la documentación, repasa los seguros y se reúne con un par de personas que han trabajado en México y Argentina para que le expliquen qué le espera. No siempre está todo en los papeles, la información circula también en otros niveles ya que hay

cosas que no pueden escribirse en un documento profesional. Le cuentan sobre las aduanas, sobre las mordidas y lo preparan. Ha buscado las leyes de ambos países para tener sistemas de defensa si se encuentra en una situación complicada pero los otros le dicen que no se preocupe, que no va de leyes sino de estar tranquilo y saber negociar o aceptar que vas a perder. Sabe negociar y tomar la distancia suficiente para que perder no sea algo personal, así que sigue con el papeleo y repasa los planos de las salas de exposición. Tiene una idea bastante clara de cómo quiere que sean las dos exposiciones, la mexicana y la argentina. Le gusta previsualizar las cosas, sentir que cuando esté en el lugar pasará reconociendo paredes y ángulos, habitaciones y escaleras. Piensa en Clement y en su vida como arquitectura y le parece que sí, que es bonito pasar de los planos a las paredes, de las líneas a los espacios. Le encantaría poder pasear siempre como en el museo en París, viendo el pasado y el futuro en un mismo lugar. Mirar los planos de las salas en Ciudad de México y Buenos Aires le lleva a una sensación parecida.

Ella llega a su barrio, a su portería, a su escalera y sube corriendo a su piso. Aunque huele a cerrado lo reconoce de inmediato. Cierra los ojos. Ha sido su lugar durante mucho tiempo, aquí ha vivido intensamente, ha sentido y ha sufrido. Ha sido su nido y está su sofá, sus mantas, su cama baja y su cortina. Pero algo está cambiando y hay otro lugar que pide de su presencia. Los pájaros abandonan sus nidos después de trabajar mucho en ellos. Este piso no lo construyó ella, ella no es un pájaro. Y el piso sigue, así que algunos recuerdos y lágrimas seguirán en su lugar.

El DF, Distrito Federal, Ciudad de México, México DF. Una ciudad con varios nombres. Varias ciudades al mismo tiempo. Capas, capas de ciudad en una ciudad. Y tiempos, varios tiempos de ciudad en una ciudad.

Llegué aquí después de una escala en New York. Tenía cuatro horas entre avión y avión y tuve la enorme tentación de salir del aeropuerto, saltar a un taxi y pasar unos minutos en Manhattan. No es lo mismo estar en el aeropuerto de una ciudad que estar en la ciudad, pero pensé que sería una estupidez perder el vuelo por pasear un ratito por mis calles favoritas. Pero no te creas, estuve dudando, la tentación era fuerte.

Empiezo a saber demasiado sobre aeropuertos y no sé si es algo de lo que me pueda enorgullecer o es una soberana tontería. Los viajes extra antes de este han sido muy rápidos, visitas de un día a varias ciudades en Europa, casi una ficción. Si quisiera, podría conversar horas y horas sobre algunos aeropuertos, sobre cuáles me gustan más, sobre detalles divertidos, sobre los bancos y las sillas, la luz natural y la luz artificial. Pero sé que en estas conversaciones no hablaría sobre las emociones que sientes al llegar a algunos lugares, sobre esa sonrisa que aparece al salir del finger y que a veces quieres esconder o ese mal rollo que te acompaña por algunos pasillos

y tiendas aburridas. Los detalles importantes te los guardas para ti: lo que sientes en estos tránsitos no lo compartes como la información sobre tal o cual aeropuerto. Es como si los aviones multiplicaran tu capacidad para ser cursi, te aproximarán a una falsa poesía y bajarán tus defensas conceptuales a cero. Mucha gente escribe en aviones y aeropuertos. Creo que es un error. La vida, después, tiene otro tono.

Cuatro horas de espera después de un primer vuelo y un segundo vuelo bastante intenso cruzando buena parte de los Estados Unidos significan que mi trayecto hacia México fue largo. Muy largo. Uno de esos viajes que, al final, logran que todo a tu alrededor sea casi una ficción borrosa. Al llegar al aeropuerto ya en México empecé a ver primero colores, sentir calor después y, algo más tarde, a oír el ruido de la muchedumbre. El color, el calor y lo humano. En un estado entre el sueño, el cansancio físico y la aniquilación como persona, la combinación resultaba ser sorprendentemente acogedora, no lo voy a negar. Como mínimo era distinto, estaba ya en México, estaba en mi destinación.

En un pasillo de la terminal de llegadas, varias banderas me recibieron y, qué quieres que te diga, el gesto básico de que en tierras internacionales como las de un aeropuerto, se usaran las banderas para intentar darnos a cada uno de nosotros un origen y una identidad me pareció hasta tierno.

Es mi primera vez en América Latina y tengo la sensación de que empezar por México tiene todos los puntos positivos y, también, los negativos. California está presente, todas las personas con quien hablo me hablan de Los Angeles y algunos de New York. Es como si su mundo fuera un intercambio constante entre dos lugares pero el otro es el importante. Compartimos referencias, la mayoría de ellas vienen marcadas por el país vecino en su caso y dominante en el nuestro. Bueno, dominante en ambos. Y podría seguir hasta la eternidad, pero te aburrirías. Lo que pasa es que aquí empiezas y no paras, puedes hablar sin fin, pensar y buscar sensaciones

sin parar. Todo va muy rápido en esta ciudad, todo va muy rápido y al mismo tiempo no pasa nada. Es como si todo fuera como un mango con su sabor multiplicado por cuatro. No sabes cómo nos engañan con los mangos. Desayuno cada día mango y ahora ya duele, el sabor empieza a ser demasiado intenso.

El DF es, frente a todo, otra historia. Bueno, a lo mejor sería más acertado decir que el DF es toda la historia vista desde lo personal y lo humano. Veo a la gente por la calle y es fácil reconocer su procedencia y sus orígenes. Veo un pasado indígena y una colonización. Veo también una nueva colonización algo menos violenta pero presente en todos lados, sin sutilezas. Veo algunos perros. Veo taxis que dan bastante miedo y carritos con comida. La gente con quien trabajo me va indicando si en este carrito se puede comer o si en este otro mejor ni acercarse o me pasaré los días con retortijones. Existe algo así como un conocimiento común sobre los lugares donde comer y los que no son saludables. Si no tienes a alguien que te proporcione este conocimiento estás perdido. No lo estoy, aunque a veces me gustaría también investigar por mi cuenta.

Me llevan cada noche a un lugar distinto para cenar. Me cuidan muchísimo, aunque al mismo tiempo no sé si no soy más que una excusa para salir, para empezar con unas cervezas y terminar en casa de alguien en una fiesta privada. Al principio me costó entender lo que decían. El idioma es el mismo, pero las cosas se dicen de una forma distinta y algunas palabras clave no las podía asimilar. Y aquí sigue presente una geografía indígena, un pasado que llena los parques y los barrios de nombres difíciles de pronunciar. Pero todo es cuestión de tiempo, de estar atento y escuchar mucho. Ahora ya está, todo bajo control.

Lo que está menos bajo control es el trabajo. En una ciudad que vive en un caos circulatorio permanente, todo pide mucho tiempo. Hacer unas fotocopias puede significar perder una mañana. El equipo de trabajo es muy grande, creo que nunca había tenido a tanta gente a quien ordenar cosas. Me

siento algo mal con la situación e intento establecer un contacto humano con cada uno de ellos, pero a veces es más difícil de lo que parece. Quiero ser justo pero me pongo nervioso cuando la impotencia de vivir en la lentitud explota en mi cabeza. Doy bastantes paseos por las salas de exposición, simplemente para intentar tranquilizarme y pensar que al final todo saldrá bien. Paseo y visualizo los planos, vuelvo al papel en un ejercicio contrario al que hacía en el despacho.

Todos dan por hecho que estarán trabajando la noche entera antes de la inauguración. Creo que hasta les gusta lo de quedarse dentro del museo y no dormir, tener la opción de ver y vivir un museo cuando está muy cerrado, cuando no hay nada ni nadie capaz de proteger los contenidos. Lo puedo comprender, hay algo mágico en este lugar cuando las luces se apagan y todo permanece como a la expectativa. También hay algo de seguridad a la inversa: estar en un lugar que no existe, estar en una explicación de la historia que es algo menos cruda que las historias que te vas a encontrar en la calle.

Es muy fácil ver las diferencias de clase social, es algo casi insultante. Estamos muy bien acostumbrados a que la comodidad y la precariedad absoluta estén a una distancia correcta, para que una no recuerde a la otra que existen otras posibilidades. Aquí todo es una mezcla que presagia una explosión. La explosión puede llegar en un taxi que te puede conducir a un descampado y allí termina todo. O eso me dicen, que tampoco sé si están jugando con esta imagen de peligro que ha definido algo así como una identidad cool. También la explosión puede ser que todos juntos se beban una cerveza al terminar el trabajo y que no pase nada, que sea posible que no pase nada.

Los días corren y ya hace algunos, o bastantes, hablamos de cartas y de la verdad. No sé qué hacer ahora con mi última frase. Creo que lo que voy a hacer es cortar esta carta en dos y así el final no llega ahora, con lo que me escabullo del problema.

Tengo sueño, voy a dormir. Me espera el mango, los taxis, los burritos, el polvo y unos colores cargadísimos como si todo estuviera saturado. ¿Sabes cuando algún abuelo tiene una tele antigua y los colores son alucinantes, una esquina de la pantalla da unos tonos lilas y el volumen está a toda hostia? Aquí estoy.

En la mesa de la cocina encontró un papel con la dirección postal de un hotel en Buenos Aires. Sonrió un poco y lo guardó en uno de los bolsillos traseros de sus pantalones, con un gesto automático. Hoy ha recuperado el papel, seguía en el bolsillo. Ha llegado con una maleta bastante grande. Trae ropa, una manta, zapatos, discos, un par de libretas y, en una bolsa de plástico, algunas de las plantas menos resistentes de su casa.

Ya está. Durante las próximas semanas estará instalada en el piso. Alguien tiene que cuidar el jardín. Bueno, aún es el patio pero pronto será el jardín. Alguien tiene que estar atenta al gato y a los vecinos. Nunca ha visto a los vecinos, casi no salen al patio. El patio es el lugar del gato. Alguien tiene que abrir las ventanas de las habitaciones y tiene que sentarse a esperar a que el sol se acerque a los caramelos de Felix en el comedor. Alguien tiene que sentir el sol en su piel tras el ventanal. Alguien tiene que estar sentada al lado del teléfono como si estuviera esperando una llamada importante, la perfecta tapadera para estar esperando una reacción del gato. Desconecta el teléfono. Antes llamó a su trabajo y confirmó que se tomaba las vacaciones ahora, avisaba con muy poco tiempo, pero es que vuelve a estar enferma y le parece más

fácil pedir las vacaciones que empezar a mandar papeles del médico. La persona en el otro lado dice que sí, que total simplemente está modificando algunas semanas su calendario y ya está, libre. Después ya veremos. Le gustaría no volver jamás al trabajo.

Ella aquí está bien, sabe que este es ahora su lugar y su momento. Tiene el piso y el futuro jardín, y está sola, nadie puede molestar. Esta es su isla. Tabaco, va a necesitar tabaco. Abre la nevera y la despensa. Necesita leche, huevos, mantequilla, té, verduras, arroz, algo de pescado y pan de molde. Aceite, fruta, tomates, lechuga, champú, tostadas y esas galletas italianas que en la tienda a veces están y a veces no están. El champú es importante, el jabón de cuerpo será el del piso, la botella está casi llena. Visualiza la lista de la compra para, cuando sea el momento, ir repitiéndola como una letanía.

El papel en el bolsillo de sus pantalones, la dirección en Buenos Aires. Una carta, él está esperando una carta o, mejor, quiere que una carta le espere. Le gusta el gesto, repasa la conversación de esa noche que fue seguramente uno de sus mejores momentos juntos y recuerda lo que él decía sobre las últimas frases. Es verdad, en las últimas frases de las cartas siempre aparece esa parte más emocional, esa parte que él esconde en la mayoría de ocasiones pero que tiene que estar allí o él dejará de ser él.

No quiere contar una historia, no quiere volver a sentir la impotencia de sentarse a escribir y que no salga nada. Quiere la verdad y quiere algo que sea de ella y de él. Quiere un mensaje. Piensa en qué les une, piensa en qué es lo que siempre será de él. Un mensaje. Cuando la gente mandaba telegramas no había historia en las palabras, la historia estaba en otro lugar. El telegrama indicaba que algo había pasado, algo muy bueno o algo muy malo. Ir a recoger un telegrama debía ser como tener un billete de la lotería y una condena al mismo tiempo.

Coge un papel de una de sus libretas, escribe y busca un sobre. En la habitación encuentra varios sobres, algunos horizontales y serios, otros más pequeños. Se decide por uno aún más pequeño que seguramente estaba aquí por error. En su lista mental de la compra incluye sellos para Argentina.

Sale del piso. Comprará muchísimo, quiere encerrarse en el piso, necesita tener un lugar que sea seguro, que no se caiga. El piso es este lugar, quiere un lugar donde ser ella misma sin miedos, necesita el patio y el futuro jardín y, por encima de todo, quiere notar la presencia del gato. Nunca ha tenido un gato. Lo piensa y se sorprende. Siempre acariciando gatos de otros, siempre con estos ataques de ternura para algo que no podrás tener. Es como un resumen estúpido de su vida. Abandona el pensamiento y recita mentalmente la lista de la compra mientras deambula por el supermercado y va llenando el carrito con más y más productos.

Piensa que él sabrá de qué le habla, que al leer su mensaje será como si un secreto de ella pasara a ser un secreto de los dos. Será como si un olvido dejara de serlo para convertirse en un gesto. Y no quiere más, con esto basta. No le importa que sea un mensaje corto, el viaje que la carta hará camino Buenos Aires ayudará a cargar cada palabra con la emoción necesaria. Que un mensaje sea como ese beso furtivo. Es lo que tiene que ser. Él lo entenderá, él y ella siempre han compartido lo que otros no se podían ni plantear. Hace como él y olvida lo escrito. Lo borra. Desaparece de su mente.

Después del supermercado ha entrado en el estanco y comprado sellos. Cuando deja caer la carta dentro del buzón de correos recibe un sonido opaco como respuesta. En el buzón hay un saco medio lleno. Al sacar los dedos de la trampilla metálica un «clac» indica que ya está, que no hay vuelta atrás, que la carta ha empezado su viaje.

Cargada con bolsas de plástico vuelve al piso. Ya sabe dónde estará los próximos días. No hay nada más importante que saber dónde estás.

— Capítulo 24

Tengo un libro tuyo. Me lo dejaste hace mucho. Pero ahora me lo quedo yo y así me acuerdo de ti. Es mío y es tuyo. Chico, esta noche escucharé un tango.

Segunda carta desde el DF. El mango sigue estando a un nivel de sabor demasiado alto para ser asimilado correctamente. Empiezo a temer los desayunos. La exposición se inauguró, estuvimos trabajando hasta el último minuto pero todo funcionó: creo que yo era el único que no estaba convencido de que al final todo saldría bien. Ellos trabajaban al límite, bueno, trabajaban a su límite, y ningún rastro de fracaso se observaba en sus ojos. Me sorprende la capacidad para actuar como si no pasara nada y todo estuviera perfecto cuando es evidente que no es así. Supongo que consiste en saber dónde te encuentras y tengo la sensación de que el caos ayuda a desdramatizar. Bueno, siempre que estés metido de lleno en el caos, nada de teorías desde la distancia, nada de construcciones conceptuales. El caos de verdad.

El caos, como cuando no te sorprende que en la calle te cruces con un tipo que anda pistola en mano e igual que todos los demás, lo que haces es seguir tu camino. El caos, como cuando el mismo día, pero ya de vuelta a casa, ves a otro tipo romper* una botella de vino en la cabeza de un transeúnte cualquiera y, acto seguido, darse a la fuga en un coche que le estaba esperando.*

Y en este caos es cuando empiezan a surgir preguntas peculiares. Es aquí donde no sabes si lo que has visto es lo que

XLIV

XLV

querías ver, si lo que has visto es algo así como la construcción automática de la imagen de un lugar, imagen que se materializa para darte la razón y decirte «pues sí, este lugar es peligroso y violento de verdad». O sea, que no sé si lo que pasa es que me están dando exactamente lo que estoy pidiendo.

A lo mejor necesitamos estos sitios cargados de violencia para estar tranquilos, para que nuestros lugares de origen nos parezcan civilizados. Estoy dando muchas vueltas a cosas de este estilo. Estoy pensando en la mirada que define cómo ver para que el lugar sea lo que la propia mirada necesita. A lo mejor estamos ciegos y no podemos ver más que aquello que queremos ver, aquello que sabemos cómo es, lo que nos han contado. Quién sabe si me he pasado los días buscando la rareza, la locura, lo inimaginable y la pobreza extrema que lo justifica todo ya que es lo que mi mirada estaba pidiendo. En el fondo, con todo esto hay algo como de superioridad, algo como un colonialismo latente que se mezcla con una literatura de éxito rotundo. Violencia en las calles, violencia y buena comida, violencia y colores, violencia y genios locos, violencia y tensión sexual. La combinación vende que es una barbaridad. Estoy pensando que todo puede ser algo así como una ficción para nosotros, para los visitantes que amamos este lugar precisamente por ser el parque de atracciones real, donde el miedo en cada atracción tiene sentido ya que sí, aquí nos jugamos la vida aunque siempre volvemos a nuestros lugares de origen.

Me imagino después a grupitos de gente que se ríen de nosotros a nuestras espaldas y dicen «mira, otros que han picado» y saben que nos están vendiendo el producto que queremos y, además, nos lo han vendido sin que nos diéramos cuenta. Y lo que hacen, en realidad, es jugar con nosotros y multiplican el producto por muchísimo para que sea casi imposible de creer en él, para ver hasta dónde tenemos el límite de lo absurdo, pero nosotros nos lo tragamos todo y creemos en ello y queremos que todo sea verdad. Queremos a un tipo con una pistola car-

gada y bien visible andando por la calle, como si la calle fuera una película. Queremos a un tipo destrozando una botella de vino en la cabeza de otro y queremos, por encima de todo, que la botella sea de verdad y que la víctima sea de verdad y que el coche esperando sea de verdad, y que la idea de dolor y sangre sea de verdad para que nos confirme la historia que pedimos a este lugar. Un lugar llamado caos. Un lugar llamado México DF, llamado Ciudad de México, llamado el DF.

Queremos que todo sea como virginal, le pedimos a este lugar que no esté civilizado, le pedimos que sea básico y bruto, que sea un puñetazo. Pero lo que de verdad queremos es volver a nuestros lugares y contarlos, volver a nuestro tráfico, a nuestros taxis y a nuestra seguridad. Volver a nuestros policías. Y, al mismo tiempo, la comida es impresionante y la gente muy amable. Gracias a ellos me siento en casa y entonces tengo un problema.

Tuvimos una situación con unos policías. Tuvimos una situación también esperando un taxi. Situaciones que, ya en el momento, sabía que repetiría hasta el infinito al explicar mi viaje a la vuelta. Así, esa imagen que queremos que tenga el lugar la confirmaré a otros. Voy a ser un eco, voy a ser un espejo. Nunca viviría aquí, creo que tampoco podría vivir en Sudáfrica. La violencia de la calle no es nada más que accidentes aquí y allá. Lo que me molestaría en mi día a día es la imposibilidad de dejar de ser consciente de que soy un privilegiado. Uno de ellos. Uno de los de arriba. Los que están abajo no deciden trasladarse para vivir aquí una temporadita, ya viven aquí y nunca saldrán de este lugar. Los que están abajo están aquí para servir a gente como yo o como tú en el caso de que estuvieras conmigo. No puedes hacer nada, así son las cosas. A lo mejor mi alteración responde a esta situación.

De vez en cuando me pregunto si es lo mismo en casa, si también tenemos todo esto que puedo ver aquí pero, en lugar de ser visible, es algo muy bien escondido a nuestras miradas. Y quiero pensar que no, que no es que México DF sea porno-

grafía al mostrar lo que debe estar oculto. Pero me preocupo pensando si no será que lo nuestro sí que es un decorado.

Tengo algo de miedo de que con mi sueldo y mis viajes no me esté convirtiendo en ese personaje que está disfrutando de la precariedad de los demás. Bueno, no sé si es miedo o una realidad. Hoy he visitado a uno de los trabajadores en su casa, teníamos que firmar unos papeles y la opción más rápida era pasar por su casa. Estamos hablando de un trabajador, alguien que en un principio está en la situación adecuada. No había calle, no había asfalto. Él no es pobre ni vive en la pobreza, pero ver su casa y su contexto me ha entristecido enormemente. No vivimos en el mismo mundo, y para él será imposible salir de este agujero. O sea, está trabajando y las cosas van bien, pero no hay salida, no hay opción, no hay nada más que una calle sin asfaltar y un par de perros deambulando.

Creo que no se da cuenta o no quiere darse cuenta. Si fuera consciente de lo miserable que es su vida, no estaría trabajando sino que andaría con una pistola en la mano para ir a cargarse a alguien, y la botella de vino la llenaría con gasolina para que fuera un bonito cóctel Molotov que serviría para incendiar un restaurante caro cargado de gente como yo o de peor calaña. Gente que ardería sin saber qué ha pasado, aunque él intentaría que viéramos su sonrisa maligna a través de los cristales. Y sería Ciudad de México.

Creo que tengo suerte, creo que tenemos suerte.

En fin, este lugar despierta muchas cosas en mí. Me encanta y me desestabiliza por todas sus contradicciones y por la ironía que, de un modo sorprendente, destila. Seguramente la ironía es la única posibilidad aquí. Hace ya unos días, en el montaje de la exposición, algunos se burlaban de todos esos artistas europeos que viajan al DF para descubrir la acción real y filmarlo todo. Se reían de ellos, de esos descubridores de lo ajeno y de lo auténtico, los descubridores de lo real. Se burlaban y sabían que lo que esos artistas hacían era casi ridículo según su punto de vista. Pero funciona. También lo sabían.

Y no les parecía nada mal que funcionara, aquí está la gracia del engaño: la idea de poder está en quién cree que está en control de la situación, marcando la gramática y definiendo lo que tiene que ser cada cosa. Ellos tienen el control, dándonos la sangre y los tiros y todo lo que estamos buscando, todo con el encuadre perfecto. Tanta claridad me da hasta cierto asco, aunque al cabo de un rato llego a una calle sin salida: en toda esta construcción no sé dónde se encuentra la felicidad.

¿Qué hacemos con nuestras vidas? Demos las gracias y olvidemos nuestra grandilocuencia. Aceptemos que formamos parte de algo ingobernable. Y sí, está bien estar contento, tener unos objetivos y poco más, que no vamos a ser nosotros los que cambiemos el mundo: ya está todo decidido. Me siento bien, a salvo. Pasar página. Es importante reconocer cuándo toca pasar página.

Estaré unos días visitando pirámides con alguno de los responsables del proyecto aquí, acercándome a pueblos perdidos. Seguramente me llevarán a bares en la carretera donde tendré que actuar como si fuera divertido y me interesara lo que beben, lo que dejan de beber y lo que han bebido durante los últimos años. Voy a visitar objetos del pasado; tradición, antigüedad,* folklore* y a lo mejor todo lo que vea no será nada más que una construcción de hace dos días, una serie de decisiones premeditadas de un grupo de personas que, reunidas y con un plan, decidieron que este era el pasado y estos sus objetos, que esto es de donde venimos y estos sus objetos, nuestros objetos. Necesitamos la tradición, la antigüedad y el folklore para saber quiénes somos. Así nos construyen, así se define dónde estamos. Tendríamos que dar las gracias por el trabajo que se toman para que estemos tranquilos sabiendo quién somos. Lo bien que está todo cuando un indio va vestido de indio, cuando nos indican que una estatua antigua es realmente importante y cuando los objetos del día a día son los mismos de siempre. Y cada uno con su tradición, su antigüedad y su folklore.*

XLVI

XLVII, XLVIII

Al mismo tiempo, tengo la sensación de que aquí todos viven al límite, como si fuera lo único que se puede hacer y que mi papel como persona externa no sea nada más que aceptarlo todo y decir que sí y pensar que yo tengo un billete de avión para dentro de unos días y ellos no.

No lo sé, pero es como si en su forma de actuar y de decidir hubiera algo de felicidad bruta, eso que los antropólogos siempre han deseado. Lo que tengo clarísimo es que yo nunca iría al desierto a tomar peyote para tener una experiencia fuerte y otras cosas por el estilo que me cuentan sin parar y hasta con orgullo. Lo escucharé de nuevo en esos bares al lado de la carretera, estoy completamente seguro. No es para mí, no me interesa pero tengo que disimular. Cuando me cuentan sus experiencias simplemente sonrío un poquito y demuestro cierta admiración: creo que es lo que necesitan y lo que yo puedo dar. Tampoco es un gran esfuerzo por mi parte y el pensamiento de que yo me iré me acompaña como una bonita defensa frente al deseo de empezar a discutir sobre qué hacer con la vida y gritar que están tirando la suya por la borda y que cualquier día caerán muertos cerca de un bar y nadie se preocupará por su cadáver.

Y ahora salto un poquito de tema, pero es que así son las cosas por estos lares. Lo brutal aquí no se encuentra tanto en si la gente que he conocido trabajando y que me van a acompañar a las pirámides y todo lo demás son así, lo brutal de verdad es pasar por El Zócalo, la plaza principal de México DF y no ver el otro lado porque el nivel de contaminación es una barbaridad. Lo brutal es que, al cabo de unos días, no puedes cruzar El Zócalo porque arderás bajo el sol. Y yo no voy a cruzar, pero algunos de los de abajo tienen que estar allí esperando trabajo o vete a saber qué y, en un solar descomunal como esta plaza, buscarán desesperados una sombra, y la única sombra es la del obelisco central, una sombra que se mueve con el paso de las horas, generando una cola de personas que simplemente esperan y van modificando su posición para*

estar en ese metro de sombra, en ese centímetro de sombra que les separa del infierno. No son las pistolas ni las botellas de vino, es el asumir que todo es difícil y existen los perdedores. Lo brutal es que se ve con una claridad absoluta. Hay muchos imposibles para ellos pero no para nosotros que no tenemos problemas.

Es así, no tenemos problemas. Tenemos cositas, dudas, vete a saber. Pero nuestras calles son calles de verdad y tenemos transporte público y si nos cansamos pues miramos la tele ya que tenemos el tiempo y el derecho a estar cansados.

Como privilegiados que somos tenemos también derecho a quejarnos, pero no quiero olvidar lo que he visto. Y, lo que he visto, aunque parezca una paradoja, me confirma que vamos bien y que todo es como tiene que ser. Nuestro sistema no acepta cambios de rumbo o de ritmo, así que mejor asumir el papel que nos toca y, como ellos, hacerlo de la mejor manera para intentar ser, simplemente, felices.

Después de leer la segunda carta desde México asume que no va a tener tiempo para leer las siguientes. No quiere pensar en sus palabras, le duelen. Le duelen, le enfadan y le encolerizan pero no, no es el momento para rendirse. No tenemos problemas, dice.

El jardín, el gato, el tabaco, tiene que racionar el tabaco ya que ha decidido no salir del piso durante los próximos días. Va a crear el jardín, va a lograr que el gato salte a su lado y abandone a los vecinos. Tiene algo más importante que hacer que no preocuparse de si él se ha creído demasiado a sí mismo y a su nuevo papel de trabajador fantástico y convencido de lo bueno que es. La sensación después de leer la carta es parecida a la que le generaba alguno de sus antiguos amigos, así que no quiere entrar en estas diatribas, es mejor pensar que es algo temporal o que directamente no existe. Tiene algunas imágenes aún dolorosas de aquellos con quien él se codeaba, esas miradas cargadas de una seguridad y una superioridad que rozaban el insulto.

Pasar página. Otras cosas, es un momento y todo volverá a ser lo que tiene que ser. Además, ha llorado con la carta y no entiende muy bien su propia reacción, así que a partir de ahora seguirá teniendo cuidado del buzón,

subirá las cartas que lleguen y las meterá en un cajón de la cocina, una encima de la otra, con todas las anteriores. Con el patio que será el jardín tiene trabajo y un objetivo. Tiene una misión. Antes de empezar la transformación, saca un cigarrillo y lo fuma sin pausa, pensando en cada segundo, notando cada músculo de su cuerpo. Cierra los ojos mientras fuma. Necesita ser este momento y que la respiración, los pulmones, el bombeo de la sangre y los músculos sea todo lo mismo.

L. Pintura. Es el momento. Saca algunas revistas y periódicos del comedor y los dispone ordenadamente cubriendo el suelo del patio. Hace una doble capa de hojas, las pega con cinta y utiliza las plantas para evitar que el viento se lleve por delante todo su trabajo. Abre el bote de pintura y elimina la pared azul. Ahora es rojiza.* Es un primer paso, pero falta bastante. Tiene una misión y un gato está a la espera. El suelo tiene que desaparecer, un jardín no puede tener este suelo.

Con algunas manchas de pintura en la ropa y el cuerpo empapado de sudor, entra en el piso y busca dentro de los armarios de la cocina. Sabe que en algún lugar hay un saco de tierra que ella compró para las plantas. Lo localiza y lo saca al patio. Abre el saco y esparce la tierra por el suelo. Ya falta menos. Necesita algo de grava para crear algunos caminos y no sabe de dónde sacarla. Anda en círculos como buscando una idea. Ahora ya lo sabe, el gato. A estas horas del día los vecinos no están en casa. Escucha atentamente para detectar algún ruido y se convence de que no, no están. Ha visto que tienen un par de sacos con tierra para el gato en el patio. Los sacos llevan mucho tiempo allí y seguro que los vecinos no se darán cuenta si uno desaparece. Seguro que ni los ven cuando salen al patio, son como una de esas manchas que por mucho que lo intentemos siempre estarán allí y la única opción pasa por aceptarlas y así terminar por no verlas. Podría intentar

saltar la verja, pero no es buena idea ya que el gato sentiría que ella es un peligro. Entra de nuevo a la cocina y saca la escoba y una silla. Lo saca al patio y sitúa la silla al lado de la verja. Sube encima de la silla y con la escoba logra acercarse uno de los sacos. Baja de la silla y, metiendo como puede las manos en la verja, sube lentamente el saco hasta que logra tirarlo a su propio patio. El saco cae encima de su cabeza primero y al suelo después. Ella ríe un poco y, al mismo tiempo, siente dolor. Tiene que sentarse al suelo, al lado del saco. Lo ha logrado. Vaso de agua y satisfacción.

Abre el saco y esparce las piedras por el suelo, creando algo así como un par de islas con plantas, zonas con tierra y caminitos con las piedras. Falta algo, falta una pared. Saca un mantel floreado de la cocina y lo cuelga de la verja y de un marco de puerta que arranca del comedor, creando un ángulo de noventa grados. Ahora sí, ahora tiene un jardín.

Se ducha y está muy contenta. Canturrea y revuelve entre su ropa y la que él guarda en el armario. Sale al patio con un vestido otoñal floreado cubierto por una chaqueta caqui que parece de explorador y, con una taza de té estilo británico, pasa a ser una bailarina* que se casó con un rico heredero alemán, con latifundio colonial en África incluido. El jardín está ahora en África, en algún lugar indeterminado. Él decía que no podría vivir en Sudáfrica, ¿verdad? La bailarina sí puede. La bailarina dejó de bailar al trasladarse a África. Su marido murió y ella se quedó en este lugar, rodeada de animales y puestas de sol cargadas de rojo, con su plantación y los negros que trabajan para ella. Se toma el té pero lo que de verdad se tomaría la bailarina es un whisky con hielo. Pero una dama no puede tomarse un whisky en su plantación. Los trabajadores van siempre casi desnudos, es su cultura y además así no pueden robar nada. Casi todos viven en la plantación misma

11

y sus familias también. Han nacido aquí, pertenecen al lugar, aunque algunos puedan venderse como mano de obra en Estados Unidos, ese nuevo paraíso que algunos están forjando. Entre los negros destaca Jesús. Un Jesús negro. Bueno, el nombre lo eligió su marido, puede ser que su familia quisiera otro. Jesús es fuerte y valiente, ella está sola en la plantación. La piel oscura, los dientes blancos. Si sigue en África es porque Jesús está aquí, con sus frases que ella no sabe si son místicas o un problema de traducción. Jesús es suyo, es parte de su propiedad. Aquí las cosas son sencillas, no como en su pasado de bailarina en Alemania. Aquí ella es la propietaria y no tiene problemas. Jesús no es un problema, su sudor tampoco. Pero Jesús morirá y ella vivirá en el recuerdo, en las fotos, y su marido irá lentamente cambiando el color de su piel para pasar a convertirse en Jesús, ese negro alto y fuerte, ese hombre trabajando siempre medio desnudo bajo el calor. Necesita un vaso de agua o entrar en casa y tomarse ese whisky de una vez por todas.

En la cocina se cambia de ropa y la bailarina abandonará su cuerpo lentamente, como siempre que permite que otros personajes decidan sobre su realidad. Duerme un buen rato en el sofá del comedor.

Lleva ya unos días en el piso, no sabe cuántos. Llegó una carta desde Argentina. Está en el cajón de la cocina. Bajó a mirar si había cartas y volvió inmediatamente al piso. Es su lugar, es su casa, es su piso, es su nido. Es ella. Y aquí está el jardín.

Pasa algunas horas al día sentada en el jardín, pensando si el gato saltará o no saltará. Sentada en su jardín. A estas alturas, el gato tiene que saber que estaría mucho mejor con ella. Ella le quiere. Piensa sistemas para eliminar la verja, pero siempre aparece el problema de los vecinos. Necesita algo que sea efectivo con el gato pero invisible para de los vecinos. Sentada en el jardín analiza todas las posibilidades para encontrar una solución al problema. Espejos, algo con espejos podría funcionar. Pensando opciones recuerda un lugar* recóndito y tórrido, sin presencia humana pero con rastro de ella. Algo así como un desierto con edificios semiderruidos. O lo imagina, no importa. Está lleno de antiguas placas solares que brillan, parpadean y se mueven. No sabe si es un futuro de ciencia ficción o un pasado paralelo. Bajo las placas se esconde otro mundo, seguramente una ciudad de pasillos, cables y salitas con máquinas. Las placas se convierten, también, en un muro en movimiento constante, en una coraza. Las

LII

placas crean un enorme espejo que busca el sol. Pero el gran espejo funciona también como una muralla. Frente a nuestra imagen, decidimos no seguir. Huir, abandonar este lugar. Nosotros somos el lugar, así que mejor no entrar al otro lado de la muralla, mejor aceptar el reflejo y retirarse que no entrar en pasillos oscuros de uno mismo. En el suelo hay restos de maquinaria que la naturaleza va convirtiendo en algo propio, en un elemento más con el que interactuar. Las placas funcionan casi por inercia, generan su propia energía para seguir en marcha. La luz, el sol, todo brilla y ya no hay nadie. Atracción y repulsión en un mismo lugar. Le interesa que exista una atracción y una repulsión. Atracción para el gato y repulsión para los vecinos. Ha encontrado algo.

Espejos y agujeros. Podría hacer un agujero en la verja y así el gato entraría tranquilamente en el jardín. pero para que los vecinos no vieran el agujero necesitaría crear todo un juego de espejos. Atracción y repulsión. Pasa un buen rato pensando el plan, localizando el mejor lugar para el agujero y calculando cómo instalar los espejos para que, uno tras otro, logren dar una imagen de realidad y de que aquí no pasa nada. Necesita una calculadora, papel y rotuladores. Entra a buscarlo todo y empieza a trazar su plan en el comedor, saliendo de vez en cuando a espiar el patio de los vecinos. Dibuja mil opciones y calcula grados de inclinación. Ha oscurecido. Se come algunos caramelos de Felix y se duerme en el sofá.

El gato no ha salido a su patio en todo el día. Los vecinos se han mudado a otro piso y el gato ya no está.

El tabaco, la leche y toda la comida. No queda nada en casa, quiere fumar y tiene hambre, así que tiene que salir a comprar. El mundo exterior le parece una ficción. Los colores, olores, el movimiento de las personas y el ritmo de la calle es algo casi nuevo, algo que ha dejado de entender. Lo único que sabe es que no quiere que entren en su piso, no quiere que superen las paredes y terminen con todo.

Compra en el supermercado y vuelve al piso. Una sensación de bienestar recorre su cuerpo al descubrir que las cosas parecen seguir en su lugar. Entra en el dormitorio, todo está bien. Entra en el baño, todo está bien. El comedor, todo bien. La cocina, todo bien. Abre los armarios de la cocina y se tranquiliza al ver que no hay cambios. Mira el jardín desde el ventanal. Las plantas están contentas, se nota. Durante el tiempo fuera del piso ha sufrido, pero ahora es capaz de plantearse la necesidad de volver a su antiguo piso para llevarse más ropa y ese plato pequeño que seguramente gustará al gato. Imagina el plato en el jardín y el gato saltando la verja para ir a husmear y comer el pescado que ella ha preparado especialmente para él. Ese plato puede servir, el gato saltará y estará con ella en el jardín. Ella esperará sentada tomándose un café,

después el café se lo tomará con el gato entre las piernas. Acariciará al gato cuando salte a su regazo, pasará las páginas de una revista antigua.

Decide salir e ir a por el plato y la ropa. Necesita también su cortina del lado de la cama. Intenta desconectar del exterior durante todo el trayecto, primero piensa en canciones, luego separa los colores. Mira únicamente el azul, después el verde. No ve personas ni nada, únicamente puntos de azul primero y zonas de color verde después. Llega a su portería. No abre el buzón y sube las escaleras. Ya en su piso busca el plato para el gato y llena una bolsa grande de plástico con ropa, la cortina y tela para crear un pequeño umbráculo en el jardín. Tela de color negro que tenía guardada desde hace mucho tiempo sin motivo aparente. En ese momento suena el teléfono y ella, mecánicamente, responde. ¿Sí? Hola, soy yo, hace mucho tiempo que no hablamos pero quería decirte que lo que pasó pasó y que a lo mejor podríamos recuperar algo, bueno, no recuperar, no digo que quiera volver contigo pero si somos un poco maduros podemos actuar como personas adultas y simplemente vernos un rato y preguntarnos por nuestras vidas, me gustaría contarte cómo va todo y que superáramos nuestro pasado. Suena lógico. Pues si te parece bien, podríamos quedar para cenar. La voz la ha lanzado unos cinco años atrás. La mezcla de sensaciones le resulta casi fascinante. Ella es la ella de ahora pero algo queda de esa ella de antes.

Deciden verse hoy mismo en uno de los restaurantes habituales. Al colgar, ella ya sabe que no va a funcionar, que nunca podrán ser amigos ni estar juntos, ni olvidar muchas de las cosas compartidas. Las buenas y las malas. Es su pasado. El innombrable. Pero se van a ver, alguien ha decidido que se van a ver y no hay otra opción.

No sabe qué hacer, si presentarse a la cena con la bolsa de plástico con ropa y el plato o pasar primero por el

piso y dejarla allí. No tiene mucho tiempo pero es imposible decidir. Pasa a mirar las estanterías. Pasea entre sus libros y descubre que ahora ya no tienen ninguna importancia. El jardín sí es importante, sentirse en tu lugar es lo más importante. Los libros son también parte del pasado. Un pasado del que puede recuperar algunos elementos, algunos puntos que sirven de apoyo para saber que estás donde quieres estar. No tiene un problema grave con el pasado, pero es como si en algún momento se produjera un corte entre el presente y el pasado, una fisura, un salto demasiado brutal como para poder volver atrás o lo que funcionaba antes tenga sentido ahora. Y lo sabe, sabe que la cena no estará bien.

Se presenta al restaurante con la bolsa de plástico. Hola. Hola. Has llegado puntual. Sí, no era lo habitual antes pero todo cambia, todo cambia. Además tengo mi estudio aquí al lado. Sí, un estudio de grabación donde puedo tocar mis instrumentos todo el día, y con el grupo vamos muy bien. Bueno, creo que no los conoces, cambié a casi todos los componentes uno a uno hasta lograr la banda que quería. Vamos a sacar el disco pronto, tenemos un contacto interesante con un mánager y gente que nos apoya. Y estoy haciendo música para un par de películas. No sabes el dinero que se mueve en lo del cine, voy a los rodajes y casi no me lo puedo creer. Pensar que hace algo así como cinco años todo parecía imposible y mira ahora, todo funciona. Estoy genial, ya lo ves. ¿Y tú? Bien, muy bien. Me he mudado de piso y tengo un jardín. Ah, qué bien. En este momento* ella empieza a oír el sonido de un barco. Están en un interior, en el restaurante, pero ella puede oír perfectamente el ruido del barco. El barco está lleno de refugiados que llegan a cualquier costa. El barco es un barco rojo, un barco azul y un barco verde.

No puede oír lo que él sigue contando. Lo único que puede hacer es sonreír y, de vez en cuando, decir «sí» o

LIII

decir «ajá» e intentar que él no se dé cuenta. Él no escucha, nunca escuchó, así que no pasa nada. Ella sabe que el barco no forma parte del sonido de fondo del restaurante: una parte de su mente ha decidido viajar a otro lugar para escuchar el barco, para saber sobre los refugiados, para tener consciencia de los colores. Rojo, verde, azul. Necesita volver al piso, necesita volver al jardín ahora mismo.

Sale corriendo del restaurante hacia el piso cargando la bolsa. Sin pensar, corre hacia el antiguo piso. Ha sido algo automático, correr hacia el piso, dejarle atrás. Algo le ha mantenido en el pasado, dirección a su antiguo piso y no hacia el jardín. A lo mejor ha sido ver que esa persona que una vez conoció y compartió mucho con ella ya no existe o siempre fue lo que ha visto hoy. Ha oscurecido, así que deja la bolsa en el suelo y se tumba en la cama.

Por la mañana, se levanta y, casi maquinalmente, recoge la bolsa y sale de casa. No quiere estar aquí, sabe dónde quiere estar y no es aquí. Cierra la puerta con llave. Uno, dos, tres segundos. La vuelve a abrir. Entra. Busca otra bolsa de plástico y mete todas las plantas que quedaban en el piso. No eran muchas. Ahora, con dos bolsas, vuelve a salir y cierra con llave. Doble vuelta.

Llega al piso. Abre el buzón automáticamente, reparte las cartas entre las que van al cajón y las otras, que van directamente a la basura. Llueve un poco, está todo húmedo, el frío se acerca.* Sale al jardín, pasea por encima de las piedras y deja que las hojas de algunas plantas toquen su cara. Entra otra vez al piso, ahora como si no hubiera estado aquí durante mucho tiempo. Entra

LIV

en las habitaciones, observa cada detalle, enciende el televisor para que llene de sonido el comedor. Se prepara el desayuno. Como siempre, café y tostadas. Pasa páginas de una revista sin prestar demasiada atención. Mira por la pequeña ventana de la cocina y ve el jardín. Las plantas crecen, el árbol crece. Va al comedor y mira por el ventanal. El jardín y ni rastro del gato. Está de pie frente al ventanal. Si da un paso hacia la izquierda, la pared tapa el ventanal e impide ver el jardín. Oye el ruido de un coche aparcando, aparcando mal y cargando el ambiente con su ruido. Adelante y atrás, adelante y atrás. El sonido está demasiado cerca, no debería estar tan cerca. En el televisor un documental sobre vacas. Una vaca muge. Todo está demasiado cerca.

En el comedor tiene la sensación de que el piso se está derrumbando, el jardín está vivo y está tomando la casa. El jardín y no el gato, el jardín olfatea y se pasea a su alrededor. Ella quería que el gato hiciera eso típico de dar una vuelta a tus piernas rozando con su pelo y su calor. Ella quería este contacto con el gato. Antes, al notar las hojas en la cara, también ha estado bien, ha existido una comunicación especial. Pero también quiere y necesita el piso, un interior, y ahora todo es simultáneo. Recuerda el barco en el restaurante, se mezcla el sonido del barco con la vaca en el televisor y el coche aparcando. El barco. Y el viento en el jardín. Puede ver el barco a través de la ventana del dormitorio. Decide proteger el piso, tiene que intentar evitar que se derrumbe, no quiere que sus paredes desaparezcan. Saca las telas negras de la bolsa de plástico y empieza a tapar ventanas. La ventana en el baño, la ventana en el dormitorio, la ventana en la cocina. No tiene suficiente tela para tapar el ventanal. Saca la tela de la ventana del dormitorio para tapar el ventanal. Apaga las imágenes pero los sonidos siguen. El barco, el coche, la calle. Personas en su interior, personas dentro de su

cuerpo, gente que se queda dentro de su cuerpo, gente que se va. Ocupan su cuerpo, dirigen sus movimientos, sus posturas, su talón de Aquiles, sus tendones, sus piernas. Bien, muy bien. Mira a fuera. El mar, la calle, el jardín.

Corre hacia la habitación. Abre la ventana y lo único que quiere hacer es volar para ver el jardín desde arriba, sentir la brisa y las gotas de lluvia, huir y ser esa hoja que antes tocó su cara. Ha saltado.

— Epílogo

Acto primero: la partida.* Acto segundo: la isla.*
Acto tercero: el glorioso retorno.* Siempre debería llegar
el momento del glorioso retorno. O como mínimo en
este caso debería ser así. Las historias se construyen, la
emoción se reparte en el proceso y genera momentos en
el camino. Pero el camino debería llevar a algún lado. O
como mínimo en tu caso debería ser así.

LV, LVI

LVII

No supe darme cuenta de que estaba pasando algo
más grave de lo habitual. Supongo que yo estaba en mi
burbuja de trabajo, disfrutando de lo que es ahora mi vida
y no pude comprender que tú te estabas quedando allí,
atrás, en otro lugar, no estoy seguro. Al volver encontré
todas mis cartas en un cajón de la cocina. Encontré todos
esos papeles con garabatos y cifras, planos incomprensi-
bles que tardé mucho tiempo en entender simplemente
como planos. No abriste las cartas que te mandé desde
Argentina. Te mandé tres, te contaba cómo eran las cosas
allá, te contaba cómo se estaban organizando en medio
de la confusión, te contaba las dudas* que algunos y
algunas tenían sobre la necesidad de agruparse y generar
sus propios espacios cerrados, sobre la necesidad de ser
ellas mismas, eran ellas y no ellos, buscando a personas
similares con quien compartir y generar algo juntas. Te

LVIII

hablaba de posibilidades para la diferencia, te hablaba del amor. Nada de esto importa ahora. También te contaba lo importante que eras y que contigo podíamos generar esos espacios compartidos y privados al mismo tiempo, podíamos ser nosotros mismos para crecer y seguir siendo nosotros, tú y yo.

Recibí tu nota en el hotel de Buenos Aires. Me quedé con una sensación cargada de contradicciones. Me habías escrito, era algo así como una despedida rápida, un beso en la mejilla cuando se escapa el autobús. Pensé «no te despidas, no hay motivo para despedirse, nos vemos dentro de nada», pero al volver choqué con la realidad. Sí que tenías tus motivos para despedirte, sí que me decías adiós. Y no me diste tiempo a que pudiera responderte.

En el hospital no había opción a entender lo que pasaba. Luego, en ese centro de paredes blancas, fue peor. Intenté no visitarte después de la primera vez, la verdad. No recuerdo en mi vida una sensación de tristeza tan asquerosa como la que sentí después de verte. No eras nada. No estabas allí. Tus ojos, toda tú, estabas muy lejos pero el miedo seguía en tu cuerpo, el dolor estaba presente. No pude aguantarlo. Al irme giré la cabeza y te observé mientras tu boca decía «bien, muy bien» pero tu cuerpo indicaba absolutamente lo contrario y tu mente estaba en otro lugar.

¿Por qué saltaste? ¿O fue una caída? Me duele preguntar, pero lo que más me duele es pensar que alguna vez vas a contestar estas preguntas. He intentado reconstruir la historia, he intentado entenderte. He intentado releer las cartas que yo te había mandado, he mirado nuestras fotos juntos y las que aún estaban por revelar dentro de tu cámara y de mi cámara. He visto un paisaje en el horno que aún no entiendo. He repasado todos los detalles del piso, lo que habías traído de tu casa. Encontré algunos tickets del supermercado, colillas en un par de platos, intenté entrar en tu mundo.

Fue muy difícil empezar. Bueno, lo difícil fue atreverme a empezar. Después fue distinto. En las primeras páginas de nuestra historia, sabía perfectamente quién eras. Al cabo de algunos viajes, y de sus correspondientes cartas, se complicó todo un poco. Intenté recordar los momentos que compartimos entre viaje y viaje, algunos buenos y algunos no tan buenos. Descubrí entonces que después de cada viaje tu estabas más lejos y, al intentar escribir esto, no sabía cómo hacerlo. Creo que he mezclado algunos deseos. O sea, creo que he deseado que fueras otra vez tú o la imagen de ti que necesito. En todo este proceso he sido un egoísta. No escribo para ti, escribo para saber quién eras y quién eres y qué quiero. Y he escrito para intentar saber qué pasó.

Lo más triste es que descubrí algunas fronteras que hacen que sea imposible volver a ser quien éramos. Y, ante todo, creo que necesito que existas como aquella persona a quien conocía, aquella persona con quien podía compartirlo todo mediante un cruce de miradas de medio segundo. Tengo miedo de que cuando vuelvas esa persona ya no esté. Tengo miedo de ser un pasado como tantos pasados. Y tengo miedo de quedarme yo en ese pasado contigo. Yo ya estoy en otro lugar, pero me arrastro hacia los momentos que compartimos. A lo mejor en el futuro empezaré a dudar si algo existió. No quiero perderte y, como ves, tengo miedo.

No sé si quiero que leas todo esto, no lo sé. Pero ahora ya está, ya está escrito. Necesitaba entender la secuencia de movimientos, los cambios en el guión, la evolución y las distancias. Las distancias y el frío. No sé si nunca tendré el valor de aceptar que hemos cambiado, no sé si siempre estarás presente. No sé si siempre estaré contigo.

—NOTAS

- ⁱ Felix Gonzalez-Torres. *Untitled (Lovers-Paris)*. Bombillas, alargadores, portalámparas de porcelana e interruptor de intensidad graduable. p. 7
- ⁱⁱ Felix Gonzalez-Torres. *Untitled (NRA)*, 1991. Impresión offset sobre papel rojo, sin límite de copias. p. 7
- ⁱⁱⁱ Felix Gonzalez-Torres. *Untitled, 1992-93*. Impresión offset sobre papel, sin límite de copias. p. 7
- ^{iv} Felix Gonzalez-Torres. *Untitled (Passport #II)*, 1993. Impresión offset sobre papel, sin límite de copias. p. 7
- ^v Felix Gonzalez-Torres. *Untitled (portrait of Ross in LA)*, 1991. 175 libras de caramelos, dimensiones variables. p. 8
- ^{vi} Christodoulos Panayiotou. *Wonder Land*, 2007. 80 diapositivas. Fuente: Archivo municipal de la ciudad de Limassol, Chipre. p. 12
- ^{vii} Christian Boltanski. *Réserve des suisses morts*, 1991. Cajas de lata, fotos en blanco y negro y luces eléctricas. p. 14
- ^{viii} Felix Gonzalez-Torres. *Untitled, 1991*. Cartel impreso y expuesto en veinticuatro puntos de la ciudad de Nueva York en 1992. p. 17
- ^{ix} Salla Tykkä. *Zoo*, 2006. 12 min, Película HDV/35mm. p. 18
- ^x Rineke Dijkstra. *De Panne, Belgium, August 7, 1992*. 1992. p. 21
- C-Print.
- ^{xi} Rosalind Nashashibi. *This Quality*, 2010. Película de 16mm. p. 29
- ^{xii} Anri Sala. *Ghostgames*, 2002. Video. p. 31
- ^{xiii} Toril Johannessen. *Logic and Love in Art*, 2010. Impresión sobre papel. p. 36

- p. 36 xiv Toril Johannessen. *Hope and Reality in Political Science*, 2010. Impresión sobre papel.
- p. 37 xv Pauline Fondevila. *Retour au Nord II*, 2005. Dibujo sobre papel.
- p. 47 xvi Mark Lewis. *The Sense of the End*, 1996. Películas de 16mm pasadas a video. Proyección en doble pantalla.
- p. 48 xvii Felix Gonzalez-Torres. *Untitled (Perfect lovers)*, 1991. Dos relojes enmarcados en blanco.
- p. 51 xviii Andreas Slominski. *Obne Titel*, 1992. Bicicleta de niño pequeño con motor.
- p. 52 xix Peter Fischli & David Weiss. *Büsi (Kitty)*, 2001. Video.
- p. 56 xx Alex Reynolds. *Kajsa*, 2012. Auriculares inalámbricos, emisor de sonido y pieza sonora.
- p. 57 xxi Sharon Hayes. *In Near Future*, 2009. Performance e instalación.
- p. 59 xxii Rosalind Nashashibi. *Eyeballing*, 2005. Película de 16 mm.
- p. 62 xxiii Job Ramos. *Frase DM*, 2008. Frase grabada en panel de madera DM.
- p. 67 xxiv Rosalind Nashashibi, *Flash at the Metropolitan*, 2006. Película de 16 mm.
- p. 70 xxv Job Ramos, *The first tale A+E*, 2011. Instalación.
- p. 79 xxvi Walid Raad. *I think it would be better if I could weep*, 2000. Video.
- p. 81 xxvii Rosa Barba, *Outwardly from Earth's centre*, 2007. Película de 16 mm pasada a video.
- p. 85 xxviii Keren Cytter, *In the search of Brothers*, 2008. Video.
- p. 85 xxix Keren Cytter, *Force from the Past*, 2008. Video.
- p. 90 xxx Alex Reynolds. *When Smoke Becomes Fire, My Love Reveals Things Unknown Were Mine All Along*, 2010. Fotografía a color, enmarcada y colgada a 1,72m, diapositivas.
- p. 91 xxxi Thomas Demand, *Archive*, 1995. Fotografía.
- p. 98 xxxii Gregor Schneider, *Die Familie Schneider*, 2004. Instalación.
- p. 104 xxxiii Alex Reynolds, *Le Buisson St. Louis*, 2007. Videoinstalación de 5 canales.
- p. 109 xxxiv Lilli Hartmann, *The Bun In The Oven*, 2005. Video.
- p. 111 xxxv Keren Cytter, *Something Happened*, 2007. Video.
- p. 112 xxxvi Felix Gonzalez-Torres. *Untitled (Apparition)*, 1991. Impresión offset sobre papel, sin límite de copias.

- xxxvii Job Ramos, *Vecinos*, 2001. Texto enmarcado p. 113
- xxxviii Sofía Hultén, *Immovable Object / Unstoppable Force*, 2005. p. 115
- Video.
- xxxix Felix Gonzalez-Torres. *Untitled (Portrait of the Stillpasses)*, p. 118
1991. Instalación de texto.
- xl Kajsa Dahlberg. *A Room of One's own / A Thousand Libraries*, p. 119
2006. Compilación de notas en libro.
- xli Rosana Antolí. *La primera cena (llegar a la última era cuestión de tiempo)*, 2012. Instalación con dibujo y video. p. 120
- xlii Rosana Antolí, *Zorrismos en rojo*, 2011. Tinta y grafito sobre p. 123
- papel.
- xliii Katerina Šedá, *It doesn't matter*, 2005. 510 dibujos. p. 124
- xliv Francis Alÿs. *Re-enactments*. 2001. Video. p. 139
- xlv Joaquin Segura. *Hangover*, 2003. Video. p. 139
- xlvi Christodoulos Panayiotou. *The invention of Tradition*, 2011. p. 143
- Constelación de fotografías.
- xlvii Christodoulos Panayiotou. *The invention of Antiquity*, 2011. p. 143
- Constelación de fotografías.
- xlviii Christodoulos Panayiotou. *The invention of Folklore*, 2011. p. 143
- Constelación de fotografías.
- xlix Francis Alÿs. *Zócalo*, 1991. Fotografías y documentación. p. 144
- l Hélio Oiticica. *Tropicália*, 1967. Instalación. p. 148
- li Lilli Hartmann. *All of a sudden, it is so dark*, 2012. Instalación p. 149
- y video.
- lii Rosa Barba. *Printed Cinema #8*, 2007. Película en papel, texto p. 151
- y fotografías.
- liii Eija-Liisa Ahtila. *The House*, 2002. Instalación. p. 155
- liiv Eija-Liisa Ahtila. *The House*, 2002. Instalación. p. 157
- liv Christodoulos Panayiotou. *Act I: The Departure*, 2007. Telón p. 161
- de fondo teatral doblado y fotografía enmarcada.
- lví Christodoulos Panayiotou. *Act I: The Island*, 2008. Telón de p. 161
- fondo teatral doblado y fotografía enmarcada.
- lvii Christodoulos Panayiotou. *Act I: The Glorious Return*, 2008. p. 161
- Telón de fondo teatral doblado y fotografía enmarcada.
- lviii Kajsa Dahlberg. *Female fist*, 2006. Video. p. 161

— Colofón

Esta publicación ha sido editada por la Vicepresidencia, Consejería de Cultura y Deporte y Portavocía del Gobierno, Dirección General de Archivos, Museos y Bibliotecas de la Comunidad de Madrid con motivo de la exposición *Contarlo todo sin saber cómo* presentada en el CA2M Centro de Arte Dos de Mayo del 13 de junio al 11 de noviembre de 2012.

Comunidad de Madrid**Presidenta**

Esperanza Aguirre

**Vicepresidente y Consejero de
Cultura y Deporte**

Ignacio González González

Viceconsejero de Cultura y Deporte

Javier Hernández

**Directora General de Archivos,
Museos y Bibliotecas**

Isabel Rosell Volart

Asesora de Artes Plásticas

Lorena Martínez de Corral

**Jefe de Prensa de Cultura y de Re-
laciones Institucionales de Cultura**

Pablo Muñoz Gabilondo

Equipo de Prensa de Cultura

Elena Delgado Castro

Milagros Gosálvez Pastor

Sandra Aller Andrés

CA2M Centro de Arte Dos de Mayo**Director**

Ferran Barenblit

Colección

Carmen Fernández Fernández

Asunción Lizarazu de Mesa

Exposiciones

Ignacio Macua Roy

Víctor de las Heras Iglesias

Difusión

Mara Canela Fraile

Marta Martínez Barrera

Rosa Naharro Diestro

Educación y Actividades Públicas

María Eguizabal Elías

Carlos Granados

Victoria Gil-Delgado Armada

Pablo Martínez

Gestión y Administración

Mar Gómez Hervás

Colaboran

Dianna Manukian

Eva Gaton

Iris Nava

Laura Puy

Maite Moreno

Marina Palou

Sara Díaz

Verónica Ducoure

Aymara García

Laura Vicente

Cristina Gómez

CA2M Centro de Arte Dos de Mayo

Avda. Constitución 23

28931 Móstoles, Madrid

www.ca2m.org

ca2m@madrid.org

Exposición**Comisario**

Martí Manen

Artistas

Eija-Liisa Ahtila

Rosana Antolí

Rosa Barba

Keren Cytter

Kajsa Dahlberg

Lilli Hartmann

Rosalind Nashashibi

Lucy Skaer

Christodoulos Panayiotou

Job Ramos

Alex Reynolds

Montaje

Salas

Exmoarte

Proav

Transporte

Emisarios

Ordax

Colabora**Novela****Textos**

Martí Manen

Corrección

Isabel Obiols

Fotografía de portada

Katarína Stenkvist

Diseño gráfico

ferranEI Otro Studio

Impresión

BOCM

ISBN 978-84-451-3439-9

Depósito Legal M-19062-2012

Edita

CA2M Centro de Arte Dos de Mayo,
Comunidad de Madrid, 2012

*Licencia de reconocimiento, no
comercial, sin obra derivada 3.0
España de Creative Commons.*



«UNA NOVELA QUE ES UNA EXPOSICIÓN QUE ES UNA NOVELA»

«Una novela cargada de imágenes muy potentes.»

— Isabel Obiols, editora *freelance*

Una llamada telefónica sirve como punto de partida y elemento desestabilizador en la vida de dos personas. Superada la adolescencia, pero aún con el recuerdo muy presente de las dudas que le son propias, dos personajes basculan entre el rigor del mundo laboral y la lucha para mantener el deseo como combustible vital. Explicar lo que uno siente nunca fue tarea fácil. Sentir tampoco. En *Contarlo todo sin saber cómo* dos posibilidades, dos vías, dos caminos y múltiples emociones avanzan en paralelo.

Contarlo todo sin saber cómo es una novela y una exposición. En su interior, unas cincuenta obras de arte de varios artistas actuales sirven como base para estructurar la ficción. Los papeles cambian, los roles también.

«Leer una novela como una exposición. Martí Manen nos ofrece la posibilidad de ser lectores y visitantes de una exposición al mismo tiempo.»

— Víctor de las Heras, productor cultural

«En una palabra: cautivadora.»

— Sonia López, lectora